POL GUASCH

# *Reliquia*

Traducción de Unai Velasco




ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
1
2
3
4
5
6
7
8
9
Nota del traductor
Créditos

# 1

Habría agradecido una nota.

Doblada en cuatro, con erratas y palabras borradas, en una hoja reciclada de otro día, en un pedazo cualquiera de papel, en una servilleta vieja, sobre una carta abierta, da igual, una nota antes de hacerlo. A menudo pienso en qué habrías escrito: «Te quiero». «Cuida de tu madre, de tus hermanos. Olvida este momento. Intenta olvidar que ya lo sabías, que, cuando has salido de casa a buscarme, cuando habéis ido a por el coche y os habéis parado en la gasolinera, ya sabías que tenía la sangre congelada, la puerta abierta, es enero, afuera, tengo las manos gastadas de este frío y ahora el cuerpo helado, los pies helados, sin zapatos. Intenta olvidarme.» Una nota entre las manos, encima de la silla, donde fuera, una nota y solo una frase escrita: «Hijo, intenta olvidarme».

Cinco años antes de suicidarse, Anne Sexton, mientras volaba hacia San Luis, le escribió una carta a Linda, su hija. Una nota de suicidio pensada de antemano, contra la desmemoria: le decía que, sentada en el avión, con la inmensidad del cielo debajo, había pensado en su propia madre, muerta desde hacía tiempo. Y después de pensar en su madre, había pensado en ella, su hija. Se dijo: llegará un día, Linda, en el que estarás volando hacia alguna parte, pensarás en mí y querrás hablar conmigo. Entonces, escribió: «Y quiero contestarte. (Linda, quizá no sea en un vuelo, quizá sea en la mesa de la cocina, por la tarde, tomando un té, cuando tengas cuarenta años. Cuando sea.) Quiero contestarte: 1. Te quiero. 2. Nunca me has fallado. 3. Lo sé. Yo también estuve ahí. Yo también tuve cuarenta años y una madre muerta a la que aún necesitaba».

Tú no dejaste ninguna nota.

Tampoco eras uno de los poetas más leídos de los Estados Unidos, ni volabas a San Luis a recitar tus versos. Sé que sabías que tu final no pasaría a la posteridad, que nadie recogería tus últimas palabras, ni las publicaría en el libro de las despedidas memorables de la Historia, que más allá de nosotros nadie recordaría que un día exististe. Que un día te supiste enamorar. Que un día decidiste tener

hijos y los quisiste. Que un día echaste de menos a tu padre, que se había ido cuando aún lo necesitabas. Que no hubo ninguna frase final que dejar escrita. Que a veces no hay frases finales para cerrar nada, para terminar, que a veces no hay palabras acertadas para huir.

En la entrada del 7 de enero de 2013, en la agenda en la que en los últimos meses escribías todos los días cuatro o cinco frases y contabas cómo te habías sentido, una agenda escolar que habías cogido a alguno de tus hijos, escribiste sobre mí. Era el lunes de tu última semana. Quedaban siete días para el suicidio, una semana que ibas a atravesar suavemente casi sin existir, a tientas, hasta llegar al domingo 13 de enero de 2013 y a la noche más oscura del año. En ella escribes: «Con Pol, buena sintonía, sinceridad y se me ha pegado como una lapa, me necesita también él. [...] Estoy satisfecho. Mañana más». Habrías podido escribir: «Yo también tuve quince años y un padre muerto al que aún necesitaba». Habrías podido escribir: «Algún día estarás solo y querrás hablar conmigo». Habrías podido escribir: «Lo sé. Yo también estuve ahí». O bien: «Hijo, intenta olvidarme». Como Anne Sexton, sabías que te necesitaba. Aún quedaban siete días.

Nací aquí en diciembre, hace veinticinco años. Hasta los veintidós no descubrí que quería escribir. Te moriste pensando que estudiaría Diseño. Eso me hace pensar que ya con quince años trataba de huir del lugar del que venía con la fuerza de quien llega a un mundo nuevo. Pero yo no sabía adónde llegaba, solo sabía de dónde me iba: *huir* se convirtió en el verbo que más he conjugado, pero, si preguntas a los demás, te dirán que soy una persona que se queda. Una persona que no sabe irse. Una persona que no deja que los demás se vayan.

Busco fotos tuyas, primeros planos de cuando tenías mi edad, las desentierro de cajas cubiertas de polvo bajo la cama, donde la luz no las corrompe. Las cojo. Te miro. Me miras. La luz se venga. En ellas te veo más mayor que yo, acoplado a un cuerpo de hombre, con una belleza dócil que no sé encontrar en mí. Con cinco o seis años, ya admiraba tu tamaño, el cuerpo esbelto, esa mirada

peninsular, una calma antigua. Siento una pena tímida al descubrir en revistas, en la pantalla del móvil, en el ordenador, imágenes de chicos a los que deseo: descubro que mi amor está petrificado desde hace mucho tiempo. Tengo veinticinco años, pero no quiero ver retratos míos del pasado, tampoco enseñárselos a los demás: me da miedo que les guste más que ahora. Cada vez que miro hacia atrás noto que el tiempo, inconsolable, pasa más deprisa. Ahora, en una foto, sonríes ligeramente mirando a cámara, en un restaurante; tu edad y la mía, igualadas, desafían las generaciones: pienso que aún tengo tiempo para hacer todo lo que no hiciste. Y al mirarte reconozco que fue contigo que amé el cuerpo de un hombre por primera vez. La memoria no se borra fácilmente.

Te encontré muerto y fuiste el primer muerto que vi. En la sala fría del tanatorio, una tía tuya murmuró que no habíamos dejado abierto el ataúd porque te habías volado la cabeza de un tiro. Lo oí. Minutos después, todo el mundo susurraba que no habíamos dejado abierto el ataúd porque mi padre se había volado la cabeza de un tiro. Antes de entrar al crematorio, alguien me preguntó si quería despedirme del cuerpo. Dije que sí, porque no podía decir que no si me insistían en que me despidiera del cuerpo de mi padre. Por un momento, pensé que te vería con la cabeza volada, pero me maravilló el rostro blanco, el grosor del maquillaje y la cara tranquila, como de cera. Durante muchos meses tuve que repetirme que no tenías los párpados malva, los labios rojos, la piel traslúcida ni las cejas casi de punta. Que tenías una belleza rara. Que me pareciste joven y lejano, como si te conociera de antes de la edad adulta, de antes de ser padre, antes incluso de que imaginaras que un día yo existiría: como en esa fotografía que aún hoy nos iguala, veinticinco años, tu perfil, mi perfil. Nuestra historia.

Anne Sexton dejó escritos varios poemas sobre el suicidio. Había intentado matarse diez veces, a menudo alrededor de la fecha de su cumpleaños, y tras la última ocasión, en la que se había tomado una sobredosis de somníferos, cuando su amiga Maxine Kumin impidió que muriera, juró que la próxima vez no enviaría ningún telegrama para avisar. Tardó menos de seis meses en cumplir la promesa.

Tiene un poema, titulado «Ganas de morir», que acaba con un verso que perfila el balanceo de los suicidas, ese vaivén de los cuerpos inertes, el de los muertos que se han dejado libros abiertos, cosas por decir o un teléfono sin colgar. Y el amor, dice, se han dejado también el amor, como una infección. En otro, titulado «Nota de suicidio», escribe: «Pero sin duda sabes que todo el mundo tiene una muerte, / su propia muerte, / esperándole. / [...] Íbamos (ojalá lo hubiera sabido) / rumbo a esto».

Alguien tendría que haberme dicho que esos eran los poemas que había que leer para entenderte. Descubrir, así, que a menudo se queda un teléfono mal colgado –tú nos llamaste– y un libro a medio leer –subrayado y lleno de notas, las leo ahora–. Habría entendido antes que el camino que te condujo «rumbo a esto» era laberíntico, traicionero, y que la cosa no iba de libertad o de valentía, de lucidez o de desesperanza, que no se trataba de un derecho ni de un pecado, querer matarse, sino de una pregunta que no te hiciste ni te respondieron: yo tampoco habría sabido qué decirte. Y que el amor entre tú y yo, el de antes, el de después, este amor de ahora, sería para siempre una infección.

Pocos meses antes de morir, Anne Sexton le escribió una carta a su otra hija, Joy. Tenía dieciocho años y estudiaba fuera. Sexton tenía cuarenta y cinco. Desde la soledad de una casa vacía, como la soledad desde donde tú me escribías correos electrónicos, en una casa oscura escondida en medio de un pinar, Sexton le advertía que la libertad no puede ser absoluta, que no puede serlo ni en la vida ni en el amor, pero que no hay que dejar nunca de buscarla dentro de uno mismo. Y que en el amor, decía, no hay ni una maldita cosa que esté mal, pero que uno ha de saber liberar a la bestia de la propia jaula, soltarla sin buscar domador alguno ni nadie que venga a abrirle la puerta de par en par: la soledad es algo terrible, le escribía, y por eso hay que gritar a tiempo, hablar cuando sea necesario.

Mamá hablaba. Conducía en pijama, mirando todo el rato por los retrovisores, mientras la luz roja parpadeante indicaba que íbamos con el depósito en reserva. «Tenemos que parar en una gasolinera», le dije. Retrocedimos para volver a la estación que hay cerca de casa

y algo dentro de mí me repetía que estábamos perdiendo el tiempo, que lo que había que hacer era acelerar, adelantar en la noche, llegar lo antes posible a la casa del bosque, atravesando el túnel de pinos que coronaba la carretera, llegar hasta ti. Era la casa donde habías crecido, la de tus padres cuando estaban vivos, un chalet familiar al que te ibas cuando no podías estar con nosotros: entonces decíamos que tenías una «mala época». Habías plantado un huerto. Lo cuidabas. Habías empezado a construir una casa de madera entre los árboles. La cuidabas. Habías limpiado el gallinero y habías cortado troncos para hacer la pajarera. Lo cuidabas. Yo temblaba con la manguera de la gasolina en la mano, el depósito se llenaba rápidamente; dentro del coche, mamá miraba al suelo, ausente, tratando de ocultar los nervios, con el rostro contraído y la mirada vacía. Que no pasaba nada, que habíamos quedado en pasar a buscarte porque sí, que si llevabas sin contestar al teléfono desde la tarde no era para alarmarse, que seguro que te encontraríamos tirado por la bebida, que habías tenido un mal día, que por la mañana, al despediros, te había notado inquieto, pero luego, al mediodía, habías llamado para decirle que la querías. La escuchaba y la miraba y lo que no quería decirle era que yo ya lo sabía. Dejé la manguera, pagué, miré al cielo –lo recuerdo frío, las nubes iluminadas por la luna, un color azulado que se oscurecía, se apagaba, el mar de fondo y las estrellas difuminadas como un rastro sobre el oleaje–, volví al coche y me senté al lado de mamá. Ella no callaba, solo hablaba, llenaba de palabras el silencio porque el silencio era inmenso, aterrador, el silencio dolía como nunca había dolido, y yo solo quería que mamá se callara, que se callara de una vez, que se callara para siempre, y al mismo tiempo no quería que dejase de hablar, porque entonces esa voz de dentro aparecería con más fuerza para decirme que te íbamos a encontrar muerto. Mi padre muerto y la voz de dentro diciéndome que te habías matado.

Fue un amigo de la escuela, mi primer amor. Se llamaba Èric. Lo que nos unía es que éramos distintos al resto. No escogemos a nuestros amigos: nos hacemos amigos de quienes podemos y, a veces, acertamos. Nos llamaban maricones. Teníamos ocho años. No

grabábamos nuestro nombre en los espejos con las llaves ni escribíamos nuestra historia en la puerta de los baños. Me repetía: esta esperanza es de verdad. Lo perseguía a la hora del recreo por el bosque que tenía nuestra escuela, nos escondíamos entre los laureles, nos subíamos a los pinos, intercambiábamos semillas de algarroba como si fueran monedas. Imponíamos la ley de un imperio que habíamos creado, como si nuestros sueños fueran dinastías. Cada uno tenía un oficio. Durante horas, recogía en un saco centenares de semillas que, al llegar a casa, guardaba debajo de la cama. Días después, tal vez semanas, el olor metálico y terroso de las semillas podridas me recordaba el botín que ocultaba bajo el colchón. Perseguía a Èric por el patio y él me ofrecía de su desayuno todas las mañanas. Yo partía el bocadillo y me lo comía mirándolo agradecido, como una paloma que picotea de la mano de un viejo en un parque solitario. Nos separamos cuando él repitió curso. Yo empecé el instituto y Èric, en mis pensamientos, se quedó atrapado para siempre en aquel bosque, perdido, tratando de escapar. Cuando pasaba cerca de la escuela y descubría los pinos detrás de la verja, deseaba encontrármelo todavía recogiendo semillas, acumulándolas en cestas, trepando a los algarrobos para recolectar vainas tiernas. El día de tu entierro lo busqué. Pensé que tal vez estaría allí, que habría venido a verme.

Con el tiempo he descubierto que mi primer amor no fue ese. Él era el amigo con quien ensayé qué significaba amar: cuáles son los peligros, y cuál es la esperanza. No estaba, el día de tu entierro. O no lo supe encontrar. Mi primer amor vino después, muchos años después. Debía de tener veinte años. Le hablaba poco de ti. Me costó contarle la historia de la enfermedad, del suicidio y del duelo. Es tan cansado, contar esa historia. Todavía tenemos una carpeta compartida en Google Drive: hay fotos de nuestros viajes, retratos en la cama, al salir de la ducha, comiéndonos la boca, desnudos. No la miro nunca. He olvidado varias veces que existe. De vez en cuando compruebo si aún sigue ahí: quiero descubrir el momento en el que considera que debe borrarse. ¿Todavía ve la sombra de alguien que se ha ido cada vez que oye mi nombre? De nuestra relación recuerdo los primeros momentos y los últimos. Los meses

del medio los he olvidado. ¿O acaso la veo yo, la sombra, cuando oigo el suyo? De ti recuerdo los primeros años y los últimos. Los del medio los he olvidado.

De quien no he olvidado nada es de Berta. A menudo decimos que somos amigos desde la escuela infantil. Es mentira. De la escuela infantil, tenemos un par de fotos: ella se ríe como lo ha hecho siempre, se le ven los dientes brillantes y entrecierra los ojos verdes; yo lloro. Es la fotografía de nuestra «graduación». Nos han cubierto con bolsas de basura que imitan un vestido, y unas cartulinas negras en la cabeza hacen de birrete. Mamá me agarra por la espalda tratando de calmarme. La madre de Berta la mira desde lejos. Volvimos a encontrarnos en el instituto. Ella tenía el don de la presencia y yo buscaba el rincón más disimulado en las horas del recreo. La noche que moriste, después de encontrarte, la llamé. No éramos tan amigos. Una intuición de lo que quería que fuésemos en el futuro me llevó a ella, como si le ofreciera un secreto, con esa llamada, bien entrada la noche, la ciudad dormida, y quizá otra verdad: no tenía a nadie más a quien llamar. Ya había llegado la policía. El aire helado, las nubes iluminadas primero por las luces azules, el color afilado de las sirenas contra el cielo abierto, el sonido de la ambulancia y las nubes que ahora se teñían de naranja. Alguien contenía los gritos de mamá. Me encerré en el coche, busqué su contacto y la llamé. Temblaba. Nunca le he preguntado si ella, al leer mi nombre en la pantalla del teléfono, cuando se decidía a dormir, tuvo también un presentimiento. Le conté que habías muerto, sin hablar del suicidio, y le repetí que al día siguiente no iría al instituto.

Al día siguiente fui al instituto. Supe, nada más entrar en clase, que todo el mundo sabía de qué te habías muerto: una mezcla de pena y horror en los ojos, como de culpa, de distancia y de proximidad al mismo tiempo, de no querer saber nada más y de desear la historia entera. Habría grabado mi nombre en el baño, grabado mi nombre, el de Berta, el de Èric, perdido en el bosque de una escuela, con una llave contra las puertas tu nombre, el de mamá, la dirección de casa, habría escrito mi vida entera en el espejo, habría contado la historia palmo a palmo, relatado cada

detalle, habría escrito: se mató. Te odio. Odio este maldito instituto. Durante el recreo, una profesora me dijo de ir a desayunar. Me llevó a un bar al que solo iban los adultos y me invitó para que se lo contara todo. Un soborno. Con la excusa de que se le había muerto un hijo cuando era muy pequeño, me hizo las preguntas más escabrosas: cómo lo hiciste, dónde, quién te encontró, por qué lo hiciste, repetía, por qué, desde cuándo te pasaba, si lo habíamos intuido antes. Y ahora qué, dijo. Y ahora qué. Las semanas siguientes, nos cruzábamos por los pasillos, me sonreía y seguía andando. Cada vez que nos veíamos, yo pensaba por qué, con su voz dentro, por qué. ¿Pensaría, al encontrarse conmigo, en un cuerpo muerto en medio de un comedor vacío? ¿Pensaría en los gritos de una mujer fuera de sí? ¿Pensaría en un niño que busca el teléfono para pedirle a alguien que los venga a rescatar, una amiga a la que decirle en voz alta que su padre se ha muerto?

El reloj marca las 17:31 h. Tu sonrisa inquietante me mira. Siempre que quiero saber qué hora es, son las 17:31 h. Hace dos semanas que te has muerto y una verdad inexplicable y viva se me aparece cuando vuelve la misma hora como si fuera la prehistoria del tiempo. Me repito que eres tú quien me busca, y que quieres decirme algo. Con el ataúd delante y el cuerpo dentro, al levantar la vista, el reloj viejo del tanatorio marcaba las 17:31 h. De camino a casa, aún con el por qué de esa profesora en la cabeza, las campanadas de la iglesia daban las cinco y media: unos segundos después, intuía tu rostro. Así empieza tu presencia fantasmal. Y me entrego, sin ofrecer resistencia, a la única forma que tengo de tenerte: miro el reloj, se me aparece la hora, te invoco. Si me mira la oscuridad, como ahora, pienso que quien me mira eres tú: así empieza mi perdón carnal, una forma de convencerme de que te dejaste muchas cosas por decir e intentas decirlas ahora.

La hora vuelve durante los meses siguientes. Algunos años. Dudo de lo que quieres confesarme. Llego a creer que es la hora del suicidio, pero no sé si es el momento en el que decides matarte, o cuando el pie hace caer el taburete de madera, cuando el cuerpo convulsiona rogando oxígeno, el instante en el que dejas de respirar,

o en el que el corazón se detiene. Las 17:31 h y siento los pasos descalzos, la cuerda en las manos, los ojos que escogen una viga conocida, el silencio de después. O bien una puesta de sol larguísima y el color del rostro que muda a medida que entra la noche, la temperatura baja en picado, el ruido del bosque se despierta con las sombras, las farolas de la calle se encienden, la casa a oscuras y el cuerpo en vertical, quieto, contra los cambios del día.

La poeta venezolana Miyó Vestrini escribió que el primer suicidio es único, aunque Anne Sexton, en un verso, decía: «Sé que ya he muerto antes». En aquel poema ácido, triste de tan irónico, Vestrini parece contar un intento frustrado de matarse, mucho antes de haberlo intentado otra vez, la última, y de haberlo conseguido: si el primer suicidio es único, el último también lo es. Lo hizo en la bañera de su casa, mientras escuchaba un disco de Rocío Dúrcal, tras dejar una nota escrita en la puerta para su hijo: «No entres, llama a tu papá, él sabrá qué hacer». No se despidió ni dedicó palabras de amor, no mostró arrepentimiento ni culpa, no maldijo el mundo ni se lamentó por lo que ya no viviría, tampoco pidió que, por favor, trataran de ser felices sin ella. Tan solo les advirtió. Ninguna mentira. Quizá decir la verdad cuando más cuesta hacerlo es el verdadero gesto de amor: «No entres». Como si amar fuera también una orden: «Llama a tu papá». Ensayando el afecto con confianza ciega: «Él sabrá qué hacer». ¿Y si tú me hubieras advertido de que no saliera de casa esa noche, de que no fuese a buscarte?

Solo pedía que las perras dejaran de ladrar. Habíamos llegado mamá y yo y habíamos abierto la puerta del jardín para meter el coche. La llave quedaba escondida cerca de la cerradura. Las luces de fuera, encendidas. Las perras ladraban al cielo como si quisieran apagar las estrellas, se ladraban entre ellas, se arremolinaban, saltaban inquietas, se dirigían a la puerta de entrada de la casa y volvían, corriendo, hacia nosotros. Nos indicaban el camino, mordiéndonos la ropa, nos abrían paso nerviosas en la oscuridad. La más vieja, cansada, tenía los ojos vidriosos y la voz gastada de la tarde entera ladrando. La boca espumosa y la respiración exaltada. La más joven corría, desaparecía por la cuesta que llevaba a la

entrada y volvía veloz, seguía ladrando al cielo cada vez con más fuerza. Me prometí que nunca bebería alcohol. Me prometí que no les haría eso a mis hijos, si los tenía. Me prometí que nunca tendría hijos. Cuando se vislumbraba abierta la puerta de cristal –la luna reflejada y un movimiento suave de aire que meneaba los árboles–, las perras corrieron adentro y empezaron a dar vueltas como poseídas, hechizadas, alrededor de tu cuerpo.

Escribo de la noche estrellada porque aquella claridad ha sido única desde entonces: el cielo lechoso, como una lámpara cubierta con una sábana vieja, el firmamento que se nos echa encima e ilumina a dos personas que llegan a un terreno a media noche, intentando calmar a los animales, dos personas que suben la cuesta que lleva a la casa, una madre y un hijo frente al cristal, contra la sombra. Vuelvo a la noche estrellada porque es la noche más escandalosamente bella que he visto en muchos años, y tu cuerpo, un recorte sobre la claridad del cielo.

La mañana del entierro, volví a buscar un CD que queríamos reproducir en la ceremonia. El abuelo me esperaba en el coche. Todavía estaba la cuerda, cortada ahora, colgando de la viga. La cuerda y el sol estallando a través de los cristales. La luz se había comido la memoria del lugar y había ocupado el trozo de negro que era el cuerpo un par de noches antes. Hallé en esa claridad un dolor despiadado, algo brutal y crudo. Desde lo alto de la cuesta, miré la explanada en la que habíamos aparcado el coche, desde donde había llamado a Berta con las manos temblorosas y la voz entrecortada. Pensé en ella. Pensé en mí. El espacio me aterraba. No estaban las sirenas, ni las luces naranjas y azules mezclándose, no estaban las perras ladrando, la policía, los gritos de mamá, el cielo echándosenos encima. Habían pasado miles de años. La calma del lugar era viva. El aire se paseaba ingenuo entre los pinos y el verdor opaco de los cipreses ocultaba las palomas. No había pasado nada. El mundo era inmenso. Solo el trozo de cuerda cortada indicaba que aquella noche había existido con certeza. El sol del invierno y su manera de calentar los cuerpos. La frialdad en la sombra. La

humedad de la casa vieja. El olor a antiguo, a gastado, que había tenido siempre.

Pero había pasado todo. Habías buscado la forma más rápida de irte y lo último que habías sentido era la convicción de no poder librarte de tu peso: ningún salto al vacío, solo la cuerda que se estrechaba y te ataba más fuerte que nunca a la vida de la que huías. Escogiste una viga que conocías bien y la casa donde habías crecido. Podría reprocharte que, si moriste pensando que nos hacías un favor, te equivocabas. O que, si habías querido una familia, ahora no podías abandonarla. Pero tú habías crecido en una que te había olvidado, y ¿quién era yo, entonces, para señalar a alguien que solamente repetía lo que le habían enseñado?

En el entierro sonó *Cavalleria rusticana*. No sé si el preludio o el *intermezzo*. Juraría que fue el *intermezzo*. El silencio en el tanatorio era grandioso. Abismal. Te habías llevado el CD a la casa del bosque y estaba dentro del reproductor. En algún momento lo habías escuchado por última vez, sentado en el sofá, con los ojos en el pinar que se entreveía por los cristales, con las vigas encima, inocentes, aguantando el techo. Mamá pidió que reprodujeran *Cavalleria rusticana*. El *intermezzo*, sí. En un momento de la pieza, justo en la mitad, antes del clímax, se hace un silencio muy breve: todos los instrumentos se detienen y el tiempo se congela. El tiempo se congeló. Volví la cabeza, entonces, para ver la sala llena, el ataúd delante, incorrupto y lustroso. La luz era de un blanco reluciente, como si nos inculpara. Y después del tiempo detenido, todos los violines remontan a la vez, ocupan el espacio, el sonido, el tiempo, a la vez: miré a Berta a los ojos. En esa sala inmensa, todo el mundo me resultaba un poco familiar, pero no sabía quién era nadie. Saludaba a la gente que me saludaba y sonreía a quienes me querían sonar. Yo había ido a la casa del bosque a buscar el CD unas horas antes. ¿Cuándo lo habías escuchado por última vez? Dudé si decir unas palabras en la ceremonia. Podría hablar del descanso, pensé, del alivio de no tener que vivir con la enfermedad, de la tranquilidad de saber que no volverías a matarte. Pero entonces solamente notaba una especie de raíz deshaciéndose dentro, como si los pulmones, heridos, quisieran respirar más deprisa, un bloque

de hielo en el corazón que no se derretía, un calor en la lengua, una bocanada ardiente que bajaba por la garganta. No recuerdo si dije algo.

Cuando mamá y yo llegábamos, aquella noche cerrada, a la casa del bosque, las perras ladraban. La más vieja de las dos era hija de una fox terrier obediente que habíamos tenido muchos años atrás, Nuska. La leyenda familiar cuenta que Àuric, mi hermano mayor, aprendió a gatear persiguiéndola por el pequeño piso donde mamá y tú habíais empezado a vivir juntos después de casaros, un apartamento antiguo de tus padres en el centro de la ciudad. En distintas fotografías, Àuric gatea detrás de ella, riendo, la perra corre más y él resbala por el parquet. La más joven era un pastor belga que te habíamos regalado por tu cuarenta cumpleaños con la esperanza de que adiestrarla, como habías hecho cuando eras más joven con tantos otros perros, te devolviera la parte de ti que habías olvidado. Cuando yo nací, nos mudamos a un callejón sin salida, en las afueras de la ciudad. Àuric aprendió a perseguir a Nuska en una casa en la que no había nada: un pedazo de jardín seco, paredes gruesas y viejas, la humedad de un edificio antiguo, medio en ruinas, que había que reformar de arriba abajo y la calzada sin asfaltar. Era la calle donde había vivido mamá de pequeña. Donde habíais de envejecer juntos.

El movimiento no era inocente: te alejabas de tu familia y te acercabas a la de mamá. Como una especie de apátrida, tuviste que aprender a llamar casa a un lugar que por entonces aún no era nada. Quizá erais demasiado jóvenes, quizá era todo lo que sabíais, quizá era el deseo de tener, por fin, un lugar al que volver. Da vértigo, el horizonte. Allí, Nuska crecía, se escapaba y volvía unas horas más tarde, dejaba en el felpudo las ratas que cazaba, como una ofrenda, salía a pasear con nosotros. Una mañana de verano, descalzos en el césped del jardín, Àuric y yo vimos cómo en el culo de la perra crecía una burbuja transparente y plástica. Yo tenía cinco años. Nos contaste que la perra estaba preñada y que cada una de esas burbujas era uno de los cachorros que llevaba dentro. Cuando andábamos por la calle, al ir a tirar la basura o al subir la colina

junto a la casa, señalábamos los perros que creíamos que podían ser el padre. Imaginábamos los cachorros que saldrían de esas mezclas, lo grandes que serían, de qué color tendrían el pelo, a quién se parecerían. Desde abajo, te miraba mirándonos: una mano para cada hijo.

Había una tormenta eléctrica la noche fría en la que la perra parió seis perritos negros y dos blancos con manchas oscuras. Nos fuimos a dormir y te quedaste en vela ayudándola. Les limpiabas la suciedad con una toalla, los recogías en un cubo acolchado con trapos viejos, los acariciabas. Cuando nos levantamos por la mañana para ir a la escuela, dormías abrazado a Nuska. Los cachorros ladraban indemnes al cielo, con los ojos cerrados, como lo haría una de ellos muchos años después contra la oscuridad de una noche de enero. Àuric y yo os miramos unos segundos, helados por la calma del cielo limpio después de la tormenta, salimos de casa en silencio, cerramos la puerta con delicadeza y nos fuimos a la escuela. Subiendo la colina que nos llevaba hasta allí, nos calentaba el sol del invierno. Nos helaba el frío en la sombra. Era como si el mundo se hubiera salvado del tiempo. Pensaba en tu sueño pacífico, la respiración impasible y el abrazo animal: si tan solo hubiera sabido que sería la última vez que te vería en paz, ajeno al dolor. Antes de entrar en la escuela, me giré para comprobar si habías venido detrás, siguiéndonos, pero solo vi el mar, al fondo del fondo de la calle, un trozo de ciudad que descansaba colina abajo, el tejado de nuestra casa perdido entre otros tejados similares. Volví a mirar al frente, intentando encontrar a Èric entre los niños. Descubrí, igual que llega un presentimiento, que esa tarde no sabría volver a casa si tú no me venías a buscar.

Intentar comprender el pasado es imposible. Me he obsesionado con detalles inocentes y los he forzado para que entren en la historia, he buscado miradas donde no las había y he tratado de recordar palabras olvidadas para encontrar señales que el tiempo ha borrado. Le repito a Berta que ella es mi memoria. Me mira a los ojos y sonríe. Recuerda nuestras aventuras, los años de los viajes iniciáticos y partes de mi niñez que no vivió conmigo. A veces me

pregunta cómo llevo tu libro. Le contesto vagamente que bien y no insiste, porque sabe cuándo quiero contar las cosas y cuándo no. Para ser la memoria de alguien has de conocer bien los mecanismos violentos de su pensamiento. Y Berta sabe que no me gusta hablar de mí, pero que escribo este libro por alguna extraña razón, sabe que hay cuatro o cinco cosas a las que podemos volver sin parar y cuatro o cinco cosas de las que no hablaremos nunca. Del amor, divagamos sin cansarnos. Es como si, cada vez que lo hacemos, declináramos palabras nuevas, sílabas sin sentido, como si nos sorprendiéramos de nosotros mismos al contar lo que hemos repetido tantas veces. No sé qué me habrías dicho tú, del amor: ¿esperabas que llegara una mañana lo bastante clara para hablarme de él?

Os conocisteis pocos días antes de la noche de San Juan. En casa nos contabais la historia como si fuese una leyenda, y los tres hijos sabíamos recitarla sin fallos: tú bajando de un coche diminuto –lo llamabais Zapatito; luego, a nosotros nos repetíais: «Me bajé del Zapatito, me acerqué a mamá y le pregunté cómo se llamaba»–, acercándote a mamá y preguntándole cómo se llamaba, de dónde había salido, cuándo os veríais de nuevo. Unos días más tarde, llegaría la verbena de San Juan. La espera sería larga, decía mamá, unas mañanas que se hicieron eternas: el tiempo tan tramposo como traidor. Vuestra historia nos enseñó que amor quiere decir esperar. Amor quiere decir que el tiempo se escapa. Amor quiere decir saberlo desde el principio, verlo muy claro, que la duda no centellee jamás. Pero sé que también estaba el miedo, en esa historia, la certeza de no saber; sé que había una suerte de inseguridad indestructible, la del deseo cuando empieza, la de cuando uno quiere más, pero no sabe cómo, cuando uno lo quiere todo, pero no tiene nada aún.

Eso no lo contabais, porque en casa las historias siempre eran impecables. Como si fueran ideas, las historias. Acostumbrados a repetirlas, porque lo más bonito de todo era repetir: volvíamos a

nosotros, contándolas; podíamos ser nosotros, escuchándolas. Olvidábamos que una historia que se reproduce siempre con las mismas palabras no es una historia, es una condena. Pero tú volviste al Zapatito, te giraste antes de entrar, miraste a mamá, y ella también, también te miró, os mirasteis, petrificados, con un deseo diabólico, y el motor rugió, el coche desapareció a lo lejos por la carretera, en busca del tiempo que quedaba para volver a veros.

Más adelante, la verbena: una noche calurosa, la casa de unos amigos frente a la playa. Cuelgan guirnaldas entre los pinos, tiras de bombillas de color amarillo iluminan el banquete desordenado sobre las mesas largas mientras los fuegos artificiales sueltan chispas en el cielo. Gente joven que desconoce el mal del mundo habla con vasos de vino en la mano y música de fondo, música que suena muy floja, de forma casi imperceptible, apenas una cortina sonora para que los cuerpos se acerquen y rían y digan que sí sin parar con la cabeza. Vuestros amigos os miran. Os observan: él viste una camisa de algodón, desenfadada; ella, unos vaqueros de cintura alta y un top verde. Hablan tranquilamente y procuran disimular que en este breve rato ya se lo han contado todo. De la vergüenza nace la valentía más primaria, ahora que él le ofrece una cerveza y ella dice que no, dice que no bebe –mierda, piensan los amigos, ¿qué significa esa negativa?–, pero ella vuelve, la vergüenza es suya también, y la valentía: le pregunta si quiere que se sienten juntos en la cena.

Esos dos sois vosotros.

Y la oscuridad es muy alegre, silenciosa. La noche acaba, pero el día aún no empieza: le abres la puerta del Zapatito a mamá y ella entra, la acompañas a casa, te mira rogando que el trayecto dure años, y justo cuando una claridad naranja mancha el cielo, al final de la calle sin salida que un día será tu casa, justo cuando la negrura de la noche se rompe con una luz nueva, aterrada, os despedís con un beso en la mejilla, el corazón desvalido y el mutismo que indica que el contador ha vuelto a cero: hoy comienza el inicio de vuestra vida juntos. El inicio del final de vuestra vida compartida.

Hay días en los que te culparía de haber roto el relato que quería repetir para siempre. El pasado nos sostiene porque no es como nos

lo habíamos imaginado. Te echaría en cara que la historia ya no puedo repetirla porque el final es demasiado distinto del principio. Después de la noche de San Juan, no obstante, todo sigue aún con el ritmo de una fábula sosegada y bella. Os imagino a ti y a mamá volviéndoos insoportables de tanto amor, ignorando el futuro que se repliega en el presente, el final de cada cosa que late silencioso en su comienzo; preparando los dos solos la boda mientras estudiáis todavía en la universidad y vivís separados, tú con los apuntes de Derecho, intentando huir de quién sabe qué, ella con la guitarra y ocho horas de ensayo al día, intentando llegar a quién sabe dónde.

*Huir* y *llegar* son verbos que se parecen demasiado.

Después de casaros, os mudasteis juntos al centro. No creíais que hubiera ningún riesgo en lo de prometeros con alguien con quien aún no habíais convivido, estabais convencidos de que el deseo del uno se traducía en la voluntad del otro. Que las dos ambiciones encajaban como encajan las manos de los enamorados. Volvías tarde a casa, de noche, mamá te esperaba con la guitarra en la mano, te sentabas a su lado, todavía no te habías quitado el abrigo, tampoco la americana, y mirabas sus dedos moverse con agilidad entre las cuerdas. Después la mirabas a los ojos y, seguidamente, volvías la mirada otra vez a los dedos. Cuando nos contabais cómo habíais decidido ser padres, nos decíais que no hubo palabras. Que fue una mirada. Quizá había sido en uno de esos momentos al final del día, no lo sé, quizá era otro de esos momentos igual al anterior, con la misma luz morada entrando por las ventanas del apartamento y el mismo silencio antes de cenar, el sonido de la llave que gira dos veces en la cerradura y, ya desde el rellano, la melodía de la guitarra resonando escaleras abajo. El *intermezzo* de *Cavalleria rusticana*. Mamá había aprendido a tocarla para ti. Le costaba. Era difícil. Decía que lo hacía por acercarse a tu mundo. Y en una de esas tardes la habías visto justo al abrir la puerta, te habías sentado a su lado, con la americana puesta, con el abrigo, os habíais mirado y habíais decidido que seríais padres.

Y mamá repetía que seríais unos abuelos adorables. Decía que entonces haríais lo que por nosotros habíais dejado de hacer. Hablaba de un crucero. De ir a las islas griegas y tostarse al sol. De

andar y de reírse mucho. De ver los días acabarse frente a la chimenea. De irse a la montaña, de coger el coche los fines de semana, salir de aquí, subir alguna montaña, ver el mundo desde lo alto y fijar la vista en el cielo, en las estrellas intermitentes. También de echarnos de menos. De cuidar a nuestros hijos. Se reía diciendo que los consentiría, a los nietos, que haría lo que no había hecho con nosotros. Era como si en el presente resplandeciera algo que tenía que ver con el mañana: no se trataba de posponer la felicidad de entonces, es que la felicidad de entonces exigía creer que el futuro estaba contenido en cada momento que estabais viviendo. Existir tenía sentido porque imaginaros existiendo veinte años después también lo tenía. De mamá, he heredado esta tendencia a pensar que mi vida venidera es tan importante como mi vida de ahora. De ti, la extrañeza con que sabías atender esas observaciones: callar, guardar silencio cuando el día siguiente se abría con indiferencia, tratar de huir de lo que decíamos que tenía que pasar, disimular cuando la mala estrella brillaba desde el futuro, dejándonos ciegos. Y el perfil, también el perfil, el rostro. Una mirada que los demás ya habían conocido en ti.

Han pasado diez años desde que te moriste y estás cansadamente muerto. Hemos intentado convertir la compasión en una herramienta para entender el pasado y la redención en una excusa para desear el futuro. El duelo es una manera insistente de negar el olvido que, inevitablemente, llega con el tiempo. Matarse, en cambio, debe de ser la mejor forma de asegurarse de que los vivos no te olvidarán fácilmente. Me ha costado enfadarme, porque enfadarme era también una manera de no dejarte ir y lo único que deseaba era olvidarte. Habría agradecido una nota. Una nota entre las manos, encima de la silla, donde fuera, una nota y solo una frase escrita: «Hijo, intenta olvidarme». Que tú bendijeras la desmemoria. Es cierto, sin embargo, que a veces no hay frases finales para cerrar nada, para terminar, que a veces no hay palabras acertadas para huir.

# 2

Hay quien dice que el último documento que Marina Tsvietáieva escribió antes de colgarse de una viga en su casa del pueblo de Yelábuga, donde vivía con su hijo Mur, fue una solicitud dirigida al Consejo de Chístopol, en la que pedía: «Ruego que se me dé trabajo como lavaplatos en el comedor del Litfond que va a abrirse», donde comían los poetas más consagrados que ella. Las últimas palabras que uno escribe pueden ser de auxilio, implorando trabajar en un comedor en el que servirá a los escritores de mayor prestigio: cuando la muerte es inminente, el orgullo se deshace.

Hay quien dice, en cambio, que antes de morir escribió tres cartas: una a su hijo Mur («Perdóname, pero en adelante habría sido todavía peor. [...] Esto ya no soy yo. [...] Caí en un callejón sin salida»), una dirigida a sus compañeros de oficio («Queridos camaradas: [...] ¡no me entierren viva! Compruébenlo bien») y una última a sus amigos Nikolái Nikoláievich y las hermanas Siniakova («No lo abandonen nunca. [...] Si se van: llévenselo con ustedes. No lo abandonen»). Las últimas palabras que uno escribe pueden ser de auxilio, implorando a los pocos que lo recuerdan que no se olviden de su hijo.

Que no hubiera carta significaba que el último pensamiento no había sido para nosotros. No pediste que alguien nos resguardara de las inclemencias del mundo, que nos cuidara el resto de los días, no confesaste que la vida que nos quedaba por delante, si seguías con nosotros, habría sido peor. A protegernos aprendimos solos. A saber que el tiempo que entonces estaba por llegar era el mejor de los tiempos, también. Primero, pensé que eras un héroe. Después, que eras un cobarde. Más tarde, pensé que en realidad eras un egoísta. Ahora pienso que solo eras mi padre. Si no había habido palabras cuando habíais decidido tener hijos, si tan solo había habido una mirada, tal vez la forma más íntegra de irte también era en silencio, sin hablar. Deberías haber sabido que un largo silencio, al final, también se llena de palabras. Palabras que nunca has querido decir.

Que no hubiera carta significaba que el último pensamiento no había sido para nosotros. Y quizá eso nos salvó. Imagina qué debía

de pensar el hijo de Miyó Vestrini, con los años, al rememorar que las últimas palabras de su madre habían sido una orden: «No entres, llama a tu papá». ¿Es eso todo lo que tenía que decirme? ¿Nada más? ¿Así se despide a un hijo? O el dolor de Linda al evocar las cartas de amor de su madre, Anne Sexton, y que volvieran de repente a la memoria los abusos, la manera como le decía «Eres mi niña especial» y la tocaba, los versos que le escribía para redimir la culpa de aquel deseo desviado y violento. Imagina el miedo. Ya debías de saber que un largo silencio, al final, también es un lugar donde descansar, una zona donde los demás escogen las palabras con las que querrán recordarte.

Una tarde de invierno le pregunto a mamá si tiene la autopsia. Rebuscamos en cajas de la biblioteca, removemos papeles antiguos, revolvemos fotografías que caen de los álbumes como queriéndose desenganchar. Han pasado diez años desde que te moriste. La encontramos, grapada y pulcra, como si nadie la hubiera leído antes.

Tipo de muerte: violenta. Etiología médico-legal: suicidio. No esperábamos que ningún documento revelara una verdad de tu muerte oculta hasta entonces, pero hacía unas semanas que había empezado a escribir sobre ti, y temía acabar repitiendo el relato impecable que habíamos creado en casa durante los últimos diez años. Tenía que haber algo más, cuatro o cinco certezas sepultadas en las palabras, un lugar donde la memoria brillara más ligera, más vibrante, algún hecho que me condujera al rincón sombrío de tu pensamiento y que, finalmente, un efecto de comprensión se apoderara de golpe de mí. Quería saber. Tenía que escribir.

La autopsia la habían tecleado en Comic Sans. En Comic Sans, ante un ordenador en un despacho del depósito de cadáveres, un forense había descrito la coreografía con la que te había ido troceando: cómo te había abierto la cabeza (se procede a su apertura mediante la disección cuidadosa del cuero cabelludo. El encéfalo pesa 1418 gramos), cómo te había abierto el tórax (se procede a su apertura con incisión en la línea media y disección cuidadosa del tejido subcutáneo. Los pulmones pesan 736 gramos

el derecho y 572 gramos el izquierdo. Se incide sobre el pericardio. Anomalías en el pericardio: no. El corazón pesa 472 gramos [n = 250350 gramos]. Anomalías coronarias: no), cómo te había abierto el abdomen (el estómago conserva su morfología y localización anatómicas. Anomalías gástricas: contenido violáceo pastoso, hedor enólico. El hígado pesa 2064 gramos. El bazo pesa 199 gramos). El diagnóstico anatómico-macroscópico estaba claro: surco de colgamiento, congestión visceral generalizada, hipertrofia del ventrículo izquierdo. La causa de la muerte: anoxia anóxica por compresión cervical por colgamiento. Eso significa que te ahogaste hasta morirte.

Cuando lo abrieron, el estómago apestaba a alcohol. El mismo hedor que te salía de la boca cuando te me acercabas y yo cerraba los ojos, te agachabas para llegar a mí, era pequeño, venías a darme un beso y pensaba que, si los cerraba, los ojos, todo iría más rápido, que te alejarías pronto, te irías y quizá, al volver, la boca no tendría ese regusto amargo. Pero estabas sano. El hígado, sorprendentemente bien. El bazo, bien. El páncreas, bien. El riñón, bien. Los uréteres, la vejiga urinaria, suprarrenales, perineo y aparato genital, todo bien. El corazón pesaba 472 gramos. Tenías hipertrofia en el ventrículo izquierdo. A lo mejor, si hubieras envejecido, te habrían tenido que operar: un cateterismo cardiaco, un marcapasos o una intervención larga a vida o muerte. Quién sabe. Un corazón pesa, normalmente, entre doscientos cincuenta y trescientos cincuenta gramos. Lo indica el forense en la autopsia. Tenías el corazón demasiado grande.

En el cuarto punto del informe medicoforense de autopsia, está escrito que el momento de la muerte se estima entre las 16 y las 18 horas del día 13 de enero de 2013. Descubro, entonces, que el reloj que me indica las 17:31 h puede ser una suerte de verdad entre nosotros.

Más adelante están los resultados de los análisis toxicológicos. Muchas palabras que no entiendo. Me impresiona leer tu nombre escrito. Tu nombre y el de tu padre, iguales. El apellido que compartimos: tu padre, tú y yo. Recuerdo el teléfono de memoria, el DNI, recuerdo el nombre de la calle donde vivías de pequeño y de la

casa donde moriste, que es la misma, recuerdo el plato que cocinabas siempre y recuerdo el título de los libros que leías. Recuerdo que mamá, los meses después de incinerarte, llamaba a tu móvil esperando que respondieras. La última vez respondió alguien a quien le habían asignado tu antiguo número. Yo murmuraba tu DNI por la calle, cumpliendo la promesa de no olvidarlo. Querría añadirlo a la autopsia, todo esto. Escribir que, detrás del nombre, se esconde una historia, y que cada historia es la memoria que otra persona recuerda. Y que ahora tu nombre solamente es un grito en un valle perdido.

La autopsia expone que tenías 1,64 gramos de etanol por litro de sangre cuando te abrieron. No se detectan drogas de abuso ni psicofármacos en la muestra analizada. En el apartado de la información toxicológica se enumeran los efectos que produce esa concentración de alcohol en sangre: inestabilidad emocional y disminución de las inhibiciones, pérdida del juicio crítico, alteraciones de la memoria y la comprensión, disminución de la respuesta sensorial, aumento del tiempo de reacción, incoordinación muscular. Confundido, busco en internet qué significa: leo que equivale a haber consumido una botella de vino u ocho cervezas o tres cubatas. En otra web, afirman que es el límite antes de la fase hipnótica. Y en otra, escriben que ese nivel de alcohol en sangre «incrementa el riesgo de ataques al corazón, comportamientos sexuales arriesgados y suicidio». Ocurre que yo siempre te había imaginado caminando pesaroso hacia la muerte, pacífico, descansado y arrepentido: tus pasos descalzos, en las manos la cuerda, los ojos que escogen una viga conocida, el taburete y el silencio de después. Las horas de la tarde en la casa del bosque habían estado solo en tu vida y en la de nadie más. Y resulta que diez años más tarde estás muerto y la historia muta: te has pasado la tarde bebiendo, la medicación descansa sin abrir en la oscuridad de un cajón, una botella de vino u ocho cervezas o tres cubatas, y al apurar el culo del vaso decides que ha llegado el momento. Un suicida que no se despide. Desde hoy: un borracho que no se despide. Primero tu peste a alcohol, después el olor que te sale del estómago, el olor que había sido siempre un aliento de

muerte, como una exhalación cálida en la nuca que me perseguía, y la música suave que lo acompañaba: las botellas de vidrio repicaban cuando las llevabas al contenedor –tu contorno desaparecía a lo lejos en la calle, perfilado contra la luz de las farolas– y tus tres hijos, una mañana, encontrábamos los tapones de corcho esparcidos por el jardín, enterrados, fosilizados, como si fueran cadáveres olvidados y resulta que eran, sin poder leerlo entonces, tu destino concentrado en nuestras manos de niños.

Son las 17:29 h. Hace más de siete años que la hora no se me aparece. Ahora la busco para encontrarte, como si fuera la única manera de hablar, invocándote a la hora en la que me avisas desde el otro lado. No le he contado nunca a nadie que he establecido esta hora como un portal entre nosotros dos. El viento huracanado fustiga los cristales, las nubes se acumulan en una reunión imposible y yo espero pacientemente a que lleguen las 17:31 h. La oscuridad se ha apoderado del día. Apenas algún rayo de luz se cuela por entre el cielo encapotado, y estalla en el mar, que ondea furioso. Pienso, mientras pasan los segundos y la hora se acerca, qué quiero decirte. Primero: no retrocediste ni un poco ante tu deseo. Segundo: quizá soy yo quien nunca actúa de acuerdo con su deseo, y haberlo hecho te hace valiente, te honra, te convierte en mi ídolo; pienso: no retrocediste ni un milímetro ante tu deseo. Tercero: a lo mejor es que mi deseo es imposible. Cuarto: te echo de menos. Quinto: tu voluntad de irte era tuya y de nadie más. ¿Qué cara tenías? ¿Cuál fue tu última expresión antes de morir? ¿Una sonrisa fulgurante? ¿Unos ojos descansados? ¿Fue tal vez un temblor nervioso de pánico? Y todavía pienso, esperándote: había algo de luz en tu abismo oscuro. Es más: te fuiste sin llevarte nada contigo, a nadie, pero cuántas cosas te llevaste pensando que huías liberado. Octavo: devuélvelo todo, no vuelvas tú, devuelve lo que no sabías que te llevabas y luego huye otra vez, devuelve lo que robaste y márchate inocente. El viento sigue azotando los cristales. Ya no se abre ningún rayo de luz entre las nubes. Y el mar es, como al final de cada día, la piel inmensa de un dinosaurio. Miro el cielo y me callo. Miro el reloj: las 17:32 h. La hora se ha ido furtivamente. Tal vez te habría dicho,

si hubiera llegado a tiempo, que tu deseo fue un desastre, una ruina. Que te quedaste solo con el deseo y sin nadie que te protegiera. Pero la hora se ha ido y soy yo quien se queda solo con el silencio, y tampoco hay nadie, aquí, hoy, para protegerme.

A finales de septiembre de 1972, antes de prepararse un cóctel de barbitúricos, o justo después, Alejandra Pizarnik escribió con tiza su último poema en la pizarra de su estudio, como una despedida: «no quiero ir / nada más / que hasta el fondo». En tu diario, en la agenda en la que ibas escribiendo cómo te sentías, dos días antes de morir, escribes: «Espero y espero. Ok». En la entrada del 12 de enero de 2013, un día antes de morir, escribes: «Ok». En la entrada del día que te moriste no escribes nada. Esperar también es una manera de ir hasta el fondo. Que la última palabra escrita sea un «Ok» contenido, tan preciso y quirúrgico, refulgente, es haber llegado antes de tiempo: descubrir que más allá del fondo ya no hay nada. «Un día perfecto, pero al final sigo solo», añades en la entrada del 11 de enero, dos días antes del suicidio. Pizarnik, mucho antes de sus últimas palabras, se preguntaba en un poema: «¿Cómo no me suicido frente a un espejo / y desaparezco para reaparecer en el mar / donde un gran barco me esperaría / con las luces encendidas?».

Esperar. Esperar que te esperen.

Ir hasta el fondo.

# 3

Escribirte es como dirigirme a un amor que una vez tuve. Como si redactara una carta para alguien que quiere que me disculpe o que me pide explicaciones. Una carta de amor con el intento frustrado de recuperar el cuerpo, con el deseo de tocarlo, y el desafío de atravesar el tiempo: ¿puedo volver a vivir contigo los años que no compartimos? Con qué voz se leerán estas palabras: ¿con la tuya o con la mía? ¿Quién llenará de sentido las cosas que escribo? ¿Quién dirá, cuando llegue el momento, que la distancia entre nosotros se hace evidente justo cuando intento romperla? Con una mano palpo el dolor, con la otra no dejo de escribir: espérame. Espérame un poco más. Una despedida es una despedida solo porque llega al final.

Un primer amor me destrozó. Los primeros amores deben existir para destrozarte. Su nombre era su cuerpo: escucharlo era como volver a un sitio en el que siempre había querido estar. Se llamaba Valèria. La quería tanto, es cierto, también porque podía huir de mi mundo para llegar a otro, donde había unos padres que se conocían como quien se sabe un poema de memoria. El amor es la mejor estrategia de huida, un plan de fuga que pocas veces falla. La quería tanto, también, porque habíamos reconocido, desde el principio, que nuestro deseo era mutante y disperso, que podíamos querer a otras personas, decíamos. La quería tanto, también, porque no llegamos nunca a practicarlo. Pero lo sabíamos. Y con saberlo nos bastaba. Hasta que, unos años después, con saberlo no bastó y nos separamos. La historia es breve, termina aquí.

Un psicoanalista explicaba que abandonamos la bisexualidad originaria, el deseo errático y desordenado con el que nacemos, por amor a los padres: nos acomodamos a la categoría que nos indican y obedecemos su designio. Todo por amor a ellos, como si fueran los primeros amantes a quienes nos entregamos. Negarles esa fuerza y mantenerse en la confusión primigenia, en la mezcla, explicaba, es síntoma de omnipotencia, de no querer abandonar el estadio todopoderoso del comienzo de la vida en el que cualquier amor es

posible. Quizá amar a una chica, por entonces, tenía algo que ver con eso. Contra los niños de ocho años que ya habían escrito mi historia: Èric y yo, maricones, mirándonos como quien descubre la suerte. En tu favor: demostrando que yo sí que podía huir de lo que me señalaban los demás. Me imagino con catorce años describiéndote las imágenes que me crecían por dentro, los lugares adonde me llevaba mi mente, y te figuro indefenso ante mi amor ambiguo y volcánico: mi nombre, flamígero, escrito en mayúsculas. No fue así. No lo sería ahora, tampoco. Eliminaba el deseo. El amor era tranquilo. Valèria callaba conmigo. Nos queríamos como quisiste tú y enterrábamos los fantasmas ruidosos en el punto más lejano de nuestro descampado.

En un camping del sur de Francia, cocinando con un hornillo y calentando el pan al sol, encima del coche, Valèria y yo hablábamos. Teníamos veinte años. Culpábamos a nuestros padres de nuestras incapacidades y censurábamos las obligaciones que relacionábamos con ellos. Nos mirábamos como si no hubiéramos visto antes nada igual y el paisaje nos parecía feroz: lo amábamos. Íbamos de aquí para allá con el coche, desplegábamos la cama entre los asientos cuando se hacía de noche y la recogíamos antes de continuar la ruta, cuando el calor de la mañana nos despertaba. Nos repetíamos que nuestro amor era un magma de identificaciones entrecruzadas en movimiento. Conducíamos. Atravesábamos un país desconocido. Teníamos la edad a la que mamá y tú os conocisteis. A menudo pensaba en que habría querido presentártela, que me habría gustado que supieras que existía, que el amor, por fin, me había llegado. Pensaba: amor quiere decir esperar. Pensaba: amor quiere decir que el tiempo se escapa. Pensaba: amor quiere decir saberlo desde el principio. Pensaba: amor quiere decir verlo muy claro, que la duda no centellee jamás.

Conducíamos.

Habría querido presentártela porque entonces todavía creía que había cosas sobre el amor que me habrías querido decir y que el tiempo no nos dejó. En un correo que le enviaste a mamá, en junio de 2012, seis meses antes de morir, le dices: «Espero que algún día Pol lea mis poemas y me considere a su altura, me considere digno

de él, porque eso sería un elogio muy grande, sería algo que me haría sentir digno de haber vivido». Yo entonces no sabía que quería escribir. Había ganado concursos de poesía en el instituto, fingía que entendía los libros que leía, me protegía de la soledad y construía excusas, tras los textos, para no tener que aceptar que tenía pocos amigos y demasiado tiempo. Que la vida, por momentos, me parecía muy larga. Pero solo tenía doce o trece años, desconocía que escribías poemas, que intuías –no me lo dijiste– que terminaría acercándome al mundo escribiendo, tratando de entenderlo leyendo, que solo podría recuperar tu voz en los escritos que le habías mandado a mamá. En un poema que adjuntas a ese correo, le pides piedad a un Dios que buscas y no encuentras. En otro, le pides piedad a mamá, a quien buscas y no encuentras. Te despides: «Hasta pronto, amor».

Miraba a Valèria bañarse en un lago gélido, una cima verde lo coronaba, y volvía brillante de agua, saltando de roca en roca, con una sonrisa desacostumbrada al dolor, y yo todavía con la duda de si habías estado esperando que llegara el día para hablarme del deseo, ella se sentaba a mi lado, se tumbaba contra el sol y se secaba el cuerpo mojado con el aire caliente del verano. Le acariciaba la espalda. Pensaba en ti.

Mentiría si dijera que me gustan tus poemas. Quisiera decir que sí, porque entonces podría complacer tu deseo de hacerte sentirte digno de haber nacido, pero no deberíamos pedirle a nadie que nos haga sentirnos dignos de nuestra propia vida. Valèria abría el cuaderno, echada en la roca, me leía sus poemas, que escribía en libretas en las que me dibujaba tumbado en la arena de la playa, desnudo, en las que me pintaba con colores primarios capturando algo de mí que yo solo reconocía en sus esbozos. Me gustaban los poemas. Me sentía afortunado. Pensaba que la historia me había dado una tregua y habían llegado, por fin, los años de vida. Escribíamos. Follábamos. Discutíamos. Viajábamos. Dormíamos.

Ahora intentamos ser amigos, pero no hay nada más triste que reconocer el aburrimiento de alguien a quien has querido. Cuando nos vemos, pienso que mi amor es un fantasma. No hay nada de animal, nada instintivo, no hay nada bestial en mi deseo que

esconde secretos ocultos: ¿por qué la quise tanto? Vive de sueños atroces mi amor, de imágenes perversas. ¿Por qué te quise tanto? Nos contamos qué hacemos. Paseamos por la ciudad. Nos contamos qué queremos hacer. Recordamos anécdotas que vivimos juntos, viajes que compartimos: las semanas de autostop cuando todavía éramos niños, tratando de volvernos adultos de golpe; los años de la universidad, en los que nos creíamos dueños de nuestro destino. Entonces me viene un verso de un poema que le mandaste a mamá en junio de 2012, seis meses antes de morir: «Vivid la vida / que no he sabido vivir». Llega después de la estrofa más misteriosa que escribiste, como si en aquel momento ya supieras que, tarde o temprano, te matarías: «Encontrad una razón, dadle / un sentido a todo esto, / encended una hoguera purificadora / y quemad el perro de paja».

El perro de paja es el dolor. O el tedio. Tal vez sea el amor. La memoria. O bien la vida compartida. Cuando me encuentro con Valèria, cuando me cuenta qué hace y qué quiere hacer, cuando paseamos y recordamos anécdotas que vivimos juntos, viajes compartidos, se me aparece una hoguera purificadora, llamas descontroladas en un incendio desordenado que llega hasta el cielo: hay un perro de paja encendido, un perro de paja cubierto de llamaradas que se consume velozmente, convertido en un humo que se confunde con las nubes, como trampas. Entonces te entiendo. «Encended una hoguera purificadora / y quemad el perro de paja.» Sonrío y ella me pregunta qué me pasa, dónde estoy, y le respondo que nada, que he pensado en algo absurdo que no tiene ninguna importancia. Y sigue hablando. La escucho. Paseamos. Nos despedimos.

Conducíamos.

En junio de 1936, el escritor Robert E. Howard se mató. Había escrito cientos de cuentos para revistas *pulp* y se le conocía por haber inventado al héroe Conan el Bárbaro. Dos días después de que su madre entrara en coma, unas horas más tarde de que los médicos le comunicaran que no se despertaría, una mañana ardiente de verano, salió de casa –su padre no oyó cerrarse la puerta–, se

dirigió a su Chevrolet, cogió la pistola de la guantera, subió las ventanillas y se voló la cabeza. Tenía treinta años. Al día siguiente murió su madre. Durante mucho tiempo, se pensó que la nota que llevaba en la cartera, con dos frases escritas a máquina, era una carta de suicidio, pero sesenta años más tarde descubrieron que se trataba de un par de versos de Viola Garvin que él mismo había mecanografiado en un trozo de papel: «Todo hecho, todo huido, llevadme a la pira; el festín ya ha terminado y la luz expira». Los finales son inflamables: su pira, tu hoguera. Esa voluntad de quemarlo todo, sin dejar rastro, como se hace con la correspondencia de los amantes cuando ambos mueren: las cartas reunidas en un único fajo y una llama que las hace desaparecer. Tú también escribiste sobre el deseo de incendio. Tú también tuviste una madre en coma que murió sin decir adiós. Tú también te dirigiste con decisión al lugar en el que te mataste, sin que nadie oyera cómo se cerraba la puerta. Tú también creíste que podías borrar una vida entera con un solo gesto.

Quisiera saber a qué te referías cuando escribiste que viviéramos la vida que no habías sabido vivir. Si te referías al coraje que no supiste encontrar para decirles a tus padres que no querías estudiar Derecho, que lo que querías de verdad era entrar en el seminario. Quizá te referías a la valentía que no tuviste cuando en el colegio mayor te hacían dormir con los zapatos puestos los alumnos mayores que tú, cuando te despertaban a media noche junto al resto de los novatos. O a lo mejor te referías al valor que no reuniste para culpar a tu madre y a tu hermana de la muerte de tu padre: ¿y si te referías a la incapacidad de decir en voz alta que tu padre te había abandonado? Quizá te referías a los años perdidos en los que tus hijos crecimos y tú, en cambio, fuiste directamente hacia el pasado, viéndote reflejado en el cuerpo de esas criaturas que se escapaban y te recordaban a la familia en la que, un día, habías sido feliz. O quizá te referías al odio hacia ti mismo, a las mentiras, a una vida que vivías como si la fingieras. Y después están los recuerdos borrados con la bebida; el espacio que te aleja de una mujer que hace de madre de tres hijos sola; las manos que abren un álbum donde te encuentras en fotografías del pasado y compruebas que

fuiste alguien que ya no reconoces. Quizá se trataba de no haber olvidado lo suficiente. O quizá de haber olvidado demasiado.

La tarde que mamá me entregó la autopsia, le pregunté qué creía que te había llevado al punto de no retorno en el que gravitaste los últimos años. Me respondió que la vergüenza. Me habló de tu incapacidad para apartarte del juicio de los demás, del deseo imposible de huir, de tu familia como un dolor que no habías sabido entender, del mundo que te señalaba y de la parálisis. Yo pensé en el miedo a escribir esta historia y en la parálisis. Pensé en mi incapacidad de acercarme a quien deseo. En mi manera de conjugar tantas veces el verbo *huir*, pero acabar quedándome siempre. Pensé en Berta y en mis pasos tras ella. En las voces que en el tanatorio decían que te habías volado la cabeza y en las historias que no había escrito en las puertas de los baños, en los nombres que no había grabado en los espejos del instituto. Pensé en ti. También en la sospecha de que el hijo de un suicida debe ser el mejor aprendiendo a matarse.

Sylvia Plath se suicidó el 11 de febrero de 1963 abriendo el gas y encerrándose en la cocina, cubriendo con trapos las rendijas por donde corría el aire, metiendo la cabeza en el horno y con los niños solos en la habitación de arriba y el desayuno preparado en la mesa (un poco de pan con mantequilla y dos vasos de leche). En la cocina, encontraron un papel en el que decía que, por favor, llamaran al médico, con su número apuntado. Hay notas que buscan inútilmente la salvación.

El hijo de Plath se ahorcó cuarenta y seis años después. Era profesor de Ciencias del Mar: estudiaba las profundidades abisales, las especies submarinas y la temperatura de los océanos. Había cultivado una carrera académica reputada y exitosa. No tenía pareja ni hijos. Le gustaba hacer figurillas de barro y hornearlas. Tenía episodios depresivos. Pensaba a menudo en su madre. Se llamaba Nicholas Hughes. Sylvia Plath había escrito un poema en el que vaticinaba el futuro trágico de la familia: «Morir / es un arte, como todo. / Y yo lo hago excepcionalmente bien».

El suicidio de Nicholas Hughes era el tercero de la familia. Su

padre, el poeta Ted Hughes, poco después de la muerte de Plath, se había juntado con Assia Wevill, una chica casada, más joven, también poeta, judía, bellísima, de ojos verde oliva, a quien había alquilado el apartamento de Primrose Hill junto con su marido y con quien había empezado a verse cuando Plath aún vivía. Nunca escribió sobre ella. No la hizo aparecer en sus poemas ni fue el pretexto de ninguno de sus libros. En 1969, seis años después de que Plath se suicidara, Assia Wevill abrió el gas y se encerró en la cocina, tras cubrir con trapos las rendijas por las que corría el aire, meter la cabeza en el horno y con su hija, Shura, de cuatro años, al lado. Su último gesto fue una imitación, también un mensaje: una manera de decirnos, a los que veníamos después, que la familia es peligrosa y que la historia, impoluta, se repite.

Dicen que el entorno de Hughes no la aceptaba, que Assia escribió a su hermana y le dijo que «Sylvia está creciendo dentro de Ted, enorme, espléndidamente». Dicen que, después de que naciera su hija, Shura, Hughes le aseguró que no vivirían juntos, que por entonces él ya tenía otra amante, con quien se casó unos años después. Dicen que el día que Assia se suicidó habían discutido por teléfono y que ella, más tarde, había llamado a la niñera para darle el día libre, que no dejó ninguna nota. Y dicen, también, que se la encontraron abrazada a su hija, Shura, sobre un colchón que había arrastrado hasta la cocina. En cada familia se abre un infierno de palabras no dichas. Y en cada infierno familiar hay una llama preparada para prender como un incendio forestal.

En 1963, el año que se suicidó, Sylvia Plath escribió en *La campana de cristal*: «Pensaba que la creación más bella del mundo debía de ser la sombra, el millón de formas en movimiento y callejones sin salida de la sombra. Había sombra en los cajones de las cómodas y en los armarios y en las maletas, y sombra debajo de las casas y de los árboles y las piedras, y sombra en el fondo de los ojos y las sonrisas de la gente, y sombra, leguas y leguas y leguas de sombra en la cara nocturna de la tierra».

Esto es lo que afirmaba un estudio que leí sobre la herencia del suicidio: que es una sombra que se esparce. Una mancha imparable a tu alrededor. El estudio cuenta que ha habido casos de niños que

han intentado suicidarse antes de que lo hicieran sus padres, como en una suerte de plagio anticipado o subvirtiendo los protocolos del destino: hay muchas maneras de rebelarse contra la ascendencia y una de ellas es boicotear sus planes. Pero el estudio habla de los casos que no funcionaron, de los niños que lo intentaron sin lograrlo y que, tarde o temprano, terminaron siendo hijos de suicidas. Niños que habían tenido una intuición, que conocían a sus padres mejor que ellos mismos y detectaron la herencia antes de que se revelara. Entonces regresé a la noche cerrada del 13 de enero, cuando dejé la manguera, sentí el olor a gasolina, pagué, miré al cielo, volví al coche, me senté al lado de mamá y lo supe; esa noche no tenía ningún pensamiento fantasioso, no se trataba tampoco de una superstición absurda: era, solamente, una manera muy clara de conocerte. El suicidio se anticipa. También se roba. Anne Sexton se lo echaba en cara a Sylvia Plath: «¡Ladrona! – / ¿cómo te arrastraste dentro, / te arrastraste sola / hasta meterte en la muerte que yo ansiaba tanto y desde hace tanto [...]». El suicidio de Plath decía cosas de Sexton que ella misma no había podido decir. Tu suicidio decía cosas de mí que no había tenido tiempo de entender.

El poeta John Berryman también conoció esa herencia: se encontró a su padre muerto bajo la ventana del dormitorio cuando tenía once años. Yo tenía quince. Berryman adoptó su seudónimo por el apellido de su padrastro, y, la mañana del 7 de enero de 1972, se lanzó del puente de Washington Avenue, en Mineápolis, directamente al caudaloso río Misisipí. Se casó tres veces. Bebía sin control. Le concedieron el Pulitzer de poesía. Su padre se había volado la cabeza, pero él se decidió por la caída libre. Circula la leyenda de que Berryman, antes de impactar contra el agua, durante el vuelo, saludó a un conductor con el que cruzó la mirada. También dicen que dejó escrita una nota para su mujer: «Kate, amor mío, hiciste todo lo que pudiste. No tengo trabajo y solo soy un estorbo. Olvídame, vuélvete a casar, sé feliz».

En 1971, un año antes de suicidarse, en *Love & Fame*, Berryman escribe el poema «Sobre el suicidio», que empieza así: «Me poseen reflexiones sobre el suicidio, y sobre mi padre. / Bebo demasiado. Mi mujer me amenaza con separarse. No me hará de "enfermera". Se

siente "inadecuada"». Y, justo antes del final, dice: «Pienso en el suicidio constantemente». Me gusta el poema, parece que escriba de resaca, como te imagino a ti escribiendo los poemas que le dedicabas a mamá. Frases sencillas, lacónicas, porque los pensamientos alcoholizados no pueden ir más allá. Haciendo las cosas rápido cuando el ánimo lo permitía, decidiendo enseñar en clase el Evangelio de Lucas a última hora, mientras se dirigía a la universidad. Habrías podido escribir este poema, fíjate en el inicio: también pensabas en tu padre, bebías demasiado, a ti también te amenazaba tu mujer con separarse. Todos los suicidas se parecen un poco, pero cada uno se mata a su manera: me gusta este poema porque Berryman, al fin y al cabo, escoge vivir. ¿Alguna vez escribiste para alargar tu vida unos días más?

«Espero y espero. Ok.»

Hablaba de un estudio científico que me sentenciaba muy pronto, de una profesora de Columbia que insiste en el componente hereditario de ese querer matarse, y me gustaría contradecirla, me gustaría decirle que no tiene razón, que el enfermo es el mundo y no el suicida, y que el suicida es aquel que se atreve a renunciar a la mediocridad que le rodea. Pero no puedo. Sé demasiado bien a qué se refiere. Primero, descubrí que había heredado la sonrisa fugaz. Un gesto descuidado. Tu sombra. Después, creí que heredaría el método infalible de morir. Más adelante, descubrí que, habiendo visto la muerte tan de cerca, se me habían despertado unas ganas terribles de vivir.

El año antes del suicidio, ingresaste en un centro psiquiátrico. Mamá te acompañó. Una sala blanca y un examen antes de entrar. Los psiquiátricos son puros, inmensos y tristísimos. Tienen una ferocidad tranquila. Ibas para quedarte. Lo hacías con decisión. Alguien te había convencido de ello: tu psiquiatra, puede que mamá. Seguramente, la convicción de conocer demasiado bien el desenlace si no lo hacías. Durante el examen de ingreso, el psiquiatra del centro te preguntó cuánto bebías. Respondiste que dos botellas de vino al día. Mamá te miró, huyó de sí misma un instante, dudando si te había entendido mal, se culpó de su ingenuidad, incapaz de darse

cuenta de las cosas mientras sucedían, de haberse creído las mentiras durante demasiado tiempo, se hundió, reflotó, miró al psiquiatra pidiéndole que, por favor, la sacara de allí, pero él insistió, te preguntó si te autolesionabas, y te levantaste, te desataste el cinturón y le mostraste los muslos llenos de cortes, con heridas y costras que no cicatrizaban, te subiste los pantalones, te ataste el cinturón, te volviste a sentar y callaste.

En una carta que le escribiste a tu psiquiatra el 6 de junio de 2012, siete meses antes de morir y un tiempo después de salir del centro, escribes: «En mi última visita, el pasado 2 de mayo, le intenté contar, a grandes rasgos, cómo había dejado de tomar la medicación y había vuelto a beber varias veces después del ingreso que usted me facilitó. Realmente, la experiencia de la estancia allí fue buena, me permitió, a mí y a mi mujer, pensar en un regreso a la normalidad de la vida en familia y en una progresiva recuperación personal». La carta es una petición silenciosa de socorro en la que escribes palabras que no has dicho antes: la lengua te quema. Mientes y cuentas que estuvo bien, el internamiento en un psiquiátrico del que querías huir desde que entraste, repites «vida en familia» como si fuera una posibilidad plausible, te disculpas y cuentas que, junto con mamá, habéis llegado a la conclusión de que tal vez padeces un trastorno de identidad disociativa. Mamá y tú buscáis en internet los síntomas, revolvéis el pasado en busca de anécdotas terribles que puedan encajar en él, desesperadamente, tratando de encontrar una respuesta a lo que pasa, a las cicatrices y al ingreso fallido, a la salida y a la recaída inminente, al alcohol y a la tristeza. Al silencio.

En la carta, cuentas que tu psicóloga te ha dicho que no tienes que etiquetarte con un trastorno tan severo a pesar de que la sintomatología presente grandes coincidencias. Ella estaba, el día de tu entierro: la recuerdo entre la gente, maquillada y vestida con una americana beige. Nos miramos. La culpé. Hacia el final de la carta, le prometes al psiquiatra que sigues rigurosamente la pauta de medicación que te indicó: venlafaxina de 150 mg dos veces al día (un antidepresivo para tratar el trastorno depresivo mayor y el trastorno de ansiedad generalizada) y quetiapina de 100 mg al final

del día (un antipsicótico para tratar la esquizofrenia, el trastorno bipolar y la depresión mayor). Te despides: «Gracias por todo, doctor».

El único sustituto para el amor es la memoria: otra forma de restaurar la intimidad perdida. Tú, antes de dormir, me dabas un beso en la frente. Me enseñaste a atarme los zapatos y me remetías las camisetas cuando hacía frío. Nos construiste una litera, a Àuric y a mí, de la que bajábamos por un tobogán de madera. Te gustaba acariciarnos el pelo cuando nos tumbábamos en tu regazo. Preparabas bañeras de espuma en las que nos remojábamos los tres hermanos. La mayoría de las cosas las recuerda el cuerpo: es la memoria de verdad, la involuntaria. La señalan los demás cuando me miran: caminas como él, bajas la mirada cuando te pones nervioso, coges el lápiz de la misma forma, conducís igual, con una mano en el volante y la otra en el cambio de marchas, repites sus palabras cuando te enfadas. El mentón partido. Las cejas anchas. El mismo perfil. Y cuando la memoria se agota, queda entonces la repetición: fingir que el horror desapareció contigo, tratar de evitar siempre el regreso. Y está también la mentira. O el convencimiento: que no se trata de una herencia lo que nos une, sino de un acto voluntario para no dejarte ir.

Nos decíais que no había habido palabras, que había sido una mirada. Tú y mamá en el sofá del piso de la ciudad, la luz morada entrando por las ventanas y una decisión. Ahora debería escribir sobre cómo formasteis una familia y del miedo que me da a mí tener a un bebé entre las manos. Habría que anotar que he huido de las cosas que te gustaban, como si así pudiera huir de ti. Pero vosotros lo queríais de veras: adoptasteis un hijo porque no llegaba el embarazo, más tarde vine yo, y años después otra hija. Tocaría contar que tu padre se murió poco después de que llegase Àuric. Que, por entonces, yo estaba en la tripa de mamá. Que, cuando fuisteis a buscar a Lia, la tercera hija, unos años después, Àuric y yo dormimos quince noches con los abuelos, los padres de mamá, donde teníamos una foto de Lia encima del colchón, colgada en la

pared, y al final del día, antes de meternos en la cama, nos peleábamos por ver quién le daba un beso primero. Que, cuando te moriste, una profesora les dijo a mis hermanos que para ellos el duelo no era tan violento porque ya habían perdido a un padre antes que a ti. Y que no nos resultó extraño, que fue fácil fingir que no dolía, la indiferencia, porque tu familia siempre había considerado que el único hijo legítimo era yo. La sangre, la imagen viva y la memoria del cuerpo: que el único hijo legítimo era yo. Que descubrimos, poco a poco, que padre es aquel que ofrenda la posibilidad de la palabra: acompaña el vacío con el que uno nace y le añade vocabulario, como si le regalara la lengua. En la oscuridad más oscura, si un padre habla, hay luz. Y tú tendiste hacia el silencio. Que no había habido palabras, nos decíais, que había sido una mirada. Pero, a veces, no sé, a veces es mejor hablar.

# 4

Mamá me contó la historia del fuego. Y yo la escuché.
Primero, había que remontarse muchos años atrás.

Sabe a resina y a leña recién cortada. Se oye cantar a las cigarras desde los pinos: si levantas la vista, las ramas dibujan un entramado de verdor laberíntico y rayos de luz se cuelan por entre los claros. A este jardín llega la brisa del mar. La hierba es espesa. En los márgenes, crecen pitas recién florecidas y elevan sus tallos hasta el cielo. Tu padre está vivo. Yo vivo en la tripa de mamá: me faltan dos meses para salir. Tu padre nos ha invitado a comer a su casa este domingo. Lo suele hacer. Es la casa en la que vive con su mujer, tu madre. La casa donde creciste. Queda lejos del centro, solo se llega en coche, enfilando una carretera de asfalto gastado que serpentea y se camufla bajo las copas de un alto pinar, junto a las viñas. Desde el punto más elevado de la casa se ve el mar. Podría ser un lugar bonito para vivir. Para ti, lo fue durante muchos años. Podría ser, como sucede con los lugares más terroríficos, un lugar bonito para vivir.

Comemos dentro. A través de las puertas acristaladas, la luz inunda el comedor. El bosque se distingue al fondo. Las vigas en el techo, inocentes, sostienen la casa. Un olor a humedad, como a polvo milenario, lo cubre todo. Olor a piel seca de los chéster viejos. Olor al jabón de los baños, que deja una fragancia a heno recién segado. Olor a gente mayor y a gente triste, a limpieza sucia, a pelo grasiento peinado con colonia, a ropa guardada en armarios mohosos, a madera vieja y a alfombras sin aspirar. Olor a metales herrumbrosos que tapizan las paredes, arados y rejas y guadañas que se oxidan colgadas desde siempre. Olor a cerrado. Olor a una familia que no ve el tiempo pasar. Olor a quien no deja entrar nada que no sea suyo. Cuando me pasee dentro de unos años, pensaré que es un olor ceniciento, a madera quemada, como a incendio antiguo.

Con el calor del principio de la tarde, mamá sale a jugar con Àuric al jardín. Tú te quedas en el comedor, bebiendo y fumando con tu

hermana y tus padres, alargando la sobremesa. Mamá lo columpia y ambos corren descalzos por la hierba, se persiguen y se ríen, se tumban mirando al cielo: por el ramaje, un rayo de luz les ilumina el rostro. Noto el movimiento desde dentro de la barriga, el ir y venir del cuerpo de mamá, el impulso al mover el columpio. Noto cómo se estira, cómo me estiro, cómo se estira mi hermano. Las manos de Àuric encima de mí, murmura mi nombre en voz baja. Primero noto la sombra de su cuerpo que se acerca a mí para abrazarme, y después, cuando se aleja, la luz traslúcida en forma de calidez.

Nos llaman.

Es tu padre, desde el jardín. Nos dice de ir al sótano, donde tiene un proyector de diapositivas y un montón de fotografías familiares para enseñarnos. Normalmente accedemos al sótano desde dentro de la casa, por una puerta pequeña de madera que da al comedor, pero hoy tu padre nos espera enfrente: tiene la mano apoyada en el picaporte de la puerta metálica exterior, que está abierta. Mamá se resiste: te dice que prefiere quedarse fuera. Noto la mano en el vientre; con la otra, coge a Àuric del brazo, como si no quisiera dejarlo ir. Un presentimiento le dice que es mejor seguir jugando. Visto así, con la puerta abierta, el sótano parece una cueva. Tu padre, desde la entrada, insiste en que nos quiere contar historias. Estamos todos allí: tú, mamá, yo dentro de mamá, Àuric; también están allí tu hermana, su marido y sus dos hijos, tu madre y tu padre. Acabamos entrando. Oigo el ruido de la puerta metálica al cerrarse, las vueltas de la llave en la cerradura. Huele a sazón, a tierra húmeda. Un olor a roca madre. Olor a herramientas viejas, a leña seca y telarañas. Olor a segadora, a hierba cortada, a bidones de plástico. Olor a gasolina. Nos sentamos mirando al proyector: fotografías de perros, de viajes, fotografías de tus padres, de ti de pequeño con más perros, fotografías de esta casa y de los bosques de pinos y encinas que la rodean, algunas viñas a principios de verano, fotografías en las que sonríes y construyes con tu padre una casa de madera al fondo del jardín, fotografías de la piscina y de un huerto que habíais tenido. Podría ser una despedida: las imágenes que se te aparecen una fracción de segundo antes de morir, esa

sucesión de recuerdos significativos que el universo te devuelve antes de irte.

El fuego llega como siempre llega: sin esperarlo y sin avisar. Primero es una llama que nadie ve y después viene el incendio. El humo llena el sótano bruscamente y, como un foco de luz, la claridad amarilla del proyector atraviesa la niebla con un haz nítido, perfecto: en la pantalla, la imagen de tu sonrisa infantil se borra. El humo se multiplica y se esparce por el techo, se acumula en la cueva como una mortaja de nubes, cubre los rostros, os impide ver; también está el resplandor del fuego, que crece en una esquina, anaranjado y vivo, furioso, y el olor de la madera que arde. El espacio se encoge, os perdéis en él, desorientados, sin saber qué hacer. Hace unos minutos, el cielo era maravillosamente azul. La abuela ha cogido a Àuric en brazos, mamá se tumba en el suelo, con las manos en la barriga, como si pudiera agarrarme a mí también, noto las manos envolviéndome, tú intentas abrir la puerta que lleva al piso de arriba, la puerta pequeña por la que habéis entrado tantas veces desde dentro de la casa. Está cerrada. Te arrastras hacia la otra salida, hacia la puerta desde la que os llamaba tu padre, metálica y vieja, más grande, oxidada, que da al jardín. Está cerrada. Buscas instintivamente con las manos la llave en la cerradura, tiene que estar ahí, siempre lo ha estado, piensas, y está, pero se te cae, te agachas, la buscas, la oscuridad te impide encontrarla, palpas a tientas el suelo con la mano, con ambas manos, y no está. No la encuentras. No sé qué hacen los demás. No sé dónde están. No sé si gritan o si también intentan encontrar la llave. No sé si tu padre se sienta en un rincón, a la espera, convencido de lo que está pasando o si, en cambio, ayuda a dar con la salida. No lo sé. Solo sé que mamá tose y no me deja ir, que hemos perdido de vista a Àuric entre el humo, vemos los pies de la abuela e imaginamos que lo tiene arriba y se lo está tragando, solo sé que no puedes tirar la puerta abajo, que mamá grita el nombre de Àuric como si la voz salvara la vida, que los golpes de tu cuerpo contra el metal retumban por el humo, las manos de mamá todavía me abrazan, me remuevo en el vientre mientras ella también golpea en vano la puerta metálica con las piernas, y ahora que podrían

llegar las imágenes finales, esa sucesión de recuerdos significativos, justo ahora tu padre grita: «¡Aquí!», y os dirigís hacia el grito, al lugar por donde se escapa el humo, a la puerta pequeña que conduce al piso de arriba, ahora está abierta, y la humareda huye escupida del sótano buscando las vigas, y tras el humo salís vosotros, como si hubierais rebasado el dolor, ungidos de una especie de protección milagrosa, y reptáis buscando la luz: oscurece, la noche llega lentamente y el color del cielo es precioso, como de coral.

Cuatro días después del incendio, tu madre llama. Tú, mamá y Àuric estáis en el piso. Esa tarde el cielo no es tan bonito al oscurecer, se ha hecho tarde y el frío cala, la luna no aparece entre las nubes. Tu madre te dice que, cuando hacía ya una hora que esperaba a que tu padre la fuese a buscar al centro, tal y como habían quedado, le ha pedido a tu hermana que la llevara a casa y que, al llegar, todo estaba oscuro, que les ha dado miedo, te ha dicho, solo dos luces del jardín encendidas y ese frío que cala con fuerza, que han subido la cuesta que conduce a la casa y que han dado media vuelta al ver la puerta de cristal entreabierta y el comedor oscuro, sin luz para orientarse. Que vayas tú, te pide, que vayas tú a ver qué pasa. Ella ya lo sabe, pero no te lo dice. Te despides de mamá y le dices que vuelves dentro de un rato. Justo ayer le dieron a Àuric el alta en la UCI, hace dos días un médico os dijo que no había riesgo de perderme, hace tres días que intentáis entender qué pasó el domingo en el sótano. Y no regresas.

Dos farolas iluminan ligeramente la subida. La casa se intuye al final. Abres la puerta del jardín. La llave queda siempre escondida cerca de la cerradura. El cielo no está lechoso, hoy, está negro. Te encaminas a la puerta de cristal, entreabierta, y, con un destello de extrañeza en los ojos, ves un cuerpo colgado como un recorte contra el azul oscuro de la noche. Miras bien la viga: recordarás cuál es. Y, entonces, empieza esta historia: la tuya. El pasado se convierte en materia de presente, el futuro se extiende como una alfombra muy larga por donde caminarás los próximos años, se encienden las luces, todos los farolillos del jardín, los ojos de buey del comedor, y

las lámparas de las mesitas te apuntan a ti, que no sabes adónde mirar, caminas hacia delante por si acaso, la luz te ciega, podría sonar el *intermezzo* de *Cavalleria rusticana*, podría detenerse la música, en ese silencio breve cuando callan los violines y el tiempo se congela: podrías empezar a señalar todo eso que, de ahora en adelante, acabará contigo.

Unas semanas más tarde, descubres que tu padre estaba enfermo. Depresión, dicen. Te lo dejan caer tu madre y tu hermana una tarde, como si nada, cuando vais a visitarlas. Mamá y tú os miráis, recelosos, con una mezcla de curiosidad y dolor, y volvéis al incendio: la manera como tu padre os llamaba desde la puerta del sótano para que fuerais todos. Aquel presagio que le decía a mamá que no entrara. Intenta entender una sola cosa y lo entenderás todo. Tu historia empieza con un secreto que deja de serlo. Pasan muchos días hasta que tu madre y tu hermana te cuentan que tu padre recogía piedras grandes y las guardaba debajo del somier, en el dormitorio. Pasan semanas hasta que te cuentan que tu padre había ido al psiquiatra, donde había confesado, delante de tu madre, que pensaba en el suicidio continuamente. Pasan meses hasta que tu madre y tu hermana te entregan una carta en la que tu padre escribió, por primera y última vez, que te quería. Durante todo ese tiempo, te culpan de haber perdido la llave durante el incendio, de tu torpeza, dicen. Insisten en la casualidad del fuego y en tu torpeza para sacarlos del sótano. Pasa un año y no habláis de tu padre, tampoco de las llamas. Tu madre descuelga las fotos en las que él aparece, tira sus retratos de los álbumes, cree que con eso basta para borrar la memoria de un muerto. Acordáis, silenciosamente, que podéis empezar de nuevo.

La noche en la que te encuentras a tu padre colgado, tu madre y tu hermana te esperan en el piso de la ciudad, con mamá y con Àuric. También han venido los padres de ella, una tía que distrae al niño jugando en un rincón, algunos primos. Se sientan en el sofá del comedor y en sillas que han juntado en torno a la mesita. Se miran los unos a los otros como si esperaran un veredicto. Mamá no se aparta las manos del vientre. Noto cómo me calientan. Tu padre se acaba de matar y quedan dos meses para que yo nazca. Se hace el

silencio que solo hacen los muertos que se van sin avisar, pero ellas dos lo rompen, afligidas, se lamentan: no de la muerte, dicen, de la vergüenza. Ahora se preguntan qué responderán, cómo se lo contarán a los demás, se imaginan la cara de los vecinos, de los conocidos, las miradas de los clientes de la tienda, y no lo soportan. Dicen que no lo soportan. Hablan de él como si fuera alguien que no conocen. Tú estás en la casa del bosque con las luces encendidas, que, en un movimiento prodigioso, te señalan, caminando por la alfombra que se despliega ante ti, encarnando el ritual que yo repetiré quince años más tarde. Solo queda esperar.

# 5

Abro el álbum que mamá comenzó después del entierro. Tu memoria atesorada. Todo lo que queda de ti.

En las primeras páginas, hay fotos de cuando eras pequeño. En una sonríes. En otra lloras. En otra te agarras los pies con las manos y miras a cámara. Debes de tener seis meses. Haces las cosas que hace una criatura. Hay otras en las que eres mayor, unos años más tarde, y tu cara de niño es la misma que tenía yo con esa edad. Te bañas en una piscina. Te sientas en una silla en el jardín un día de sol radiante. Te tumbas en la hierba después de, parece, haber estado jugando mucho. Soplas las velas clavadas en una tarta de pastelería: cuatro años. Te envuelves en una toalla después de bañarte. Te disfrazas de *cowboy* y te ríes por detrás de un lentisco. Estás quieto frente al árbol de Navidad lleno de guirnaldas, muy serio. Hay deseos. En tres fotografías apareces con tu padre: tumbados en el suelo, él mira al cielo y tú le miras a él, sin que lo note; sentados al lado de la piscina, él mira hacia un lado y tú sonríes a cámara; trepando por un olivo, él mira al objetivo y tú vuelves la vista hacia abajo. En ninguna de las fotografías te mira. Podríamos ser tú y yo. También yo te estudiaría sin que lo notaras y tú evitarías de igual manera el contacto con los ojos: hacia el cielo, hacia un lado, hacia la cámara. En las fotografías de otra página, te duchas en el jardín con la manguera, tu cuerpo se ha convertido en el de un hombre, con la espalda ancha y los brazos fuertes, el pelo te cubre el pecho, empiezas a sustituir la sonrisa por una mirada seductora y se nota que te afeitas desde hace tiempo. Te vistes con camisa, te peinas los rizos. Hay sueños.

Ninguna fotografía captura la agitación de los cuerpos que retrata: mira a tu padre, cauteloso, incapaz de burlar la bala que sale del objetivo para descubrir su tristeza. Ninguna fotografía despertará en un desconocido el dolor con el que nosotros las miramos ahora: tu cuerpo joven tumbado en la arena de la playa no abrirá heridas más allá de nosotros. Ninguna fotografía revelará quién eras antes de que yo naciera, antes incluso de que fueras mi padre: es inútil

pensar que hay un tiempo anterior que indicaba que el futuro podía desplegarse de una manera distinta.

Todas estas fotografías mienten.

La última que tenemos juntos es del día de mi cumpleaños, el 31 de diciembre, del año 2012. Trece días antes de morir. Todo en esta historia es una cuenta atrás: la muerte muta la manera como avanza el tiempo, que deja de mirar hacia delante. Las cosas son, entonces, porque un día fuiste. Y te transformas en el acontecimiento histórico de una familia insignificante: tu pérdida deja de doler y solamente indica un antes y un después con los que podemos orientarnos. Ahora eres una referencia que nos permite calcular cuántos años tenemos, cuánto tiempo hace que se asfaltó el jardín, en qué curso empecé la universidad. En esta última fotografía sonríes con la misma expresión que en el retrato en el que soplas cuatro velas por tu cumpleaños, cuarenta años antes, en un regreso repentino a la infancia, con esa mirada dolorida de los niños que mezcla incomprensión y calma. También con la mirada de los enfermos. O la de los lúcidos: los que viven los últimos días como si fueran los primeros.

Es la cena de mi cumpleaños. Hace unos días que has cumplido cuarenta y cuatro años. Tienes el pelo gris y la piel arrugada: el sufrimiento envejece los cuerpos demasiado rápido. Se te ve cansado y se intuye el esfuerzo que haces al sonreír. Hoy te he abrazado varias veces. Últimamente no dejo de abrazarte. Acabo de volver de un intercambio en un país lejano con la sensación de que echo de menos una grandeza imposible. Burlábamos la diferencia horaria y nos videollamábamos antes de que te fueras a dormir, cuando yo acababa de comer. Me enviabas cartas. En la primera, escribiste: «Esta es una prueba para enviar más cartas y cosas por correo. Cosas que nosotros tocamos y que tú tocarás». Listabas en el papel todo lo que añadías en el sobre, como un lápiz pequeño –«más como en casa», escribías, haciendo referencia a los lápices diminutos que teníamos en la cocina para apuntar la lista de la compra, y me preguntaba si tú también tendrías alguno, en la casa del bosque, para sentirte como en casa–, y te despedías: «¡Basta de tonterías! Al fin y al cabo, es una prueba. Si va bien, te mandaré

regalos para decorar tu habitación. Te quiero mucho y te echo de menos». En la esquina inferior, pegaste una foto de carnet en la que se te ve con la mirada perdida. La señalas y escribes, en mayúsculas: «¡PAPI!». Cuando descubría las latas pixeladas a un lado de la pantalla, intentando entender las palabras que no podías vocalizar, mientras salías del encuadre para dar otro sorbo de cerveza y yo te pedía que colgáramos, en el momento en el que me rogabas que, por favor, me quedara un rato más, tenía que resistirme para no quemar las cartas. Leer la dirección de la casa del bosque, en un lado del sobre, me recordaba que, afortunadamente, estaba lejos.

Entre Nochevieja y el día de tu muerte –ignoramos la importancia de los hechos: ¿cómo habríamos brindado si hubiéramos sabido que era la última cena?–, entre esas dos noches, llamaste al timbre. El reloj acababa de dar las cinco y media. Solo estaba yo en casa. Te abrí. Retiramos la decoración de Navidad como si ordenáramos un hogar que debía vaciarse en una última mudanza y la metimos en cajas. En cada una, escribíamos qué guardábamos dentro. Solo la memoria nos devuelve el sentido perdido: ¿cómo habría doblado los adornos si hubiera sabido que nunca más los colgaríamos? Al terminar, nos tumbamos en el sofá y vimos una serie. Nos reímos. El capítulo se acabó y volviste de nuevo a la casa del bosque, pero, antes de cerrar la puerta, aprovechando el último fragmento de luz que salía de dentro, me diste un beso en la frente y me dijiste adiós.

Sería un recuerdo más si no fuera porque es la última imagen que tengo de ti vivo, aunque sé que nos vimos más veces antes de morir. No las recuerdo. ¿Dónde está esa cosa extraviada entre nosotros, ese último momento compartido que he olvidado?

Como tampoco tendría importancia la última cena juntos si no fuera porque, muchos años después de tu muerte, leí que, cuando un suicida decide matarse, el dolor desaparece, recupera la calma, lo invade una especie de cansancio feliz, cierta claridad pasajera, como un descanso que llega después de mucho tiempo dudando. Está tranquilo. Y al igual que yo fijo el último día que nos vimos, tú fijaste un momento en el que dijiste «Basta» y dijiste «Sí» a la vez, un «Sí»

prohibido y oscuro, un «Sí» prehistórico, poderoso, un segundo que resplandeció por encima del resto como una revelación primaria. En la última foto que tenemos juntos, ya lo has decidido. No sabes cuándo, quizá ni siquiera sabes cómo, pero ya lo has decidido. Hace pocos días que has cumplido cuarenta y cuatro años y te recubre una serenidad sin esperanza. Esa noche no has bebido.

Leopoldina Pallotta della Torre le pregunta a Marguerite Duras, en una entrevista, si escribe para exorcizar sus fantasmas. Duras responde: «Escribo para vulgarizarme, para masacrarme, y después para quitarme importancia, para aligerarme: que el texto ocupe mi lugar, de modo que yo exista menos. No consigo liberarme de mí sino en dos casos: por la idea del suicidio y por la idea de escribir». Si pienso en los momentos en los que me enviabas cartas desde el otro lado del mundo, si pienso en que estuviste unos cuantos meses existiendo menos, con ese cansancio arraigado, escribiendo y acercándote a la muerte lentamente, entonces descanso contigo. Hay verdades que brillan con más fuerza, donde uno cree descubrir lo que hace tiempo que había esperado. Tal vez el suicidio te llegó así: como una ráfaga de viento helado que despertó un pensamiento dormido. Tal vez fuera un arranque visionario de materia viva. Tal vez fuera el alcohol. O bien la memoria de tu padre. Tal vez no fuera nada de eso. Si escribo este libro es porque no lo sé. Y solo consigo liberarme de mí mismo en un único caso: por la idea de escribir.

Al final de esa entrevista, Duras afirma que escribir no va de contar una historia, sino de evocar lo que la rodea. Yo sé que no escribo tu historia. Ni la mía. Sé que solo giro, sin detenerme, a tu alrededor. Rodeándote.

Echo de menos a Berta.

Ayer salimos juntos de fiesta. Hicimos la previa en su casa. Vivimos a cinco minutos y, aunque en esta maldita ciudad nadie sea vecino de nadie, decimos que lo somos para no sentirnos solos. Hace años que nos mudamos, justo al empezar la universidad. Todos los miércoles vamos al cine, quedamos justo antes en el

supermercado que hay al lado, compramos comida que escondemos en las bolsas y entramos a la sala con la película ya empezada. Salimos cuando aparecen los créditos, antes de que el resto del público se levante, hacemos como que no oímos las voces que, criticándonos, nos echan en cara no habernos callado ni un momento, nos acompañamos hasta la esquina, hablamos un ratito y nos despedimos. Cada uno vuelve a su casa y entonces algo pequeño, muy delicado, se desplaza mientras preparo las llaves y abro la puerta, algo que no va a ninguna parte y que no deja de moverse, una oscuridad alegre, que me hace la cena, algo dentro, calmado, como la luz de una vela que tiembla frágil.

Llevé ginebra y una bolsa de hielo: ella tenía la mezcla, me había dicho, y llegaba cambiada del trabajo. Bebimos toda la tarde en la galería que se abre al patio de manzana, con las ventanas abiertas y el cielo desplegado, la tarde se fue apagando y el cielo resplandecía de un color melancólico, carmesí; se encendían las primeras luces tenues en las cristaleras de los bloques, y un movimiento de viento suave, como si sintiera amor por algo, removía las plantas de los balcones. Las nubes quedaron cubiertas de un rojo sangre muy fuerte y dijimos que era hora de ir a comprar otra botella: bajamos y no volvimos a subir, hablamos con desconocidos en un bar en el que cenamos a menudo y les pedimos a los camareros si podían subir la música, solo un poco, les dijimos, bebimos con culpabilidad, como hacemos siempre, porque beber nos recuerda a nuestros padres y a una historia que queremos olvidar, y cuando yo ya no habría sabido decir mi nombre y el cielo se había apagado del todo, cuando ya no habría sabido cómo volver a casa, le pedí al camarero que pusiera la música a toda hostia, sube el volumen al máximo, le dije, y Berta me sacó del bar tirándome del brazo, disculpándose, mendigué un cigarro que tiré antes de fumármelo e hicimos cola, callados, en la discoteca a la que vamos cuando no queremos volver a casa.

Una vez dentro, olvidamos las chaquetas en un rincón de la sala, nos abrimos paso entre espaldas hasta la primera fila, pegados a los altavoces, y empezamos a bailar como si estuviéramos allí solos. Sentía una alegría difícil. Berta desapareció, como hace siempre, y volvió con dos cubatas, sonrió y dijo «Bebe», y seguimos bailando,

ella sacó el móvil, escribió el nombre de la canción que pide todas las noches, se la mostró al DJ hasta que este le dijo que sí, que se esperara, y dos canciones más tarde se nos había olvidado y cambiamos de sala, bajamos las escaleras, nos sentamos un rato en los lavabos, nos lavamos la cara con agua y nos miramos en el espejo muy de cerca, un poco horrorizados, para recordar que estábamos allí, que existíamos, y después ella me peinó, yo la peiné, y nos dijimos «Venga», y en los baños siempre hay algún chico que mira a Berta de reojo, y ella no se da cuenta, alguna chica que me dice «Qué guapo» y yo le sonrío, falsamente agradecido, y luego subimos de nuevo arriba, volvimos al sitio de antes, Berta pidió otra vez la misma canción y por fin la pusieron. La bailamos como si trabajáramos, con el cansancio del ir y venir y las ganas de volver a casa, con el miedo al día siguiente y a saber que la noche terminará como han terminado todas las noches hasta ahora, convencidos de que cada vez tiene menos secretos que revelarnos, la noche, que solo hay un rato muy breve, impuro, casi desnudo, en el que todo es posible, que a veces no llega ni a existir, ese momento, y que volveremos a casa solos, que cuando uno quiera irse el otro querrá más, que nos dará pereza pagar un taxi y cruzaremos la ciudad a pie calladamente, con la tristeza esa que duele en el pecho cuando la noche se cierra y el día comienza, y la gente que va a trabajar nos mirará con envidia y furia, y sentiremos que el corazón nos late con nerviosismo: el miedo que indica que los días de juventud se empiezan a acabar.

Pero ayer por la noche estabas tú. Berta se había fundido con la masa y yo bailaba olvidando que la sala estaba llena de jóvenes, y que los jóvenes, cuando se juntan, lo que mejor saben hacer es buscarse, que es una manera de decir que lo único que quieren es no estar solos. Entonces yo intentaba olvidarlo cuando noté que alguien se me acercaba, no sé cómo, y me giré, nos vimos como si a la noche le hubiéramos descubierto el reverso luminoso y bailamos. Primero pensé en Berta y luego no, primero no lo miraba a los ojos, a aquel chico, y luego sí, nos arrimamos poco a poco y no fue difícil entender qué queríamos el uno del otro, porque el deseo, si quema fuerte, niega el misterio, y el resto, pues el resto tiene que ver con

las cosas que no tuviste tiempo de decirme. Subiendo las escaleras, con los abrigos y los ojos vivos, ligera, Berta se despidió sonriendo. Cuando le devolví la sonrisa ya había desaparecido dejando la puerta atrás.

Nos echaron de la discoteca y la madrugada era clara, con las farolas y los coches y los neones de la entrada tiñendo la acera de colores muy vivos. Aquel chico me había dicho de ir a su casa y yo no recordaba su nombre. Lo seguí. Pensé que el negro es el color de quien echa de menos y que tal vez por ello esa noche era tan amarilla, tan rosa y tan naranja, porque hay ratos en los que uno no echa de menos nada. En cambio, hay días en los que vuelves inexplicablemente cuando menos te espero: debe de ser cosa de los muertos y de la memoria, que comparten el don de lo imprevisto, y, si la noche es furor y abatimiento, si la noche es euforia y tristeza, la noche es un poco siempre tú cuando la cruzo: es aquella noche estrellada con el cielo lechoso como una lámpara cubierta con una sábana vieja, una mujer y un hijo que llegan a un terreno oscuro, intentando calmar a las perras, subiendo la cuesta que lleva a la casa, frente al cristal, contra la sombra.

Le pregunté el nombre antes de que abriera la puerta de su casa, me respondió sonriendo y esa cosa suya triste en la mirada insistió en tu parte melancólica. Me acordé de la primera vez que le había hablado de ti a la psiquiatra de la Seguridad Social, meses después del suicidio, cómo le conté que todos los domingos te visitaba en el lugar en el que te habíamos enterrado y te hablaba como si estuvieras vivo. Ella me respondió preguntándome si me gustaban los chicos. No supe qué contestar. Todavía sonriendo, él me ofreció una cerveza. Hacía horas que había perdido la cuenta. Por las ventanas entreabiertas del recibidor se intuía el ruido de los coches, la ciudad sin dormir. Le dije que sí, fuimos a la cocina, de la cocina al sofá y del sofá a la cama. Nuestra respiración se mezclaba con el fragor de afuera. Creía que en ese rato que nos regalábamos podíamos querernos como si nos hubiéramos conocido toda la vida. Cuando se durmió, desnudo a mi lado, busqué la ropa en la oscuridad, palpando a tientas el suelo con las manos, con ambas manos, y no estaba. La encontré. Me fui. Antes, miré hacia atrás, y

su cuerpo tumbado, respirando inocentemente, me tranquilizó. A veces no hay palabras acertadas para huir.

La claridad de la mañana me sorprendió: la noche se había acabado y era como si la noche no hubiera existido, como si tú no hubieras existido, como si entre día y día no se alargara el tiempo en el que ocurren las cosas que nadie ve. No recordaba dónde estaba. Miré el cielo, los edificios, el nombre de la calle, saqué el teléfono para ubicarme y me puse a andar, la luz me quemaba en los ojos, olía a tabaco, a sudor y a alguien cuyo nombre no recordaba. Debían de ser treinta minutos hasta el centro, cuarenta minutos a pie, no lo sé, hasta que vi las ventanas y el sol golpeándolas, el portal, los containers delante y la terraza del bar de abajo preparada, llamé al timbre y Berta me abrió. No me preguntó por la noche, tampoco yo a ella, sabía que volvería, me dije, me esperaba, y fuimos para la habitación sin hablar, me tumbé a su lado, la abracé por la espalda, y nos dormimos como si no hubiera empezado otra mañana.

Quizá pensaba lo mismo que Clarice Lispector, sentada en un taxi, cogida de la mano de su amiga Olga Borelli, una tarde de octubre de 1977. Ella la había ayudado a armar *La hora de la estrella*, la última novela de la escritora, que publicó el año de su muerte, y en la que su protagonista, Macabéa, se refería constantemente a sus ovarios envejecidos. Lispector moriría de cáncer de ovarios el 9 de diciembre, el día antes de cumplir cincuenta y siete. Mientras la escribía, no sabía que se estaba consumiendo, pero no dejaba de anotar la palabra «muerte» como un presagio. Olga, años atrás, se había acercado a Lispector para pedirle un autógrafo durante una firma de libros. Era una desconocida, una lectora salvaje de su obra. Se hicieron amigas, poco después se convirtió en su secretaria y, más adelante, en su editora. Lispector, en una carta a Borelli, escribe: «He encontrado, sí, una nueva amiga. Pero tú sales perdiendo. Soy una persona insegura, indecisa, sin rumbo en la vida [...]; no sé qué hacer de mí misma. [...] No tengo cualidades, solo tengo fragilidades. Pero a veces tengo esperanza. El paso de la vida a la muerte me asusta: es igual como pasar del odio, que tiene un objetivo y es limitado, al amor, que es ilimitado. [...] Sigo pensando que mi regalo de cumpleaños fue que aparecieras, en un momento

difícil, de gran soledad. [...] Tú, por ejemplo, no estabas prevista. Y yo, de forma imprevista, acepté la tarde de autógrafos. Tuya, Clarice». Esa tarde de octubre, Borelli acompañaba a Lispector al hospital: se estaba muriendo. Una hemorragia en el cuerpo de la escritora, un cáncer de ovarios fulminante, el trayecto final, el último de todos: lo sabía. Miró a la amiga, la hermana que había escogido, deslizó la mirada hacia las manos entrelazadas, sin saber de quién era cada dedo, miró al taxista y le pidió: «Finjamos que no vamos al hospital, que no estoy enferma, y que vamos a París». Las calles oscuras de Río de Janeiro se convirtieron en la sombra iluminada de una ciudad estrecha de edificios bajos cubiertos de glicinas y adoquines, y con el horizonte inacabable de una geometría perfecta. Estaban en París.

Borelli recuerda cómo empezaron a hacer planes y a hablar sobre lo que harían allí. Se acuerda del chófer cuando le preguntó tímidamente si él también podría ir. Recuerda que Lispector le respondió que sí, y que también podría acompañarle su chica. Recuerda cómo el taxista le respondió que su pareja era una mujer vieja de setenta años y que él no tenía dinero. Recuerda que Lispector le contestó que no, que ella también tenía que ir, que fingirían haber ganado la lotería. Y recuerda que, al llegar al hospital, cuando el taxista le pidió veinte cruceiros por el trayecto, Lispector le dio doscientos. Unas semanas más tarde murió.

«Siento que cuando no escribo estoy muerta», decía Lispector. Tú caminabas para no sentirte así, podabas los árboles, salías a pasear con las perras, construías casas de madera como si tus hijos fueran aún niños, regabas el huerto, leías libros de historia, recogías troncos, estudiabas budismo zen, bebías, fumabas.

«No llores a los muertos: ellos saben lo que hacen», escribió Lispector en su último libro, sin saber que era ella la que se estaba muriendo. Me pregunto si escribir puede ser, ahora, una forma de llorarte. No de querer entenderte: de llorarte.

«Escribir es una maldición que salva.» ¿De qué me está salvando escribir este libro?

Pero es cierto que Berta es mi Olga Borelli, y también yo le digo que ella sale perdiendo con este no saber qué hacer conmigo

mismo: lee mis textos y los edita, me acompaña en los momentos más violentos de la escritura, cuando el futuro pesa demasiado, le digo que escribo tu historia, en la que, decidida, humilde, aparece cada día un poco más: sonríe y calla. Yo leo a Lispector y pienso en ti. Me gustaría imaginarte llegando a la muerte acompañado, de la mano de alguien con quien mirarte y decirte que vais a París, convencidos en un taxi de que los finales son decisivos: habría podido ser yo, me habría gustado acompañarte. O tal vez, en cierto modo, ya te había ido acompañando durante muchos años.

# 6

Una mañana de agosto de 2010. Mamá nos había llevado a la playa y volvíamos con el cansancio del mar. Tú te habías quedado en casa. Antes de irnos, os había visto hablar muy bajito: ella movía los brazos arriba y abajo, cuchicheando, tú estabas quieto, junto a la puerta. Mamá nos había dicho que fuéramos a buscar las toallas al jardín, y cuando os vi, al entrar, parecía estar contándote un secreto o algo muy importante. Nos fuimos sin decirte adiós. Habíamos hecho castillos de arena y mamá no se había levantado de la toalla, las gafas de sol le escondían los ojos cansados, nos habíamos bañado y ella aún quieta sobre la arena, habíamos ido hasta las rocas y habíamos vuelto con algunas conchas y cangrejos. Le mostramos el trofeo y nos dijo que lo devolviéramos al agua antes de que los animales murieran. Teníamos la espalda quemada y sentíamos esa tranquilidad de los niños que desconocen el calendario. Conduciendo de camino a casa, mamá no habló y tampoco puso música; siempre lo hacíamos, había un disco que nos sabíamos de memoria y que cantábamos a la vez si viajábamos juntos, un disco que años después se perdió en la guantera y ya no volvimos a encontrar. Pero aquella tarde regresamos en silencio. Al llegar, mamá desapareció y yo me pregunté por qué en casa todos sabíais desaparecer tan bien y cómo podía ser tan difícil encontraros. Entonces se hacía un silencio que me descubría el tiempo y su peligro, y el verano me parecía interminable, un castigo que se alargaba sin que se intuyera el final. La eternidad, pensaba, debía de ser algo así.

Salí al jardín. Mamá ya no estaba. Al fondo, más allá del jacarandá, entre los palmitos, movías los brazos lentamente, con los ojos cerrados. Me acerqué. Tenías las piernas abiertas y no dejabas de moverte muy poco a poco: doblabas una rodilla, devolvías el tronco al centro y te inclinabas hacia el otro lado, apoyando una mano sobre el muslo, bajando el mentón al suelo, estirando los brazos paralelos hacia delante y, con las palmas abiertas, parecía que empujaras el aire. Me acerqué más, mirándote entre el verdor, respirando suave para que no me oyeras. Pasaron minutos como si

fueran horas. El color de las hojas se intensificó, brillando con los rayos de sol que detonaban en ellas. El ruido de los coches que cruzaban la autovía se fundió hasta desaparecer. Yo apenas parpadeaba. Los ojos me quemaban. El cielo se habría podido oscurecer, la luna habría podido alzarse de entre las nubes, habría podido caer un aguacero y tú habrías continuado todavía con esa coreografía tranquila, tu rostro en paz, como cuando te habíamos encontrado dormido antes de ir a la escuela, aquella mañana de invierno, abrazado a la perra que acababa de parir. Pero ahora se intuía un dolor. Una tristeza. Como un destino fatal.

Te observaba entre los palmitos y me parecía conocer el tiempo dentro de mí igual que conocía el nombre de las cosas que me rodeaban. Como las raíces de los árboles que habías plantado y las ramas que te cubrían por encima. El jacarandá, la mimosa, el pimentero, el laurel, la adelfa. El olor del romero. Y el del espliego. El olor del ciruelo al florecer. El olor del viejo rosal. Y tu nombre, en medio de todo lo que me resultaba familiar. Quería pensar que me enseñabas algo que no entendía. Empecé a andar para atrás, en silencio, con pasos cortos, después me giré y corrí hasta la habitación. Me encerré allí. Saqué una libreta. Busqué un lápiz. Comprobé que, desde la ventana, podía ver cómo te movías de esa forma tan rara. Encendí la luz de la mesa. Por primera vez, escribí. Era la historia de un árbol que vivía solo en el bosque sin ningún otro árbol, y se preguntaba si era realmente un bosque el lugar donde vivía, porque un bosque no es un bosque si no hay otros árboles al lado de un árbol, decía el protagonista. El viento agitaba sus hojas y los tallos más tiernos, algunos frutos se le caían y algunas pequeñas ramas secas se partían con las rachas que se le arremolinaban alrededor, tan desprotegido y solitario. El árbol se movía con parsimonia, como hacías tú. Las ráfagas silbaban en medio de aquella nada. El universo era tranquilo. Desmedido. Cuando terminé de escribir la historia, miré por la ventana y ya no estabas. Volví la vista al texto y escribí el título: *Historia de mi padre*.

Diez años después, en un libro de Delphine de Vigan, encontré la respuesta: «Escribo por el 31 de enero de 1980». Es el día que internan a su madre por primera vez en un psiquiátrico. Se acabó

suicidando. Yo escribo por una mañana de agosto de 2010. Por aquella tranquilidad desmedida. Por aquel dolor. Por aquel destino fatal.

Unas semanas después, al volver de la escuela –septiembre había comenzado como un consuelo–, te encontré vestido con una túnica negra, sentado sobre un cojín redondo y duro, las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Por la puerta entreabierta de tu habitación, respirando otra vez muy flojito para que no me oyeras, veía cómo descansabas las palmas de las manos en las rodillas y estirabas la espalda recta de cara a la pared: como si nos escucháramos respirando el uno al otro, a la vez; y no te veía a ti, veía una estatua, la carcasa de mi padre. Como si hubieras encontrado la forma de salir del cuerpo, pensaba, inútilmente buscándote detrás de la túnica y los párpados, demostrabas un poder nuevo que no conocía: sabías de un lugar mejor adonde ir. Me preguntaba si era como un bosque sin ningún otro árbol más que tú, ese sitio. O bien si era un bosque real. Volví a la habitación y releí el texto que había escrito aquella tarde de verano. Un árbol solitario e indefenso. Tal vez sea la imagen que retrato ahora, años después: una persona escandalosamente sola. Entonces yo intentaba recuperar a alguien que existía, pero que no estaba allí: te contemplaba. Ahora te fijo cuando escribo: no existes, pero estás ahí. La escritura sustituye la memoria y ocupa el espacio físico que llenabas antes. Y la condena: desde ahora, acceder a tu historia querrá decir entrar aquí. Tener que creerse mis palabras. ¿Es esta la versión más real, más fidedigna, que habrá existido de ti?

El 24 de diciembre de 2012, unas semanas antes del suicidio, volviste a la cena de Navidad que celebrábamos con la familia de mamá, a la que no te habías presentado en los últimos años. Parecía que nadie te echaba de menos. O a lo mejor nadie se atrevía a preguntar por ti, porque preguntar por ti era recibir una respuesta incómoda, y no nos gusta sentirnos incómodos, lo que nos gusta es fingir. Fingíamos cenando, mientras preparábamos las mesas para que cupiéramos todos, muchos primos y tíos y las respectivas parejas en el comedor de los abuelos, tocándonos sin parar,

fingíamos al saludarnos, cuando nos preguntábamos qué tal estábamos y qué habíamos hecho en los últimos meses, fingíamos haciendo ver que había adultos y que había niños, y a mí me tocaba responder a las preguntas que los adultos les hacen a los niños, respuestas que no quieren escuchar, preguntas que no dejarán de hacer nunca para poder sentirse adultos. Y así éramos también nosotros. Y no es que no supiéramos, por entonces, que sería la última Navidad sin ti, es que no sabíamos que sería la última cena de toda la familia junta. Y, por no saber, no sabíamos que tú serías la causa. Tú, que siempre te sentabas en una esquina, que te quedabas con el taburete que nadie quería, que habías comprendido, con los años, mirando desde un rincón, los códigos de una familia que gritaba y reía y cantaba y fingía.

Al terminar los postres y el brindis celebratorio, cuando en la mesa quedaban tan solo los cuchillos sucios de paté, los tapones de corcho hechos pedazos después de horas deshaciéndolos con los dedos, el culo de las botellas de cava caliente y todo el mundo con ese rubor rojizo en las mejillas, con las orejas calientes y los ojos un poco vidriosos, te levantaste y dijiste que tenías un regalo para todos. Yo pensaba: «Por favor, cállate». Pensaba: «Por favor, siéntate». Habías envuelto muchos paquetes, todos del mismo tamaño, cuadrangulares, con un papel infantil, y en cada uno de ellos habías escrito un nombre. Los repartiste. También tenías para tus hijos y para mamá: nosotros. Pediste que los abriéramos a la vez.

Habías enmarcado un proverbio chino distinto para cada miembro de la familia y habías pegado en él un recorte de alguna imagen fotocopiada de tus libros de budismo zen: había halcones planeando en el cielo, caligrafía china, maestros meditando con los ojos cerrados, bonsáis y horizontes de agua salpicados con barcas de bambú. En el mío, una sentencia del maestro japonés Kodo Sawaki: «Cuando el pensamiento está unificado, todo se vuelve sencillo». En otro, sin firma de autoría, se decía: «Los fenómenos no son distintos al vacío. El vacío no es distinto a los fenómenos». En el de mamá, un proverbio del maestro chino Yoka Daishi: «Cuando el pájaro vuela en el cielo vasto e infinito es el verdadero pájaro». Al final de la

cena, ya bien entrada la noche, cuando todos volvían a casa y salían de nuevo al frío de la calle, iluminados por una franja de luna creciente, con las mejillas calientes y los ojos aún vidriosos, se llevaban consigo el regalo sin saber que ya no te verían más. Unas semanas después te suicidarías, pero te lo agradecían, te decían: «Qué bonito», «Hasta pronto», «Muchas gracias», y nadie se preguntaba por qué lo hacías, qué querías decirles con ese gesto, si gracias, si perdón, si adiós.

Recuerdo haber visitado la casa de una tía mía y haberme encontrado tu caligrafía en un marco en el mueble de la entrada, junto a las llaves. También recuerdo haber vuelto unos meses más tarde y que ya no estuviera. La vida de los muertos es muy corta. Que tú te mataras no tenía que desplazar nada, en principio, no tenía que alterar el orden de una familia en la que eras prescindible, ni aquel silencio nocturno después de cenar: el rubor debía seguir encendiendo los rostros; las manos, sobando siempre los tapones de corcho hasta deshacerlos; los dedos, recogiendo migajas de galleta que se comerían calladamente; el poso de las botellas, calentándose, y la claridad de la luna, custodiando la escena. Hay que saber dónde no te echarán de menos cuando ya no estés. También es cierto que no fuiste tú el que rompió el hechizo, que fue mamá, meses después del suicidio, cuando el fingimiento había vuelto y tu vida de muerto empezaba a acortarse, la que decidió romper con la familia. Tu silencio les resultaba familiar: te olvidaban deprisa. Nadie había llamado a nuestro timbre para ver si le necesitábamos. Mamá dijo que, si la habían dejado sola con tres niños y ningún consuelo, no hacía falta que nos viéramos otra vez. Dejamos de ir a las comidas y a las cenas. Todo el mundo aceptó el designio. En un mensaje de respuesta a una prima suya, mamá le escribió que era una estúpida. Yo no lo entendía, por entonces: la culpé de excesiva, como si estuviera equivocándose al pagar con ellos el dolor de la pérdida. Hace pocas semanas, al salir del cine con Berta, mientras pedíamos una cerveza en el bar donde solemos cenar, alguien gritó mi nombre y yo me giré: era ella. No la veía desde tu entierro. Descubrí en sus ojos la sorpresa de ver a un niño que ha crecido sin su consentimiento. En los míos, ella descubrió la sorpresa de ver cómo

el tiempo había convertido a la prima joven y bella en una madre cansada. Me contó que había leído mi primera novela y que le había parecido muy dura y difícil, que volvía de pasar un tiempo en México con sus hijos para cambiar de aires y otras historias que no recuerdo, y entonces lo entendí, lo pensé: estúpida. Como todos los adultos que hacen preguntas a los niños. Como todos los adultos que hacen preguntas a los niños y después se van.

En la entrada del 7 de enero de 2013, seis días antes de morir, escribes: «Primer día de las cuatro nobles verdades. He alcanzado algo de calma y autodominio». En la entrada del 9 de enero de 2013, cuatro días antes de morir, escribes: «He podido practicar zazen y me ha hecho mucho bien». En la entrada del 10 de enero de 2013, tres días antes de morir, escribes: «Kishin, el espíritu feliz. Roshin, el espíritu magnánimo, el de los padres. Daishin, el espíritu amplio, abierto, trascendente. Ojalá encontrara estos tres espíritus cada día, es una referencia y una meta. No olvidéis nunca vivir con alegría, con el amor profundo de los padres por sus hijos, y expresaos en todas vuestras actividades con un espíritu sin prejuicios». En la entrada del 11 de enero de 2013, dos días antes de morir, escribes: «Ok». En la entrada del 12 de enero de 2013, un día antes de morir, escribes: «Ok». En la entrada del 13 de enero de 2013, el día que moriste, no escribes nada.

Leías un libro de cocina tumbado en la hamaca del jardín. Echado en la hierba, bajo la sombra de los palmitos, yo también leía un libro que había aparecido por casa sin saber de dónde había salido. Entendía poco, admiraba al protagonista, Ignatius, un ser desagradable que vivía con su madre y que deambulaba por las calles de una ciudad que yo imaginaba al otro lado del mundo. No era capaz de seguirle el ritmo, pero no dejaba de leer porque tú, en la hamaca, no dejabas de leer. Copiarte era una forma de acercarme a ti. También de admirarte. Un intento de entenderte, seguramente: pensaba que, si hacía lo mismo, podría llegar a sentir lo que sentías, que solo hacía falta esperar, repetir y esperar. Tu libro se titulaba *Instrucciones al cocinero*. En la cubierta, un hombre de cabeza

afeitada con la túnica negra que tú te ponías para meditar le servía a otro hombre afeitado un tazón de caldo.

No sabía, entonces, que lo que leías obsesivamente era el *Tenzo Kyōkun*; que intentabas imitar, como yo intentaba imitarte a ti, lo que el maestro Dōgen había escrito en el siglo XIII; que volvías a este libro fundacional del budismo zen, en el que se reúnen las instrucciones para los cocineros de la comunidad budista, los *tenzos*. Dice la tradición que un *tenzo* manipula la comida con tanto cuidado como si fueran sus ojos, no echa a perder ni un solo grano de arroz y cocina como si cocinara para el emperador. Y, sobre todo –y eso es lo que subrayabas, lo sé ahora que abro el libro desde el fondo del jardín y tú no estás–, que un *tenzo* debe obrar a partir de tres espíritus: el Kishin, el alegre, feliz y satisfecho, que surge del agradecimiento, de una especie de alegría interior; el Roshin, el del amor, el espíritu de los padres, siempre compasivo; y, finalmente, el Daishin, el espíritu vasto, inmenso como un desierto, como el firmamento o el espacio marítimo, el espíritu que no discrimina, donde cabe todo. En la entrada del 10 de enero de 2013, tres días antes de morir, escribes: «Ojalá encontrara estos tres espíritus cada día, es una referencia y una meta».

Tumbado bajo la sombra de los palmitos y sin nadie en la hamaca a quien imitar, el ruido de los coches atraviesa la autovía y yo miro el mundo desde tus ojos: leo los subrayados del *Tenzo Kyōkun*. Recuerdo vagamente la moral de Ignatius, aquel personaje desagradable. Lo leía aquí, a tu lado. Recuerdo que comía frankfurts y el kétchup le chorreaba por las manos: juraría que no habría cocinado para nadie como para un emperador, ni habría pensado que, en el mar, holgado, puede caber todo. Recuerdo que Ignatius, en ese libro, decía algo como que en la vida no solo hay dos caminos, no hay el camino bueno y el camino malo, que hay tres, porque se les suma el que los demás te hacen recorrer. Ignatius contaba cómo había descubierto que, lejos de su voluntad, transitaba ese último sendero, arrastrándose, resignado. Años más tarde, supe que el autor del libro, el joven que había creado a aquel ser asqueroso pero tierno y le había hecho hablar y pasearse por las

calles de Nueva Orleans, pocos meses después de haber cumplido treinta y un años, conectó una manguera al tubo de escape y la metió por la ventanilla de su coche en mitad de un descampado. Lo encontraron muerto, como si no se hubiera despertado de un sueño tranquilo. No había conseguido que le publicaran la novela. Él estaba convencido de que era una obra maestra. Su madre, después del suicidio, se presentó en decenas de editoriales como si uno pudiera vengarse del destino y, cuando el libro se convirtió en un éxito internacional, confesó: «Cada vez que las editoriales me devolvían la novela era como si muriera un poco». También fue ella, de hecho, quien hizo pedazos la nota de suicidio de John Kennedy Toole y se pasó el resto de su vida ofreciendo versiones distintas y contradictorias del contenido, controlando el relato de la muerte.

Hay quien no es dueño de sus últimas palabras.

Hay quien no es dueño ni de su propia historia.

En la entrada del 10 de enero de 2013, tres días antes de morir, deseas encontrar el Kishin, el Roshin y el Daishin a diario. Escribes que son una referencia y una meta. Yo, si me lo hubieras preguntado entonces, levantando la mirada a la hamaca desde la sombra de los palmitos, te habría dicho, citando a Ignatius, que hay tres verdades: el camino bueno, el camino malo y el camino condenado que los demás te dejan recorrer. Te habría dicho, también, que tu historia hacía tiempo que se había trenzado con el último sendero, que no eras dueño de nada, ni de ti mismo, que ninguna gran verdad –ni la alegría, ni la compasión ni un mar inacabable– podía corregir el camino que los demás te habían hecho tomar. Tal vez no escribiste ninguna nota porque sabías que tampoco eras el dueño de tus últimas palabras. De tu propia historia.

Pocos meses después del suicidio, invitamos a tus compañeros de trabajo a casa. No sabíamos cómo se llamaban ni qué cara tenían. Hacía algunos años que habías dejado de ejercer de abogado y habías decidido presentarte a unas oposiciones de funcionario de prisiones. «Os parecéis tanto», me dijo uno de sus compañeros nada más entrar en casa. Era un hombre gordo, con una coleta larga y sucia, de pelo pobre. «Muchísimo», insistió una mujer rubia. Solías

compartir con ella el coche hasta la prisión, una hora de trayecto de ida, otra de vuelta; era también la que te había dicho que no quería compartirlo más contigo, porque había empezado a notar cosas raras, nos dijo, te lo había visto en los ojos, en la mirada. «Tenéis la misma cara», volvió a decir el que parecía el superior, un hombre mayor que trabajaba allí desde hacía más de treinta años. Nos contó que se había encontrado a muchos compañeros de trabajo ahorcados, allí en la prisión, que algunos se habían estampado con el coche al salir del turno, se lo dijo a la mujer rubia buscando complicidad, aprobando su decisión de no haber compartido más trayectos contigo, nos lo dijo a nosotros, para que lo entendiéramos, que otros se habían abierto los brazos en la bañera de su casa y no habían llegado a la hora en la que empezaban el turno. Me pregunté cuántas casas de familias que no entendían nada habría visitado. Cuántas veces les habría repetido esa frase a unos niños que le preparaban café y pastas y sonreían porque no sabían qué hacer. Era como si quisieran disculparse, pero no se disculpaban. Y como si quisieran saber más, pero no se lo contábamos. La mujer rubia dijo que les hablabas de nosotros, que lo hacías a menudo, que, cuando teníais que pasar una noche entera en un módulo paseándoos arriba y abajo por los pasillos, les hablabas de nosotros. Y nos contó que los internos te buscaban porque los asesorabas, te preguntaban si sus abogados lo estaban haciendo bien, qué tenían que decir para lograr el tercer grado, y tú les detallabas cómo podían mejorar la defensa.

En un correo de septiembre de 2012, cuatro meses antes de morir, me escribes: «Un día de trabajo. Turno de mañana. Empiezo el ciclo haciendo de encargado de la cabina de control de la prisión de mujeres. Cuatrocientas internas comienzan un día más de su pena de cárcel, pasando lista, desayunando o matando el tiempo en el patio». Y continúas: «Muy temprano, antes de desayunar, una interna se planta al lado de la puerta de cristal de la cabina de control, justo donde está el pasapapeles por el que se entregan las instancias y la correspondencia. Está nerviosa y es evidente que quiere hablar conmigo. En esta cabina tengo la costumbre, en horas tranquilas, de abrir la puerta y hablar con las internas cara a cara

para no tener que ponerme a gritar por el agujero del pasapapeles». Entonces ella llora porque hace días que está sancionada sin poder ir al patio ni participar en las actividades comunes: se ha encontrado la celda registrada varias veces y ha pedido en vano hablar con el jefe del módulo. Dos funcionarios pasan a su lado y la ignoran. Ella sigue llorando. Les dices a tus compañeros que el jefe no responde y te ignoran, llamas al jefe y te dice que ya vendrá. Ella llora todavía y ahora te cuenta que le han hecho quitarse todos los piercings, pero a otras internas no, que todo es solo por una colilla de porro que le han encontrado, que aquí todo el mundo fuma, pero nadie tiene tantos problemas, y ahora grita, te grita, y sabes que, si llega el jefe, le prolongarán la sanción, tú le pides que se calme, pero no lo hace, y termina murmurándote que su hija está con una familia de acogida. Se detiene un momento. Que el juez de familia le ha denegado las visitas. Ha apelado a la Audiencia, pero sabe que no le darán la razón. «Está convencida de que acabarán quitándosela del todo, que no la verá más, que la perderá», me escribes. Y me cuentas que ahora habéis ganado algo de tiempo. El jefe te llama y te dice que no bajará a hablar con ella, que irá a otra sala del módulo. Le explicas a la interna en qué esquina tiene que esperarle si quiere pillarlo. Minutos después, ves cómo consigue pararlo en el pasillo. Vuelves a la cabina. Te sientas. Te quedas callado. En la pausa de la cena, la interna se acerca a la cabina y te dice: «Usted es demasiado buena persona para ser funcionario». Me escribes.

Empezaba a oscurecer cuando decidieron irse todos a la vez. Los acompañamos hasta la puerta como si fueran seres queridos. No nos ayudaron a recoger. Nunca más supe nada de ninguno de ellos.

Después de la ruptura con Valèria, ella se fue a vivir con una comunidad budista. Los últimos meses de nuestra relación, había empezado a vincularse a un grupo que hacía sesiones de meditación en la ciudad. Más adelante, se inició en los fines de semana de retiro y, a medida que el tiempo avanzaba –yo deseaba detenerlo, como lo había deseado contigo–, se fue involucrando más. Nos fuimos alejando durante meses: nos separábamos poco a poco, con la tristeza de los gestos lentos pero implacables. Cuando nos

levantábamos juntos, meditaba a su lado fingiendo que nada de eso estaba pasando, abría levemente los párpados y la miraba como te había mirado a ti por el hueco de la puerta entreabierta. A finales de agosto de aquel mismo año, regresó de un retiro muy largo: la había echado de menos, desayunamos en su piso mientras decidíamos cuándo compraríamos los vuelos para que me viniera a visitar a la ciudad a la que me iba a estudiar al cabo de unas semanas y, después, me dejó.

La escena de ella saliendo de un lago gélido, acercándose a mí brillante de agua, sentándose a mi lado, tumbada al sol, secándose el cuerpo mojado con el aire cálido del verano y yo acariciándole la espalda, esa escena es de las últimas, de cuando ya estaba todo perdido pero hacíamos ver que no. Le hablé poco de ti. Me arrepiento. Tendría que habérselo contado todo, narrarle este libro, hacerle entender que si algo me daba miedo era el abandono. Pero entonces le habría estado pidiendo que no me abandonara, y eso no puedes pedírselo a nadie, porque, si hay algo cierto en esta historia, si hay algo cierto en todas las historias, es que nos vamos cuando queremos. Que abandonamos a los demás cuando podemos.

Le había dejado el manuscrito que estabas leyendo cuando te suicidaste. Eran un montón de hojas reutilizadas en las que había una historia budista impresa. Nunca he leído ese libro. He vuelto varias veces a las anotaciones en los márgenes, tu caligrafía a lápiz apuntando pensamientos y reescribiendo frases que destacabas. Desde que se había vinculado tanto al grupo budista, tú te habías convertido en el único tema que nos unía: le contaba cómo te habías adentrado en ese estilo de vida, por qué pensaba que lo habías hecho; le enseñé tu túnica, tu cojín; le dejaba tus libros. Le conté que, meses después del suicidio, encontré tu caligrafía en un libro de filosofía zen que había tomado prestado de la biblioteca y que había borrado las notas escritas en él para que nadie accediera a tu memoria. No me abandones nunca, le habría pedido, no me dejes nunca. No sé si salvaste unos meses de nuestra relación o si alargaste su agonía. No me abandones nunca, te habría pedido, no me dejes nunca.

Marina Tsvietáieva, quince años antes de suicidarse, se enamoró de Rilke a través de las cartas, como si fueran sueños. En el verano de 1926 se hizo el milagro: un triángulo amoroso trenzó las biografías de Tsvietáieva, Rilke y Pasternak en una correspondencia que no eligieron. Ella creía que ni la carta ni el sueño se pueden escoger: la carta pide ser escrita de la misma manera que el sueño pide ser soñado. Se escribían para amarse. El amor, esa cosa informe que va haciéndose con las palabras. Cuando Rilke murió, en diciembre de ese mismo año, Tsvietáieva le dedicó un poema, «Carta de Año Nuevo», una elegía exaltada y épica: «Si existes tú, existe el verso». Joseph Brodsky escribió que el amor que sentían el uno por el otro no era como el de Romeo y Julieta, porque la tragedia no era que la vida sin el otro fuera imposible de concebir: la tragedia era que la existencia sin el otro era posible. Que podía imaginarse. Que, de hecho, estaba sucediendo. ¿Por qué el fin del amor y la muerte se parecen tanto?

De eso trata también el «Poema del fin» de Tsvietáieva, de dos amantes que se separan en un mundo que acaba con ellos. Un mundo que muere. Paseando por las calles de una ciudad solitaria, oscura y gélida, devastada, tratan de entender cómo pueden ponerles palabras a los finales y comprenden que, si la vida es ese lugar donde es imposible vivir, el amor ha de ser ese lugar donde es imposible amar. Pasternak quedó fascinado por el poema. Yo me enamoré de Valèria del mismo modo: escribíamos versos, nos los leíamos, nos corregíamos el uno al otro y elogiábamos las imágenes que no habíamos sabido escribir y que el otro sí había sabido encontrar. Admirarnos era una manera discreta de querernos. De ti también admiraba la parte de mí que poseías: la destreza para arreglar cualquier cosa, la fuerza con la que cortabas leña y segabas la hierba, la habilidad para encender un fuego y tu manera de ser hombre en un mundo difícil. Te miraba y ser como tú me parecía una gesta complicada; descubría que no podría llegar donde habías llegado tú, que siempre fracasaría al intentarlo, pero que tal vez mi forma de fracasar me salvaría, más tarde: que algún día podría escribir.

Tsvietáieva, en la elegía, le preguntaba a Rilke: «¿Hay otro paraíso

por encima?». Te lo preguntaría ahora. ¿Hay otro paraíso por encima? Te preguntaría si has encontrado la alegría interior, el amor compasivo que buscabas, el espacio marítimo en el que cabe todo. «Ahora, dime, ¿cómo fue el viaje allá arriba?» Se lo preguntaría a Valèria, también: si nota que ya nadie finge a su lado, cuando medita, que no hay ojos que la espían de soslayo pidiéndole que todo termine, si ha olvidado que hubo un momento en el que nuestra religión era compartida.

Borís Pasternak, todavía enamorado de Tsvietáieva, la ayudó, a ella y a su hijo Mur, a emprender el último viaje de Moscú a Yelábuga después de que los evacuaran de la ciudad por órdenes estalinistas. Allí, Tsvietáieva escribió aquella última nota al Consejo de Chístopol en la que pedía auxilio: «Ruego que se me dé trabajo como lavaplatos en el comedor del Litfond que va a abrirse». Y cuenta la leyenda que poco después se ahorcó con la cuerda con la que Pasternak le había atado la maleta. ¿Por qué el final del amor y la muerte se parecen tanto?

Antes de marcharse del piso, aquella mañana de agosto después de desayunar y de mirar los vuelos que nos tenían que juntar en una ciudad lejana, aprovechando el último trozo de mí que veía a través de la puerta, Valèria me dijo que un día, seguro, volveríamos a vernos. No sé si fue una despedida o una promesa. Tú lo habías hecho después de descolgar los adornos de Navidad y recogerlos en cajas, aprovechando el último resquicio de luz que salía por la puerta: me diste un beso en la frente y me dijiste adiós, antes de cerrarla. Como una despedida o una promesa. Da igual. Ninguna despedida, ninguna promesa, ningún plan, ningún simulacro de futuro es jamás un escudo infalible contra la muerte.

# 7

El chico al que quiero me acaricia.

No he escrito nada sobre ti desde que moriste. Primero debía de estar demasiado ocupado intentando no mirar atrás: insistía en todo momento en un principio de esperanza. Una esperanza redentora que me alejara del presente escandaloso. Después llegó el momento de parar, girar el cuerpo y mirarte como quien, desde una llanura, dirige la mirada al desierto. Allí te veía caminando, solitario, un punto negro que se deshace en dirección al horizonte, un punto devorado por el sol ardiente que se oculta al final del paisaje. Y trataba de entender. No es cierto que en el infierno no haya palabras: se puede escribir cuando el dolor es profundo. Pero yo me pasaba las tardes viendo cómo te alejabas por el desierto y al día siguiente volvías a aparecer en el mismo lugar, iniciando de nuevo el viaje hacia el sol abrasador. Me sentaba, me cruzaba de piernas, descansaba la cabeza en las manos, deseando olvidar, como todo el mundo, y te seguía con la vista un día más. Tu sombra nítida no desaparecía.

Podemos hablar del sufrimiento, escribir del dolor: nos puede ayudar a salir de los abismos, la escritura, a emular las voces que no se han pronunciado –en la más oscura oscuridad, fingir la voz del padre, buscar su luz–, a adivinar el atajo que te aleja del infierno o a quedarte ahí, a querer quedarte en el infierno un poco más. Leemos sobre lo que nos da miedo. Escribimos de lo que nos estremece. Nos fascina lo terrible. Lo macabro, feroz, sanguinolento. Insistimos en nosotros, en las propias historias, porque, aunque deseamos olvidar, no soportamos que nos olviden. Escribimos para decir que hemos escrito, no por el deseo de escritura: queremos demostrarle al mundo que pudimos sobrevivir. Anhelamos ser míticos, legendarios, sobrehumanos. Divinas esculturas de bronce. Soñamos que sueñan con nosotros.

Yo te miraba. Allí, concentrado en tu andar plácido hacia el sol, no sabía que escribir era una posibilidad. Años más tarde, lo descubrí: ¿y si te convierto en personaje? ¿Y si transmuto mi infierno en una escenografía excesiva? ¿Y si, de repente, tu suicidio se convierte en

literatura? ¿Y si esa es la única manera de llegar a una verdad reluciente y secreta?

El chico al que quiero me acaricia.

Hemos apagado las luces y nos abrazamos. No puedo dejar de decir que la noche es oscura. Hablamos muy bajito buscando el silencio y su mano me recorre las piernas, el pecho, los brazos. Nos callamos. De entrada, no sé qué me lleva a ti. Será la noche, pienso, otra noche muda. Él se duerme a mi lado. Abro los ojos como si pudiera ver en la penumbra: dime qué es, por qué vuelvo a ti. Trato de entender qué me atrae hacia una historia que no deseo. Hace tiempo que te perdí de vista en el desierto y aquel punto negro en el que te habías convertido se fundió. La luz del sol lo quemó todo. Entonces, los años se juntaron contra el tiempo que había llegado a calcular con tanta precisión: tú y el tiempo os deshicisteis en un mismo recuerdo frágil. Te perdía. Me dejabas perderte. Creía que tu muerte me otorgaba una especie de inmunidad al dolor, como si ya pudiera ser, después de haber sufrido, impunemente feliz. Dime qué es, pues, por qué hay noches en las que vuelves a mí, y por qué no hay un final con el nombre de la salvación, el nombre de la promesa. Quiero un desistimiento. Quiero olvidarte. Le tomo la mano al chico al que quiero, se la cojo con fuerza igual que se cogen las cosas importantes, y descubro que he agarrado la tuya: quiero recordarte. Es tu mano la que toma la mía. La tengo aquí, diez años después: tu mano. La noche es oscura y cojo la mano de un chico, igual de rugosa, la mano de alguien que hace las cosas que tú hacías, las palmas ásperas y con durezas parecidas, una caricia rasposa sobre mí. Como cuando me peinabas el pelo con tus dedos gruesos. Cuando me empujabas suavemente a la puerta de la escuela, con la mano enorme en la espalda alejándome de ti. Como cuando levantabas mi cuerpo adormecido del sofá y me llevabas a la cama, la palma de tus manos, mi carne.

Henri Roorda decía que, si él hubiera creado el mundo, habría

puesto el amor en los últimos años de la vida, así los seres humanos se habrían apoyado, hasta el final, en una esperanza confusa pero prodigiosa. Lo escribió en un ensayito que se publicó después de su suicidio, en 1926, en una edición limitada y privada a cargo de sus amigos. Lo había escrito a modo de despedida. Como balance. Al final, cuenta cómo se matará: una bala en el corazón –no en la cabeza, que es demasiado doloroso–, una botella de oporto antes del disparo, para sentirse más despreocupado, intentando no emocionarse, y con cuidado, de manera que la detonación no resuene demasiado en el alma de algún ser sensible. Roorda creía que el amor era un antídoto engañoso para olvidar la soledad que nos sentencia. También que la vejez no sirve para nada y que la juventud pasa, a menudo, demasiado rápido. Entonces uno llega a viejo y todo se vuelve pesado y agotador, el corazón se resiste a olvidar, pero el corazón sabe que hay cosas que duran demasiado tiempo en nosotros: y el propio corazón es una de ellas. O bien el amor se transforma, con los años, en una obsesión fútil que ha perdido ya su razón de ser, y se vuelve demasiado doloroso evocar el tiempo en el que uno estaba famélico de ternura y deseo.

Te invoqué otra tarde con un chico al que me entregué demasiado rápido. Era una versión deformada de cómo me veía a mí mismo, pensaba: es lo que no soy y quisiera ser. El día que nos conocimos, compramos unas latas de cerveza y nos sentamos frente al mar. La tarde se iba oscureciendo, la luz del día que terminaba resplandecía contra un hotel inmenso, como si nos señalara. Le hablé de ti. Que te habías muerto cuando yo tenía quince años y que no guardaba muchos recuerdos. Me respondió que la memoria es un músculo, y la escritura, una forma de entrenarlo. Me pidió que recordara un trayecto que soliera hacer años atrás, cuando era pequeño. Un trayecto cualquiera, me dijo. De la escuela a casa, por ejemplo. «Ahora vuelve a ese lugar, recórrelo una vez desde el principio hasta el final. Y vuelve a hacerlo. Esta vez fíjate en los detalles: mira el suelo, mira el cielo, mira adelante. Aparecerán cosas, poco a poco.» Aparecieron cosas. El jardín de una casa por donde pasaba cada mañana de camino a la escuela, un jardín con estatuas de cerámica, yo parado, las manos en la reja metálica y la mirada perdida en

dirección al verdor: era un niño. Me dijo que volviera a recorrer el trayecto. Y entonces en la espalda apareció una mano. Una mano rugosa y grande. Una mano fuerte. Yo miraba el jardín, las estatuas me parecían mitológicas, inmemoriales, tu mano descansaba en mi espalda, alzaba la vista hacia ti y descubría tu mirada perdida en dirección al verdor: eras un niño.

La noche antes de separarnos, unos meses después, cuando nos íbamos a dormir, el chico reprodujo una canción en el teléfono. Solíamos hacerlo para conciliar el sueño más rápido. Me contó que la cantante la había escrito después de un intento de suicidio, unos días más tarde de que su hermano la abrazara antes de lanzarse desde el Golden Gate. Me dormí pensando que es ahora, a principios de verano, cuando los suicidas acostumbran a matarse, y no con la oscuridad del invierno. Como si pidieran que se les viera. Y que los que se lanzan desde el Golden Gate a menudo escogen el lado del puente que mira a San Francisco. Como si pidieran compañía. La inmensidad del Pacífico debe de dar miedo. Regresé al pinar que tú veías y a la noche oscura ante ti. Al cielo lechoso y a las estrellas que se encendían centelleando en el firmamento. Ninguna luz, ninguna compañía. Me dormí. La mañana siguiente decidimos que no nos volveríamos a ver. Más adelante, descubrí que esa canción era el relato de un sueño que la cantante había tenido una noche demasiado larga. No supe si se había equivocado o me había engañado, al contarme la historia: quiero pensar que no hay diferencia entre un error y una mentira cuando todavía existe amor que los diluya.

Antes de despedirnos, me dijo que yo era como un barco que todavía podía ver desde el puerto, un barco que estaba ahí, pero que hacía tiempo que se había ido. Le entendí. Quererle tenía algo que ver con echarte de menos. Compartía tiempo con él e, igual que había dudado de ti cuando estábamos juntos, dudaba de si estaba allí o no. De si quería algo más que tenerme y ya. No fue culpa suya que os oyera entrar con los mismos pasos invisibles y el silencio fuera igual de insoportable con los dos. Tampoco mía. Tampoco tuya. Fue cosa del tiempo y de las biografías que se entrecruzan. Quiero decir: a veces quererse es acercarse a lo que te ha faltado, a

veces es alejarse de lo que conoces demasiado. Sea como sea, nuestra manera de irnos de un sitio no debería decir tanto de cómo hemos estado en él. De ti tampoco: nada de lo que has vivido debería leerse sabiendo que te mataste. Habría que preservar tu biografía intacta. ¿Por qué la noche del 13 de enero de 2013 dice más de ti que todas las demás noches que viviste?

Henri Roorda, antes del tiro en el pecho, antes de la botella de oporto, antes incluso del cuidado para que la detonación no sonara en exceso, escribió: «Querido amigo, ayer te mentí. Tenía la obligación de ser prudente, pues no quiero que nada me impida suicidarme. Cuando recibas esta nota, estaré muerto (a menos que haya fallado). He abusado mucho, de lo mío y de lo de los demás, y eso es irreparable. Adiós». Hay mentiras necesarias. Mentiras imprescindibles. La manera como respondía «Yo también» cada vez que aquel chico me repetía «Te quiero», mirándolo a los ojos, consciente de que, para él, yo solamente encarnaba las sombras de sus antiguos deseos y me repetía en todo momento «Te quiero» para no perderme, para que no me fuera. Él desconocía que soy una persona que no sabe irse. Yo, en cambio, sabía que de los deseos antiguos es muy difícil huir. El amigo de Roorda conocía perfectamente el desenlace de la historia: había repetido demasiadas veces la voluntad de matarse. Pero le aceptó el engaño, un último deseo cumplido, compasivo y amable –dime que me quieres aunque sea mentira.

Jacques Rigaut también se pegó un tiro en el corazón. Tenía treinta años. No se le conoce ninguna carta de despedida, pero sí una frase que repetía mientras estaba vivo: «El suicidio ha de ser una vocación». Un amigo que lo envidiaba y lo admiraba a partes iguales le echó en cara en un texto que los que se quedan, los que no se matan, son los que tienen talento. Los que se suicidan, en cambio, saben que no poseen ningún don. Tenía razón: Rigaut renunciaba a escribir, a crear, seducía a mujeres ricas para que le mantuvieran, combinaba el opio, la cocaína y la heroína para hacer más llevadera la existencia. Aun así, se convirtió en un mito en los círculos literarios del momento: los surrealistas lo invitaban a las

veladas poéticas y él no se presentaba. André Breton, que elogiaba su humor cínico y desesperanzado, contaba que con veinte años ya había sentenciado su muerte y que esperó impacientemente diez más hasta encontrar el momento correcto para matarse. En noviembre de 1929 se acercó una regla al pecho para calcular de forma precisa el lugar donde descansaba el corazón, rozó la boca del revólver contra un cojín y se disparó. Como Henri Roorda, tampoco quería que el tiro asustara a nadie.

Rigaut decía que no hay razón alguna para vivir, pero tampoco hay razón alguna para morir. Que aceptar la vida es la única manera de seguir mostrándole desprecio. Y que no hay que preocuparse por el amor ni por el desamor, decía, porque sabemos de sobra de qué están hechas estas cosas: no tiene sentido vigilarlas. Aun con todo, yo siempre he amado vigilando. Vigilándote a ti. Que no beba, que no se corte, que se tome la medicación, que vaya al psiquiatra, que mejore. Vigilando a los demás. Que vuelvan, que me afirmen, que cumplan, que sean como los imagino, que no me fallen.

Abrazaba a otro chico como vigilándolo. Fue unos meses después del anterior. Cuando acoplaba mi vientre a su espalda antes de quedarnos dormidos, era como si me agarrara a vidas que había dejado de vivir con personas a las que aún estaba olvidando. Como haremos tú y yo algún día, le habría dicho, como nos pasará también a nosotros. A la mañana siguiente, mientras se duchaba, me paseé por su piso de Berlín. Proyectaba la rutina que tendríamos si viviéramos juntos. Esa luz que entraba en el comedor. Los dos leyendo bajo esa luz o follando bajo esa luz o despertándonos bajo esa luz, tratando de no cansarnos el uno del otro. Esta ciudad se mantiene a una distancia adecuada del lugar donde crecí, pensaba. A una distancia adecuada de ti. Bajamos juntos a la calle. Había nieve en la calzada como si algo prohibido hubiera pasado durante la noche; la estación de tren se intuía al final, radiante. Como si hiciéramos ese camino por primera vez, como si no lo hubiéramos hecho todas las mañanas que me había despertado en su casa, pisando la nieve virgen, crujiente, nos dirigimos poco a poco al punto que nos separaba. Apagó el cigarro en el suelo y nos despedimos. Los trenes tomaban direcciones opuestas. Subí al

convoy que me devolvía a mi piso, miré por la ventanilla el vagón en el que él se alejaba y cómo reaparecía, fulgurante, la nieve. No sabía cuándo nos volveríamos a ver. En cambio, conocía perfectamente el desenlace de la historia: yo me iría de esa ciudad, regresaría a casa en unas semanas, lo olvidaría fácilmente porque, me decía, no había tenido tiempo de retenerlo en la memoria. Solo se trataba de mi insistencia en vigilar. De mi intento de no irme. De la obsesión por hacer que los demás no se vayan.

Han pasado diez años desde que moriste y estás cansadamente muerto. Diez años en los que has convocado a mis amores, y ellos te han convocado a ti. Diez años para entender que el amor es un malentendido: que no esperamos a nadie, pero que, cuando llega, releemos el pasado como si lo hubiéramos esperado siempre. Que el amor es malvado porque desordena la manera como veíamos el mundo antes de que llegara, aunque el mundo siga siendo el mismo. Diez años para descubrir que no duele un corazón roto, que lo que duele es repetirle las mismas palabras de amor a una persona distinta. Que a cada amor llegamos con las promesas incompletas de los anteriores. Diez años para ver que amar consiste en acumular estratos que sedimentan uno tras otro y que cada amor nuevo descansa sobre las ruinas de uno antiguo. Diez años para reconocer que tú fuiste el primer estrato de todos. Diez años para asumir que tendremos que esforzarnos terriblemente para olvidar lo que hemos amado de alguien.

Es tu mano la que toma la mía.

# 8

Hoy les he contado a mamá, Àuric y Lia que estoy escribiendo este libro. Les he preguntado si les importa que narre tu vida. Mamá ha sonreído antes de decir que era un buen homenaje. Lia ha insistido en que no me olvidara de describir la manera en la que no estabas mucho antes de dejar de estar. Le he contestado a mamá que no es un homenaje, que solo es una historia. Nada más. Pero que cada historia impacta en el mundo como una flecha lanzada al vacío, y que ella aparece, que estará allí. Me ha llamado valiente, entonces, ha dicho «Eres valiente por exponerte así», y me he preguntado si quiero sentir valentía o tan solo alivio, si los libros que he publicado hasta ahora han sido un desfile sutil para llegar hasta aquí, si todo lo que he escrito ha sido un intento de perfilar el contorno de quien has sido y de quien podrías haber sido. Si con este texto me he querido demostrar que no podías atraparme. A Lia la he mirado a los ojos para decirle que sí. Àuric callaba.

Estamos en Sicilia. Todos los veranos hacemos un viaje familiar, como las familias normales. Una historia también es una manera de mentir. Está la madre. Están los hijos. Está el avión. Están el cielo azul, la llegada a un país nuevo y cuatro personas que siguen siendo las mismas, al aterrizar. El cielo es siempre azul y nosotros seremos siempre los mismos. Hay un coche alquilado y una isla por recorrer. Hay el deseo de no enfadarnos esta vez. Nos hablaremos bien y no nos haremos daño. Hay la promesa. Mañana, no lo sé todavía, pero mañana gritaré a mamá diciendo que los roles a menudo no se ocupan por voluntad, sino por resignación, y mientras grite pensaré que no entiendo cómo todo esto me quema como si te hubieras muerto ayer, este dolor de no haber sabido encontrar mi lugar en la familia, de haber ocupado el tuyo tantas veces, de haberme sentido cómodo, ahí, de haberme atrincherado, de pensar que quizá era el espacio que merecía ocupar.

Ahora paseamos bajo unos ficus más antiguos que nosotros. Hay tantas cosas que nos han visto llegar y nos verán cuando nos vayamos. El mar es de un azul oscuro que casi duele y más allá del horizonte se ve un trozo de Italia, casas en las que vive gente tan

parecida, tan distinta a nosotros. Caminamos en silencio. Les digo, entonces, como si ya lo supieran, como si ya se lo hubiera contado pero se les hubiera olvidado, que escribo un libro sobre tu muerte, que es, de hecho, un libro sobre tu vida. Un libro en el que aparecen ellos y, quizá, cosas que no querrían que los demás descubrieran. Àuric vuelve la mirada hacia el mar, después hacia las montañas.

Llegas a casa emocionado porque lo has visto. Lo tienes claro. Es el nombre de una cumbre que habías coronado con los amigos y que, quitándole la hache del final y acentuándolo, quedaba precioso: Àuric. Mamá todavía cree que la culpa es suya, que su cuerpo no funciona. No te lo ha dicho muchas veces, pero ese silencio desértico, esa mirada fósil, es porque cree que su cuerpo está enfermo. Tus padres no lo entendieron. Sentados a la mesa del comedor de la casa del bosque, tu madre se encendió otro cigarro y bebió un sorbo de vino mientras intentabas explicarte. Les decías que la familia no tiene que ver con la sangre. Tu padre hacía rato que te había dejado de mirar. Seguías añadiéndole palabras a una historia que era rápida, sencilla: queríais ser padres. De camino a casa, después de comer, mamá lloraba; era el cuerpo enfermo, sí: también tu familia culpándola.

En el avión que os lleva a Lima, le dices a mamá que el nombre lo decidiréis una vez que tengáis al niño en brazos. Ella se hace la convencida, pero sabe que nombre ya tiene, porque, desde que se lo dijiste, lo repite y lo murmura de tanto en cuanto, fingiendo que presenta el niño a sus amigos o ensayando cómo queda con los apellidos. Una historia también es una forma de existir. Y una familia se construye a fuerza de repetir palabras como si nada: Àuric, Àuric, Àuric. El cielo de la ciudad os parece abisal, cubierto de nubes y con una lluvia que no termina de caer. Decides que has de tener valor por los dos. Ella querría volver a casa, echa de menos a sus padres, le gustaría saber cuánto tiempo tendréis que pasar ahí. Pocos días después de llegar, después de haber pedido que os limpien a fondo la habitación y que os traigan otro juego de toallas, apareces con

una guitarra que le has comprado. Cuatro mil quinientas pesetas. En la mesita de noche, hay dos casetes de música clásica todavía sin abrir que has traído contigo para ponérselos a Àuric, como hacéis en casa algunas tardes. Propones escucharlos, que la tarde pase más deprisa, dices, mañana ya podréis ir a verlo, tenerlo en las manos por primera vez, pero mamá se entristece con la música y te pide que pares.

Así empieza la llegada a un país que habéis conocido desde la distancia. Ningún lugar del mundo queda demasiado lejos si sabes que allí te espera tu hijo. No os imaginabais la pena, el cielo cubierto, ni esa habitación en la que cuesta tanto sentirse en casa. Tampoco no saber si todo irá bien, sois muy jóvenes aún para no dudar: hoy otra pareja ha tenido que volver a casa cuando les han dicho que el último análisis había revelado que su hijo tenía una hepatitis B muy avanzada. No sobrevivirá. Todas las mañanas te presentas en los juzgados en cuanto despunta el día para firmar los documentos y saber cuándo podréis tenerlo con vosotros. Te llaman «doctor» y piensas, ahora sí, que ser abogado te ha servido de algo.

Cuando lo veis por primera vez, os sonríe. En el orfanato le llaman «el ratón» por cómo sonríe. Mamá te dirá, de camino al hotel, que cuando tiene sueño pone cara como de león. Ya le han crecido los dos dientes de abajo y habría que cortarle el pelo. En su diario, mamá escribe: «Ha sido muy bonito verte en brazos de tu padre. Se le veía tan feliz, con esos ojos que pone de emocionado a punto de llorar, pero sin soltar una lágrima. No parabas de mirarlo. Y lo agarrabas muy fuerte». A continuación, cuenta que decidís el nombre nada más verlo. Al volver a la habitación, con el día apagándose tras las nubes y la oscuridad a punto de llegar, os tumbáis en la cama y pensáis, por separado, que desde ahora ya podéis decir que sois una familia. Pero las cosas que se desean desde hace tiempo suenan raras al tenerlas. Mientras reproduces de nuevo en alto los casetes –ahora mamá te los deja escuchar–, ella ruega en su diario: «Solo pido que podamos disfrutarlo muchos muchos muchos años».

Pasáis cuarenta y cinco días en Lima. Las mañanas transcurren lentas mientras esperáis la ratificación, la sentencia firmada por la

jueza, la aprobación posterior de la fiscalía, el periodo de apelación. El cielo no se despeja. Visitáis museos que no queréis ver, oís un tiroteo cerca del hotel, cenáis con los otros padres a la espera de que llegue la noche, descubrís que Àuric os empieza a reconocer cuando lo visitáis en el orfanato, vas y vienes del juzgado cada mañana, mamá toca la guitarra y tú la escuchas. *Cavalleria rusticana* suena en una habitación de un hotel de Lima.

Esos dos sois vosotros.

Os comunican que ya os dejan llevároslo, pero todavía os lo pueden quitar si las cosas no van bien. Intentáis matar el tiempo como si mañana ya pudierais coger el avión: compráis una bañera de plástico, le cortáis el pelo, grabas cómo aprende a dar vueltas en la cama y cómo gatea por el pasillo del hotel, descansa en tus brazos, lo acabáis rapando porque os dicen que tiene «pelo de barriga». Hay días que llora y no sabéis qué tenéis que hacer. Hay días que pensáis que cuidar a alguien es más complicado que volver a casa. Finalmente, os anuncian que sois los padres legales. Escribís el nombre y los dos apellidos en el diario de mamá, como si fuera un certificado. Un bautizo. Adelantáis el vuelo unos días. Todavía no sabéis si sois una familia porque os lo prometisteis hace mucho tiempo o porque los demás, ahora, ya os dejan serlo.

En el aeropuerto, os reciben los padres de mamá y sus tíos. También tus padres. Todas las personas que esperabais. Todas las personas que dentro de dieciséis años empezarán a olvidarte. Para algunos de ellos, serás una caligrafía difícil de leer en un cuadro que tendrán en el mueble de la entrada. Para otros, serás alguien que orbitó disimuladamente alrededor de una familia demasiado grande. Ahora, la tía de mamá os hace una foto: sonríes mucho, con tu hijo en brazos; mamá llora abrazada a su padre.

Àuric crece deprisa. Le salen los dientes, mamá lo apunta en el diario, se baña por primera vez en la piscina, lo apunta en el diario, viajáis al País Vasco con la familia, lo apunta en el diario, persigue a Nuska a gatas por el piso, lo apunta en el diario. Dentro de ocho años, la perra tendrá cachorros una noche de tormenta de verano y tú la acompañarás hasta que os durmáis cuando salga el sol. Lo

apuntará en el diario. Una historia existe porque alguien, un día, la escribió.

Busco durante horas la nota que David Foster Wallace dejó escrita para su mujer. Se lo encontró colgado una tarde de septiembre al volver de inaugurar su última exposición en Claremont, California. Él había escrito sobre la enfermedad mental, el suicidio, los cócteles de medicación psiquiátrica, el dolor, pero nunca del suyo. Tenía cuarenta y seis años. Meditaba, como tú, y *Esto es agua*, la conferencia que leyó en la graduación de los alumnos del Kenyon College, es un libro que te habría gustado: en él escribe que el pensamiento es un esclavo excelente pero un dueño terrible, y que es por eso por lo que el suicida apunta a la cabeza y no al corazón, al dispararse, para detener el fragor de la conciencia que no calla. Pero yo todavía busco su nota en internet, no la encuentro, y en un foro con nombres de usuario rarísimos, alguien comenta: «Tíooooo, DFW escribió la nota para su mujer, no para el mundo entero». Y pienso en tu historia y en este libro. Busco quién es la mujer, cómo se llama, a qué se dedica, y le leo en el titular de una entrevista: «¿Qué haces cuando la autopsia de tu marido está en internet y se considera un tema de puta crítica literaria?». Y pienso en tu autopsia y en este libro. Pero Foster Wallace escribió en un cuento que «resulta que hay cosas que se pueden tratar en una nota de suicidio pero que resultaría demasiado extraño expresar en otra clase de circunstancias». Y pienso en tu muerte y en este libro. Pienso que, si él escribió tanto y, aun así, necesitó una nota de despedida, tú también tienes derecho a una historia escrita.

Parece que mamá se lo repita ahora en la playa, mirándoos desde la toalla. Te has quemado la espalda de tanto jugar con la arena. Te vale con una mano para agarrar a Àuric y simular que es como un barco rompiendo las olas. Es la primera vez que vais. Mamá lo apuntará en el diario. El embarazo aún se disimula, pero ella nota cómo el cuerpo se deforma lentamente bajo el bañador. Hace unos días que Àuric ha aprendido a decir la primera palabra. Tú le

contabas un cuento mientras lo cambiabas en el lavabo y mamá oyó cómo te llamaba «papá» desde la cama. Aquí todavía pareces el protagonista de tu historia. Pronto sabrá decir mi nombre, cuando mamá le coja las manos, se las lleve a su barriga y le explique que ahí está su hermano. Él dirá «pol» y yo me llamaré Pol, como un designio. Seré una especie de invención suya. Con el cielo tan limpio y el mar tan quieto, parecería fácil olvidar los últimos meses. Pero el cuerpo tiene una memoria imprevisible, mamá se lleva las manos a la barriga mientras os mira y vuelve otra vez: la decisión de ir a una clínica, las pruebas, los intentos frustrados, los abortos, el cuerpo incapaz de gestar, el test, el embarazo, la ilusión, la pérdida.

Levantas la cuna y la balanceas para que Àuric se duerma cuando llora. Le ruegas a mamá que no le cuente a nadie que el test ha salido positivo. Finges que no lo lleváis esperando desde que os conocisteis. Observas a tu mujer pidiendo en el diario que, por favor, todo salga bien: «Agárrate fuerte y sobrevive». Notas su cansancio. Después, el hematoma en la ecografía. Más tarde, el miedo. Veinte días de reposo absoluto hasta que la mancha oscura desaparece. Y llega el verano, Àuric crece sin que os deis ni cuenta: estos últimos meses os han hecho descubrir que, si te das la vuelta un momento, las cosas ya no están. Y con el verano, la playa por primera vez. Tú con la espalda quemada, en una mano el hijo contra las olas, y mamá que se lleva las manos a la barriga, como para pedir que, por favor, todo salga bien. Mañana celebráis cinco años de casados. Agosto de 1997. Dentro de un mes, Àuric dirá «papá» y «mamá» señalando a una fotografía en la que os cogéis de la mano el día de vuestra boda. Dentro de dos meses, Àuric moverá los brazos de un lado a otro haciendo ver que mece al hermano que está por venir. Dentro de tres meses, a Àuric lo ingresarán en la UCI con los pulmones llenos del humo de un incendio que no entenderás. Tu padre se suicidará días después. Dentro de cuatro meses, Àuric imitará el ladrido del perro, el maullido del gato y el motor del coche. Dentro de cinco meses, cumplirás veintinueve años.

Veintinueve años y un padre muerto al que aún necesitabas.

Pero mañana celebráis cinco años de casados. Mamá te regala una postal en la que lees que ha reservado un hotel lejos de casa para

pasar un fin de semana solos. Al final, escribe: «Recuerda siempre que eres un buen marido (para mí, el mejor) y un buen padre. Te quiero. Te queremos los tres». El tercero soy yo, dentro de la barriga. Quizá lo que intenta decirte mamá es: «Perdón». Por los meses ausente y la tristeza ceñida al cuerpo. O: «Por favor». Mantén el pacto silencioso de ser felices mucho tiempo. O: «Te entiendo». O bien se limita a intentar recordarte que no estás solo. Foster Wallace creía que escribir era una manera de acompañar la soledad de los demás. Y Karen Green, su mujer, que, cuando una persona a la que quieres se suicida, la vida se convierte en una lengua que no entiendes.

A mamá le dices que, embarazada, parece una modelo de Rubens. La noche de mi nacimiento, cuando os quedáis solos en la habitación del hospital, le confiesas: «Parece mentira, tiene toda una vida por delante». Mamá cree que piensas en tu padre. Seguramente piensas en tu padre. Si se pudieran oír los ruidos que hacen los engranajes de las cosas que pasan por dentro, serías un grito que no calla. Os mudáis a la casa del callejón sin salida. Tiene un pedazo de jardín seco, paredes gruesas y viejas, la humedad de un edificio antiguo, medio en ruinas, que hay que reformar de arriba abajo, la calzada sin asfaltar. Es la calle donde vivió mamá de pequeña. Donde habéis de envejecer juntos. Mientras pintáis paredes y montáis muebles, mamá empieza a notar una ligera diferencia en ti, como si fueras un barco que, muy lentamente, comienza a irse. O como si estuvieras aprendiendo a hablar en una lengua que no entiende.

Paseáis con vuestros dos hijos y todo el mundo dice que me parezco a ella: tengo su frente ancha y sus ojos almendrados. La casa tiene muchas posibilidades, os decís, y trabajas para hacerla vuestra: ayudas a cultivar el jardín poco a poco, sigues montando muebles, haces las cosas que hay que hacer para convertir un lugar desconocido en uno donde querer quedarse. Yo solamente lloro. Primero dicen que son cólicos; después, los dientes al salir. Àuric aprende que hay cosas que tendrá que hacer solo. Justo el día que hace ocho años que os conocisteis, una mañana de San Juan, cambiáis de coche: el Zapatito se queda arrinconado en la memoria,

y parece llevarse también con él una parte de vuestra historia. A los seis meses, me sale la misma mancha que tienes en el vientre: empiezo a dirigirme a ti. Àuric no llora nunca. Una mañana deja de llamarte «papá» y te llama por tu nombre. Es un juego habitual en los niños, pero señala una distancia. Os apuntáis los cuatro a un curso de natación, bañáis a vuestros dos hijos juntos por la tarde antes de ir a dormir, intentáis encontrar tiempo para vosotros. Conseguís cenar solos para celebrar el sexto aniversario de casados, pero algo no va bien. Cada día hablas mejor esa nueva lengua.

Mis lloros agotan a mamá. Àuric sigue ensayando la transparencia: es un hermano ejemplar, generoso, amable. La primera palabra que digo es «tete», para referirme a él, como si le agradeciera el espacio que me da y reconociera el bautizo, su voz escogiendo mi nombre. A los diez meses, empiezo a andar. A los doce, dices que se me ha puesto la cara más cuadrada y que me parezco un poco más a ti. Como si tratara de evitar la herencia, mamá escribe en los diarios que imito gestos de su abuelo: unos movimientos de pueblo, dice, de señor mayor. También escribe, refiriéndose a ti: «Lástima que él, tengo la sensación, a veces, de que eso se lo pierde. Pero no puedo hacer nada».

Si le robo los juguetes, Àuric me los deja. Si por la calle se me acerca un perro, él se pone en medio. Si me despierto a media noche, va a buscaros a la habitación. Entiende cosas. Y eso quiere decir que os entiende también a vosotros. Mamá se ríe cuando, una mañana de verano, volviendo de la playa en el coche, después de tocar la bocina, Àuric murmura «capullo» al conductor. Pero no se ríe cuando, después de enfadaros tú y mamá, reconoce en ella una especie de dolor en el cuerpo y le susurra: «Mamá, tranquila». Ella lo escribirá en el diario, más tarde: «Unas punzadas en el pecho, estados de ansiedad». Tampoco se ríe, no os reís, cuando, después de cenar en la casa del bosque con tu madre y tu hermana, Àuric se levanta y se dirige poco a poco a las escaleras que bajan al sótano, allí de donde salía escupida la humareda hace justo un año. Mamá se levanta detrás de él para decirle que no, que se puede hacer daño, y tú oyes desde la mesa cómo él le responde: «Mamá: bajo fuego, yo miedo».

Tu madre se olvida del cumpleaños de Àuric y tú decides no decir nada. Esa nueva lengua que hablas podría llamarse parálisis. O impotencia. Tal vez vergüenza. Mamá, entonces, se acuerda de una tarde de hace tiempo, y la anota en el diario. Hace solo un año que estáis casados. Ha cogido el coche para ir a buscarte al hospital; antes ha pasado a recoger a tu padre. Hoy ya puedes volver a casa. En primavera te diagnosticaron un cáncer en un testículo, que han tenido que extirparte. Al acercarse a la puerta del coche, tu padre le ordena que no se lo cuente a nadie, que nadie tiene que saber nada, que sea discreta. Mamá no responde. Calla. Sois demasiado jóvenes también para rebelaros. Pasáis unos días en la casa del bosque y tu padre entierra la amenaza mostrando preocupación por ti. Os pide que os quedéis con ellos un par de días más porque es la única manera con la que sabe expresar afecto: esquivando las palabras. A distancia, sin hablar. El silencio y la vergüenza fundan vuestro léxico familiar. Como todos los hijos, dominas la lengua de tus padres.

El 28 de marzo de 1941, Virginia Woolf se adentró en el río Ouse con los bolsillos del abrigo llenos de piedras. Tenía cincuenta y nueve años. La encontraron semanas después. Su marido, Leonard, decidió incinerarla y enterrar sus cenizas bajo un árbol en Rodmell. A él le dedicó las últimas palabras, en una carta que escribió a mano, temblorosa, como pudo («Ya ves, ni siquiera puedo escribir esto correctamente»). Doscientas palabras de un amor terrible. A finales de abril, una noticia en la prensa británica anunciaba el hallazgo del cuerpo en el río, cerca de la casa de fin de semana que la familia tenía en Lewes. En la nota, cuentan que se habían instalado allí después de que su residencia de Bloomsbury fuese derruida por una bomba. Todavía no habían pasado ni dos años desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

«Estoy segura de que me vuelvo loca otra vez. Siento que no podemos pasar por otro de esos momentos terribles. Y que esta vez no me recuperaré. Empiezo a oír voces, y no me puedo concentrar. Así que hago lo que me parece que es lo mejor que puedo hacer.» Y después, Woolf le dedica a Leonard las palabras de amor más deslumbrantes que he leído nunca: «Me has dado la máxima

felicidad posible. [...] No creo que dos personas hayan podido ser más felices hasta que llegó esta terrible enfermedad. [...] Lo que quiero decirte es que te debo toda la felicidad de mi vida. Has sido totalmente paciente conmigo e increíblemente bueno». Pero el amor que deslumbra también ciega, más tarde, y las palabras más bellas suelen ocultar el corte afilado de la culpa: «Si alguien me hubiese podido salvar, habrías sido tú». Y se despide, repitiendo: «No creo que dos personas pudieran ser más felices de lo que lo hemos sido nosotros».

El 13 de enero llamaste a mamá. Estábamos comiendo. Habíais pasado esa mañana en la casa del bosque celebrando el cumpleaños de Lia con sus amigos. Acababa de cumplir once años. Un montón de niños corriendo y gritando y persiguiéndose, obviando que crecen demasiado rápido. Lia y mamá llegaron pasadas las tres de la tarde; Àuric y yo os esperábamos para comer. Cuando pregunté por ti, mamá me respondió que te habías quedado recogiendo. Ya la había llamado hacía un rato, a mamá, para preguntarle cuánto os quedaba para volver, decirle que Àuric y yo nos habíamos peleado y que teníamos hambre. El teléfono de mamá sonó mientras comíamos. Se levantó de la mesa y volvió dos minutos después. Pregunté quién era. «Papá», respondió. Y qué quería. «Nada, nada.» Insistí. «Se ha quedado un poco triste, ha dicho que llamaba para decirme que me quiere, que os quiere, que nos vemos más tarde.» Después de la siesta –era un domingo de invierno en el que el sol pegaba con fuerza, como revolviéndose–, todavía no habías vuelto. Mamá te llamó y no contestaste. Me lo dijo: «Papá no contesta». Volvió a intentarlo más tarde. Seguías sin contestar. Y todavía te llamó más tarde, justo al ponerse el sol. Y otra vez más, por la noche, cuando ya se había terminado uno de esos días de invierno que son como un espejismo. Teníamos que cenar, no habías vuelto, y mamá dijo que se acercaba a ver si estabas bien. «Ahora vuelvo.» Le pidió a Àuric que la acompañara, pero respondí que iba yo.

Me he preguntado durante mucho tiempo si tenías pensado volver después, aquella tarde, o bien si la llamada era una despedida, la nota que no querías escribir. Las palabras más bellas –«Te quiero, os quiero», le dijiste a mamá por teléfono– a menudo ocultan el corte

afilado de la culpa: ¿por qué necesitamos decirles que los queremos a aquellos a los que estamos a punto de abandonar? «Nos vemos más tarde», como una despedida o una promesa. Los gestos de amor son crueles, al separarse, porque quien se va no predice qué hará el otro con las palabras que le deja.

¿Qué hizo Leonard Woolf con aquella nota escrita a mano?

Y después de la despedida, está el deseo de volver: mamá llamándote toda la tarde y tú ya sin contestar. Le habías prometido que llegarías al atardecer. Woolf le había prometido a E. M. Forster que le invitaría a su casa a finales de mes. Un suicida siempre tiene que dejar de hacer las cosas que en algún momento había hecho: libros abiertos, cosas por decir, un teléfono sin colgar. Ha de traicionar las promesas. Y ha de olvidar los vínculos frágiles, rotos, que le unían a la vida.

Entonces, los vivos lo recordamos con nostalgia. Decidimos olvidar las caídas, las miradas furiosas, los días que no lo reconocíamos, y esculpimos un mausoleo de una belleza impecable en el que grabamos su nombre y una frase, debajo, que sentencia: «No lo juzguéis con la dureza con la que lo hicimos nosotros». Erigimos un héroe, una declaración de amor. Lo perdonamos para perdonarnos a nosotros: no queremos recordar que también nos equivocamos. Que éramos los únicos que podíamos salvarlo y no lo hicimos. De Woolf, Elizabeth Bowen escribió: «Lo iluminaba todo». Y T. S. Eliot: «Para mí y muchos otros, es el fin del mundo». Solo algunos, los que se libran de la culpa, los que saben mirar atrás sin melancolía, distanciándose de la historia, llegan a reconocer la falta. Clarice Lispector escribió: «No me gusta cuando dicen que tengo afinidad con Virginia Woolf [...]: es que no quiero perdonar el hecho de que ella se haya suicidado. El horrible deber es el de ir hasta el final».

Aquel domingo, Lia había celebrado sus once años. Yo tenía cuatro cuando fuisteis a buscarla. Os dije, a ti y a mamá, la tarde antes de que despegarais hacia China: «Dos de ir a buscar y uno de la barriga». Habíais decidido adoptar de nuevo porque, si iban a ser tres hijos, no queríais que uno de ellos se sintiera forastero. Preveíais, como un argonauta que se embarca en un largo viaje, qué podía faltar, cómo nos mirarían los demás. Hasta que aparece Lia en

esta historia, todo pasa demasiado rápido. Tú empiezas a observar. Después, miras. Más adelante, solo levantas los ojos. Tu nueva lengua, ahora, la murmuras.

De camino al supermercado, en el coche, mamá se pinta las uñas de rojo. Conduces. Lográis sacar tiempo de donde no lo hay. Te observa por el espejo del retrovisor, pero tú no le devuelves la mirada. Habéis probado todos los métodos posibles para que me duerma sin llorar: se os acaban las ideas. Àuric aprende poco a poco a no mearse en la cama y, al volver de la escuela, os canta canciones con las que se obsesiona sin saberse muy bien la letra. Se las canta a mamá, que me sostiene en brazos, tratando de tranquilizarme. Tú no estás. Yo sigo copiando a Àuric: quiero aprender a tirarme a la piscina como él. Una tarde, en la tele, dan un reportaje sobre Perú. Le contáis que es allí donde lo fuisteis a buscar. Os pregunta: «¿Por qué Àuric estaba allí solo? ¿Por qué papá y mamá me fuisteis a buscar?». Y no sabéis qué debéis responder. Las palabras que forman una familia, a veces, no son fáciles de encontrar. Todavía no tenéis treinta años.

Mamá y tú conseguís iros unos días de verano a Grecia. Recordáis los viajes anteriores a la Bretaña, a París, Ibiza o Mallorca. Un primer viaje que hicisteis juntos a Formentera porque ella tenía un concierto de guitarra allí. Sin daros cuenta, utilizáis los recuerdos como una estrategia para regresar a lugares que ya no existen: el primer concierto en Formentera y esa sensación viva, grandiosa, de que todo estaba aún por hacer. Mamá hace años que no toca la guitarra. Yo no la veré nunca tocarla. Al volver del viaje, termináis de arreglar la casa: mamá pinta las habitaciones y tú enluces las paredes viejas. Llegará un día en el que no quedarán más paredes que enlucir y tú, de eso, no te das cuenta.

Àuric vuelve de la escuela por la tarde con piñas o troncos u hojas secas del bosque. Son regalos para mamá. Por Carnaval, nos disfrazáis de Caperucita Roja y el Lobo. Yo soy Caperucita. Àuric, el Lobo. El año anterior, fuimos de Mickey y Minnie. Yo era Minnie. Repetir demasiado puede ser peligroso, y la familia, como sabéis, consiste solo en repetir: cada vuelta es una forma de escribir el

futuro y lo hacéis bien, delicadamente, de un modo que casi no deja huella. El día del cumpleaños de Àuric soplamos las velas antes de irnos a dormir. Cumple cuatro años. Mamá me sostiene en brazos, intentando tranquilizarme. Tú no estás. Has salido con la moto y todavía no has vuelto. A mí cada vez me asustan más cosas y mamá cada vez nos echa más de menos cuando no estamos. Estar con nosotros le sirve para no tener que estar en ninguna otra parte. Finalmente, me «gradúo» en la escuela infantil. Con una bolsa de basura a modo de vestido y una cartulina de birrete, lloro. En la fotografía se ve, a mi lado, a una niña sonriente con los ojos de un verde de fondo marino: Berta.

Una tarde de invierno, hablando de animales, frente a un álbum ilustrado y con un hijo en cada brazo, mamá nos explica que los polluelos salen de los huevos. Àuric dice: «Como yo, que no vengo de la barriga de mamá. Papá y mamá me vinieron a buscar». Y yo respondo: «A mí también». Tú no estás. Esa semana terminái el último seguimiento de servicios sociales y mamá escribe: «Ya se ha terminado eso de contestar educadamente preguntas estúpidas». No estás, pero sigo acercándome a ti: no sé pronunciar la «e» y solo hablo con la «a», como hacías tú de pequeño. No estás y, no sé si por eso o contra eso, decidís tener una hija. Nos lo contáis.

Combatimos la espera con el deseo: las noches de luna llena, le pedimos que llegue pronto; cuando entramos en iglesias, encendemos una vela invocándola; Àuric escribe en la pizarra de la habitación: «Quiero que la hermanita esté con nosotros». Lia, sin existir, se convierte en protagonista de nuestra historia. El centro. Como una salvación. Cuando no estás, le pregunto a mamá si has ido a buscarla. Pero simplemente es que no estás. Antes de irnos de vacaciones, Àuric os pregunta qué pasa si Lia llega justo cuando estamos fuera de casa. Algunas noches, le pido a mi hermano que duerma conmigo para que Lia, si llega a media noche, se encuentre una cama vacía en la que tumbarse. Aumentan las punzadas en el pecho y los estados de ansiedad: mamá empieza a medicarse. Àuric le pregunta adónde la van a ir a buscar, a ella. Yo le pregunto si puedo ir a China con vosotros. Lia no llega. Os digo: «Está tardando

mucho, creo que cuando venga será muy mayor y fea». Os reís. Os miráis. Todavía hay sitio para vosotros.

Compras una caja de champán francés para brindar el día que os comuniquen la asignación, pero el día no llega. Le repites a mamá que no la espere, que tenéis que aprender a vivir más allá del deseo: hace tiempo, sin embargo, que habéis decidido cegaros con ese horizonte luminoso y ahora es imposible fingir que no os quema. Guardáis las botellas de champán en la despensa. Una fina capa de polvo las entierra.

Finalmente, os llaman. Vais a buscarla. De aquel tiempo sin vosotros, recuerdo las quince noches en la casa de los abuelos, donde teníamos una foto de Lia encima del colchón. No habíamos esperado a una hermana durante nueve meses mientras el vientre crecía; habíamos esperado a una hermana más de un año sin saber muy bien dónde estaba y por qué tardaba tanto, tenía un nombre y conocíamos su rostro, habíamos repetido muchas veces qué haríamos cuando estuviera con nosotros, y resplandecía cada día más de tanta luz que pedíamos. Ser una familia era algo extraño, artificial. Querernos, una especie de pacto para hacer de la diferencia una forma de estar juntos. Tenía cuatro años y repetía su nombre para que llegara más rápido –Lia, Lia, Lia–, como lo repito ahora para que no se marche nunca.

Estamos en Sicilia. Paseamos bajo unos ficus más antiguos que nosotros. Desde fuera, cuesta entender quién es cada uno de los cuatro y qué es lo que nos une. No hay nada que, de entrada, nos hermane. En los restaurantes, no saben cómo han de atendernos, quién prueba el vino, quién pagará; cuando llegamos a los apartamentos, tampoco saben cómo tienen que repartirnos las habitaciones. Son los demás los que nos demuestran que una familia es un grupo de desconocidos que decide serlo cada día un poco menos.

Caminamos en silencio. El mar es de un azul muy distinto al mar de casa, más opaco, más abierto, más metálico. Lia acaba de fijarse en que, en lo alto del tejado de casa, coronándola, hay una piña de cerámica exactamente igual a la piña que es el símbolo de esta isla:

está por todas partes, en forma de imán, de postal, de figurita de porcelana. En la primera foto que os hacéis delante de la casa, medio en ruinas, Àuric te coge de la mano, mamá sonríe conmigo en brazos; arriba del todo se ve la piña, como si fuera un pararrayos. 1998. La fotografía desprende la fuerza de los nuevos comienzos. Buscamos qué significado tiene la piña. Dicen que es símbolo de fertilidad –Dioniso llevaba una en su vara a modo de pomo–, y que fertilidad quiere decir prosperidad, y la prosperidad se convierte en un gesto de bienvenida: la suerte. Una piña de cerámica en el jardín de la casa, aquí, es una invitación a entrar. Más allá del horizonte, se ve un trozo de Italia. Cantidad de casas en las que vive gente parecida, tan distinta de quienes somos. Tal vez ellos también tuvieron la suerte a mano y, como nosotros, tampoco la supieron alcanzar.

# 9

Nueva York. Una residencia de escritores a dos horas al norte de la ciudad, en medio de una pradera, rodeada de bosques de nogales. Llegué allí al final de un día de septiembre, bien entrada la noche, con las luces del jardín encendidas. El cielo manchado de estrellas. Raudas, como algo enfermizo. Algo contagioso: cada estrella latiendo más fuerte que la que tiene a su lado. Corría un viento frío. Me llevé las manos a los bolsillos, levanté la vista y esperé a que mis ojos se acomodaran en la oscuridad. Había tres casas. Tres casas de campo, blancas, con un porche grande de madera y unos ventanales en los que se reflejaba la luna entera. Como si el cielo se inclinara sobre mí e iluminara a una persona que llega a un terreno a media noche, tratando de abrir su mirada en la negrura, una persona subiendo la cuesta que lleva a la casa, contra la sombra. En la maleta, llevaba tu álbum, poca ropa y los diarios de mamá. Venía a terminar este libro.

Me levanto antes de que salga el sol, cuando todos duermen, y empiezo a escribir. En la resina de los pinos, resplandece la luz del sol que sale. Muy despacio, el cielo se vuelve claro, pero primero es de un azul oscuro, después de un verde lacustre, de un amarillo mustio, como de final, y luego el cielo se vuelve claro. Te invoco al leerte. Tus correos electrónicos, tus cartas, las palabras que me dijiste y que aún recuerdo. Te busco en otros lugares: repaso los diarios de mamá, desafío tus ojos en las fotografías, tecleo tu nombre en internet sabiendo que no queda ningún rastro de él. Pasaste por el mundo como un cometa que arde demasiado rápido. No faltan tantos años para que la gente que te quiso y te recuerda deje de existir. Cincuenta, sesenta, setenta años para que no quede nadie que llegaras a conocer sobre la Tierra.

Berta me llama a menudo. Todavía hoy pienso que ella también tuvo un presentimiento. Le cojo el teléfono. Sé que debo salir de aquí, me cuesta demasiado evocar cómo es la vida en el lugar donde

está la gente a la que quiero y que me recuerda. Cuando digo «salir de aquí» me refiero a tu historia. Berta habla de lo que es importante sin que lo parezca. Hoy, cuando me ha llamado y he respondido al teléfono con desgana, ausente, me ha dicho que hay muchas cosas que todavía no hemos vivido: por animarme, supongo; me ha insistido en que cada cosa que nos pasa es como si nos pasara por primera vez, y que esa es nuestra suerte. Debe de ser porque tenemos veinte años, decía ella, y yo he intentado contestarle que sí, que es verdad, pero que ya los vamos dejando atrás y empezamos a repetir: cada día quedan menos cosas que vivir por primera vez. Entonces, me ha respondido, cuando lleguen los treinta tendremos una nostalgia mejor que la de ahora, porque ahora echamos de menos la infancia, que es una nostalgia fácil, de paraíso perdido, decía, y cuando empiece la época de repetir y tengamos que encontrar la diferencia en las cosas que pasan siempre igual, entonces tendremos nostalgia de las cosas que estamos viviendo ahora. De Nueva York, ha dicho. De ti y de mí hablándonos desde tan lejos. De querérnoslo contar todo y de no dejar nunca de repetirnos las mismas historias. De los años que hemos vivido juntos. Pienso: de habernos sabido mirar por primera vez siempre que nos mirábamos. Llegará un día en el que echaré la vista atrás, me acordaré de estos campos y de esta luz tan del norte, como si fuera de otro hemisferio, y desearé escribir como escribo ahora.

No dejo de preguntarme qué debería contar y qué debería callar, qué partes tienen derecho a ser olvidadas como si no hubieran existido. No es a las personas a quienes hemos de perdonar, sino a las historias que hemos vivido con ellas: ¿y si finjo que la realidad que compartimos fue otra? Pero el martilleo insiste en el corazón, en la memoria. Y es como si notara el latido que insistía en ti. Había noches, cuando la calma se apoderaba de la casa, cuando nos íbamos a la cama y apagábamos las luces, cuando las perras yacían en sus cojines, cansadas, y solamente un hilo de claridad de las farolas encendidas entraba por las ventanas, había noches en las que se oía una palpitación sorda. Era como si oyera el ruido que

provocan los engranajes de las cosas que te pasaban por dentro. Tu grito que no callaba.

En casa, ahora, se hace el silencio. Hace años que no vivo allí. Àuric se mudó el invierno pasado a un piso del centro. Lia se ha ido a estudiar a la misma ciudad que yo. Al llegar la noche, las camas están hechas y las habitaciones, vacías. Hay una calma insólita allí donde sonaban el taladro y la hormigonera girando sobre sí misma, un matrimonio joven enluciendo las paredes y pintándolas, sus ojos vidriosos de la emoción, mis llantos y los pasos de Àuric subiendo y bajando escaleras; más adelante, los platos repicando al poner la mesa, el eco metálico de los cubiertos, mamá llamándonos a comer, las perras ladrando y tres niños riéndose mientras juegan. La casa ha enmudecido. Las perras se pasean en silencio, yacen calladas en sus camas, cierran los ojos cuando oscurece. Tenerlas es como tener una parte de ti. Mamá las cuida con cautela, a distancia, como si temiera despertar tu memoria. La casa es ahora un simulacro, los despojos de un imperio vencido.

Arthur Cravan desapareció en medio del mar un día de noviembre de 1918. Compró un pequeño velero, lo reparó y zarpó desde la bahía de Puerto Ángel, Oaxaca. Aquel mes de enero, se había casado con la poeta Mina Loy y, poco antes de partir por última vez mar adentro, se habían enterado de que estaba embarazada. En la última carta de él que se conserva, escribe: «La vida es atroz». Cravan se la envió a Loy ese mismo enero, rogándole que fuera con él a México, donde la esperaba tras haber escapado del servicio militar obligatorio norteamericano. Ella compró un billete de ida y el 25 de enero de 1918 se casaron con dos transeúntes ejerciendo de testigos. Perseguido por la policía norteamericana en México, donde las autoridades estadounidenses tenían influencia, Loy y él decidieron abandonar el país y exiliarse en Buenos Aires. Pero, sin dinero ni pasaporte en regla, Cravan tuvo que quedarse mientras Loy se iba, llevándose las manos a la barriga como para pedir que, por favor, todo saliera bien. Más tarde, Cravan se procuró el pequeño velero, lo reparó y se adentró en el golfo de Tehuantepec. No se supo nada más de él. Tenía treinta y un años.

Hay quien dice que aquella fue su última obra de arte. El último poema. Hay quien asegura que fue una muerte fingida, que años más tarde se le vio por París vagando por los bulevares mientras vendía documentos falsificados de Oscar Wilde. Hay quien cree que fue una tormenta. Hay quien afirma, en cambio, que era una forma discreta, elegante, de matarse. Había escrito: «Soy el hombre de los extremos y del suicidio». Sea como sea, Cravan fue hacia el silencio. Si no hay cuerpo, no hay evidencia, pero el misterio es el mismo: ¿qué ocurrió? ¿Por qué lo hizo?

Y la respuesta es el silencio.

La casa de Mina Loy, en Londres, con un bebé que crece demasiado rápido, la imagino como la nuestra. Primero los llantos, después los pasos arriba y abajo por las escaleras, el ruido de los platos y los cubiertos, un niño que ríe. Y así de vacía también: Loy, con esa inquietud en el pecho que dice que ha de convertir eso que grita y llora en una persona que sepa estar en el mundo. Y ella, bien sola. De repente, mamá y nosotros, tres hijos como cachorros que hay que criar. Tal vez la visión de un barco que aún se ve desde el puerto, un barco que está, pero que hace tiempo que se ha ido. Que tal vez naufrague. Que, ahora lo sabemos, naufragó.

Las primeras semanas sin ti fueron normales: la vida seguía su curso inevitable. Acostumbrados a que no estuvieras, era difícil notar la diferencia. Esperaba el momento de oír el timbre y que, por el resquicio de luz por el que nos habíamos despedido, volvieras a aparecer. Me resultaba ridículo pensar que eras un cúmulo de ceniza recogida en una urna. Pedimos a los padres de mamá si podían guardarla, como si las cenizas nos quemaran en las manos. No sabíamos qué hacer con ella. Cuando los visitaba, te encontraba en la oscuridad de una habitación antigua, arrinconado en un estante. Un año más tarde, la enterramos al fondo del jardín, en el lugar donde tú habías enterrado a Nuska cuando murió y donde nosotros, jugando de pequeños, habíamos encontrado sepultados tapones de corcho de botellas de vino. Todos los domingos, iba allí y te hablaba. No hay nada más triste que una tumba que nadie visita. Recogía las hojas secas, regaba las hierbas que crecían alrededor de una piedra

que indicaba el punto exacto, me sentaba en un rincón y te hablaba. Esperaba a que dieran las 17:31 h. Te contaba qué había hecho esa semana y qué quería hacer la siguiente. Me despedía y, desde la ventana de la habitación, seguía mirándote de reojo. Era yo, ahora, quien tenía el poder de la mirada. Más allá del jardín, al otro lado del muro, veía el cementerio.

Cuatro años después, te desenterramos: la pala que removía la tierra húmeda, la urna que empezaba a oxidarse, nosotros cuatro alrededor de un hoyo en medio del jardín y la claridad de un día nuevo que comenzaba. Te llevamos a la playa, nos aseguramos de que no hubiera nadie y te arrojamos al mar. Era una mañana de enero y las olas rompían en las rocas con fuerza. Hacía un frío sospechoso. Debía de ser por el cielo cubierto de nubes, la playa vacía de gente, como un desierto húmedo, y la violencia del agua que se nos acercaba. Cada uno lanzó un puñado de ceniza, que adquiría la textura del fango, como una suerte de pasta gris que no se dejaba disolver. Una ola furiosa deshizo el último puñado y desapareciste. Era el 13 de enero de 2017. Cuatro años después del suicidio empezabas a ocupar el lugar que les corresponde a los muertos.

Los lugares que habitamos siempre guardan algo de nosotros. Esta casa vacía que llenamos los fines de semana en que visitamos a mamá, los cumpleaños, cuando volvemos a pasar las vacaciones de verano, es como si fuera tu museo. Transformaste un trozo de tierra en un jardín en el que crecieron palmitos, jacarandás, buganvillas, mimosas, glicinas, palmeras y un rectángulo de césped en el que primero nos columpiasteis, después imaginamos cruzadas medievales, más adelante nos refugiamos a pensar quiénes éramos y qué queríamos, y un día, años después, invitamos a las personas de quienes nos habíamos enamorado. Abracé a mis amores, allí, como te había abrazado a ti.

Levantaste habitaciones de madera en la terraza, abriste los cimientos de una ampliación que habías diseñado, nos construiste una caseta en lo alto de un árbol –todavía está ahí, podrida, resistiéndose a caer del todo–, pavimentaste un trozo del jardín,

reconstruiste el hueco de la escalera, nos hiciste armarios, cunas, camas, mesas, juguetes, bicicletas. Lo teníamos difícil, si queríamos competir con eso. Nosotros crecíamos, era como si notáramos el tiempo en todo momento, con el cuerpo que cambiaba, alargándose, creciendo, y era como si tú lo hicieras todo para no tener que notarlo, el tiempo, para evitarlo. Aprendimos a mirarte desde un rincón: el tiempo, no obstante, también te cambiaba a ti. Envejecías.

Arthur Cravan jugó toda su vida a desaparecer. Antes de la última vez, ya lo había hecho en otras ocasiones y había avisado a sus amigos de que volvería a hacerlo. Le gustaba camuflarse, fundirse, escaparse: todo para no tener que notar el paso del tiempo. Decía que tenía veinte países en la memoria y que arrastraba en el alma los colores de cien ciudades. Todos pensaban que surgiría de la nada y reaparecería una mañana hablando otra lengua o comulgando con una nueva religión. Pero Cravan no volvió. Su juego vital había consistido en borrar la línea que separa la realidad de la ficción, ese límite que nos aleja de la locura. Azaroso, desafiante y sin moderación. Salvaguardando la verdad a base de mentiras. Preservando su realidad al mostrar otra. Un impostor, quizá. O el mejor suicida: el que no deja, ni quiere dejar, ningún rastro.

Cuesta contar tus últimos años: la línea que dibujaste entre la realidad y la ficción se difumina. Cuando cumples cuarenta, tu madre se muere poco a poco en la cama de un hospital. Un día cualquiera se desploma en pleno comedor de la casa del bosque. Las habitaciones están vacías, los ventanales miran al verdor, las tórtolas arrullan y la pinaza se calienta con los rayos del sol. Las puertas, abiertas. La comida, en el horno. Se nota ese olor a herrumbre y a polvo milenario. Suena la radio de fondo: la voz indemne de un locutor explica el tiempo. El tiempo, aquí, parece que no avance. Y tu madre descansa en el suelo, tirada como un animal indefenso. Después, la ambulancia, el eco de la sirena al resonar en lo profundo del bosque, el quirófano y los meses tumbada en un colchón como si le hubieran carcomido el espíritu. Un ictus, os dicen. Le abren la cabeza varias veces. Está semanas en coma.

La tarde que la visito en el hospital, contigo, está rodeada de

máquinas, tubos de drenaje pleural, plásticos que le salen del cráneo, con la cabeza afeitada y una luz muy blanca que lo baña todo. Tiene los ojos abiertos. Una sonrisa como la de un niño. O como la de un loco. La mirada velada. La piel tostada de las horas al sol. Te llama por el nombre de tu sobrino. Eres la única persona a la que reconoce, pero con la identidad equivocada, como si ya supiera que no eres del todo quien debes ser: Arthur Cravan camuflado de poeta, de boxeador, de ladrón de hoteles, de nieto de Oscar Wilde. La saludo y no responde. Me descubro mintiendo cuando la llamo «abuela». Al salir del hospital, te pido no volver más.

Durante muchos meses, la visitas todos los días. Le hablas y no responde. Le cuentas recuerdos de infancia, tratando de hacerla feliz. Le cortas las uñas. La lavas con una esponja y una tina de agua enjabonada. La miras en silencio desde la silla en la que te sientas. Te despides. Y a veces ella también, con un nombre que no es el tuyo. Todavía no te perdonas que la mañana en la que se desplomó, con aquel calor y las voces entrecortadas y sucias de la radio, hiciera semanas que no os hablabais. Habíais discutido después de una comida con tu hermana, habías decidido apostar por una distancia entre vosotros que antes no habías sabido defender; intentar existir, por primera vez, sin ellas.

Ahora tu padre vuelve con la fuerza con la que vuelven los muertos que no se entierran bien. Será cierto que a un muerto primero hay que tenerlo cerca, verlo cuando la sangre se le empieza a enfriar, despedirse, guardarlo un tiempo en el comedor, entre los retratos y los *souvenirs* de los viajes, en el jardín, si lo hay, la urna enterrada al fondo del jardín, y después liberarlo para que ocupe el lugar que le corresponde; y no los vanos intentos de tu madre de descolgar sus retratos, recortarlo de los álbumes, borrarlo de la memoria familiar. Tal vez, en esas conversaciones en la habitación del hospital, cuando nadie os ve y ella no te responde, le recriminas el suicidio de tu padre. La acusas del silencio. Tal vez le dices que hace más de diez años que no podéis hablar de él y que no quieres seguir fingiendo que no existió. Te atreves a decírselo porque sabes que no hay manera de que pueda replicarte, pero su mudez te devuelve al silencio con el que creciste, a ese dolor inquieto, y lo que

de verdad querrías es que tu madre algún día te hubiera gritado, que te gritara ahora, un grito para devolverle otro tú y poner fin a ese silencio insoportable.

Te faltó el grito.

Hart Crane, antes de lanzarse por la borda del barco *Orizaba* cuando viajaba a Nueva York, justo en el golfo de México, delante de la costa de Florida, gritó: «¡Adiós a todo el mundo!». Ninguna nota de suicidio, pero sí un lamento que rompe la continuidad del cielo. Y algunos de los versos de amor más bonitos del siglo XX: «Permíteme viajar, amor, entre tus manos...». Serguéi Yesenin gritó de otra manera: el 27 de diciembre de 1925, la noche antes de ahorcarse, escribió un poema que tituló «Adiós, amigo mío, adiós», caligrafiado con su sangre. El poema acaba así: «En esta vida morir no es nuevo / pero vivir, claro, tampoco es ninguna novedad». La propia sangre ejerciendo de tinta es una forma de gritar bastante convincente. Mishima chilló «¡Larga vida al emperador!» segundos antes del harakiri. Y también Dylan Thomas, cuyas palabras antes de morir fueron: «Me he tomado dieciocho whiskies seguidos, creo que es un récord». No fue un grito al uso, pero sí un exceso lingüístico, una especie de rebelión verbal quemándole la garganta.

A ti te faltó el grito. Contra la herencia. Contra la incomprensión. Contra el bosque que viste crecer desde los ventanales de casa. Contra tus padres. Contra ti, también. Mientras el grito no llegaba, los ojos se te vaciaban. Sentado en la silla del hospital, con tu madre muda al lado, os acercabais. Volvías a casa, al atardecer, y esa antigua lengua que habías aprendido a hablar hacía unos años nos llegaba, ahora, como las interferencias de un barco que intenta comunicarse cuando está demasiado lejos del puerto. Una radio encendida que nadie escucha.

Tu madre murió cinco meses más tarde. Entonces, el vértigo al sentir que por encima de ti ya no queda nadie: todo el mundo se desplaza con discreción una casilla en el orden familiar, y, aunque hace años que estás solo en el mundo, ahora lo reconoces. En el entierro, nadie llora. Parece un trámite para deshacerse de un estorbo. Yo leo un texto que he escrito en el que recuerdo

momentos vividos con ella, muchos de ellos inventados: hablar ante tanta gente me hace una ilusión enérgica. Tengo once años. En la misma sala del tanatorio celebraremos tu ceremonia.

El día del entierro de la abuela pienso que a tu hermana los ojos también se le vacían. Cinco o seis años después de tu muerte, nos cruzamos por el centro de la ciudad y nos miramos sin decirnos nada. Tiene el pelo blanco, la cara envejecida y una especie de locura familiar en la mirada: noto en ella que te ha reconocido en mi rostro, atormentada, con la inquietud de verte de nuevo en mi cuerpo, como si hubieras regresado para culparla. Te ve a ti, lo sé, en mis facciones jóvenes te reconoce, mi carne actúa solamente de mensajera, y os volvéis a encontrar, hermanos, desafiando el tiempo. Descubriendo que no es tan fácil huir del lugar de donde vienes.

Ahora intento imaginar qué habrá sido de la casa del bosque. Si ella vive allí, hablando con los muertos. Si alguien la ha comprado sin saber que, en el comedor, murieron un padre, una madre y un hijo. Que el padre y el hijo se colgaron de la misma viga. Que la madre estuvo dos horas en el suelo con el cuerpo caliente justo donde hoy celebran las fiestas cuando tienen invitados. Puede que esté en ruinas, que donde estaba la piscina quede tan solo un charco de agua de lluvia podrida, que el césped haya crecido descontrolado y los caminos que se adentraban en el bosque ya no existan. También puede ser que un solar infinito ocupe el terreno –el olvido, un desierto vastísimo– y el aire cuide de la calma del lugar.

Con la muerte de tu madre, empiezan los diagnósticos. Psicólogos, psicoterapeutas, psiquiatras. Medicaciones que no te tomas y otras que no funcionan. Cambios de hipótesis: nuevos fármacos. Mentiras y secretos que nadie consigue hacerte revelar. Distracciones. Fugas. Estrategias de un enfermo que quiere acabar con todo. Se inauguran los cuatro últimos años de tu vida como el esprint final de un corredor de fondo. Ninguna previsión acierta. De la misma manera que ingresas en un psiquiátrico con los muslos llenos de cortes, unas semanas más tarde le escribes a tu doctor que la medicación te funciona. La protección que buscas no te la ofrece una consulta aséptica ni un psiquiatra que te receta cócteles químicos. Te cambia

la cara constantemente. Nunca estás cuando estás con nosotros, siempre estás cuando te vas. Deseo que mamá y tú os separéis. Siento una culpa que no puedo ni entender. Noto cómo una condena pasa intacta de ti a mí, como si aún nos uniera el cordón umbilical: estás diciéndome que empiece a aprender a vivir sin ti. El tiempo se está acabando. Envejeces.

«¡Adiós a todo el mundo!»

Cuando llega la muerte, es solo una catástrofe que se ha ido desplegando a lo largo del tiempo. Se apodera de mí el convencimiento de que soy todo lo que tengo. Te haces real en forma de ficción. El suicidio nos permite leer los últimos años, la vida entera, como un mapa para el que no teníamos leyenda. Nos repetimos que cada gesto, cada palabra, era otro escalón para llegar a esta cima imposible. Nos equivocamos. De tan lejos, no se te ve. Me canso de mí mismo. Me canso de nuestra historia. Me obligo a recordarte haciendo cosas que no querría hacer. Hablo poco de ti. El episodio del fuego en el sótano, me lo callo: solo lo cuento en una especie de ritual de iniciación a la amistad. Me enamoro.

Diez años después del suicidio, lo escribo. Empiezo: «Habría agradecido una nota». Es mejor empezar por lo que no tenemos y deseábamos. En un poema de 2012, escribes: «Ya estoy vacío del todo». En otro: «Vacío, ligero, fracasado». En otro: «Nada dentro de mí». Sí, empiezo con lo que no existió: «Habría agradecido una nota». Pienso en los escritores que se suicidaron y que, antes, escribieron unas últimas palabras. Pienso en los suicidas que no dijeron nada. Pienso en ti. Escribo como a punto de disparar la última bala de un rifle viejo. ¿Puedo anticiparme a la muerte, si la muerte va siempre tan deprisa?

Llamo a Berta. Soy yo quien la llama. Me coge el teléfono. Quiero salir de aquí, de tu historia. Hoy es la tercera tarde que el conejo no aparece. Desde que estoy en esta residencia norteamericana, todos los días, entre las cuatro y las seis, cuando el sol empieza a declinar y el prado se vuelve dorado con la última luz, un conejo se cuela entre los helechos y se detiene frente a mi ventana. Se queda ahí unos minutos. Come hierba. Se tumba. Descansa. Me mira.

Desaparece. Cuando se lo cuento a otra escritora, cenando, se ríe preguntándome si creo que Dios viene todas las tardes a visitarme; sonrío y me callo, cambio de tema: no quiero saber qué dirá si le cuento que no creo que el conejo sea Dios, que creo que es mi padre. Llamo a Berta y le digo que ya no viene el conejo, que ya no ha vuelto más. «¿Qué conejo?» Y yo pienso: «Tú sales perdiendo», y también: «Soy una persona insegura, indecisa», y también: «No sé qué hacer conmigo». Entonces recuerdo aquella mañana cuando volví a su cama para que me agarrara con fuerza y recuerdo las noches de fiesta en las que siempre desaparece y siempre vuelve, Berta; recuerdo la primera noche que compartimos juntos, que fue una llamada, una llamada y una intuición, y después las noches que han llegado para nosotros, porque el tiempo no deja de avanzar y nosotros de avanzar con él. «Nada, da igual, una tontería.» Y entonces ella me habla de sus viajes, de la familia, de un chico que ha conocido, y me dice que el amor es como desaparecer en el otro sabiendo que, tarde o temprano, nos arrepentiremos de habernos sometido voluntariamente a él. Y yo sonrío. Levanto la vista al prado, más allá de la ventana, hacia los helechos, y el conejo no está. «¿Pol?» «Sí, sí», le digo. «Tienes razón. El amor debe de ser eso.» Primero, desaparecer. Después, arrepentirse de haberlo hecho.

Miro el reloj. Las cinco y media. Busco el conejo. Berta sigue hablando y aún vuelvo la mirada a los matorrales. En el reflejo de la ventana, me encuentro. Veinticinco años. Tranquilamente, me acerco a la edad en la que moriste, y se acerca, con ella, la impresión de superarla. Llegará un día en el que ya no existirá tu vida como una referencia para vivir la mía. Empezaré a andar sobre los pasos que no diste. Los andaré por los dos. ¿Cómo se arrugará mi rostro cuando supere la edad con la que moriste, la edad con la que murió tu padre? ¿Qué sabré ver en mí que no pude encontrar en vosotros? De repente, los helechos se mueven como si un viento los poseyera, endemoniados. Un camino de movimiento se abre hacia mí. El reloj marca la hora.

Y entonces le digo a Berta que, si el amor es un arrepentimiento, la familia es una promesa rota. Resulta casi imposible sostener el pacto de no agresión con el que un día se fundó. Como un

testimonio envenenado, le entregamos al otro la voluntad de alargar el mejor de los tiempos, que es ahora. Rogando: haz que todo esto tenga sentido. Convierte esta alianza en un amor que recordar. Dejemos de llamarnos desconocidos. Nunca confieses que nos une un pacto. Obvia la promesa. ¿Cuándo se rompió la nuestra? ¿Quién la rompió por primera vez? ¿O es que la rompo yo al escribir?

Tú y mamá estáis en un bosque muy lejos de casa. Aquí se habla una lengua distinta. Habéis conducido durante horas. Sois jóvenes. Primero habéis dejado el mar atrás, habéis atravesado los viñedos que perfilan el subir y bajar de las suaves colinas, os habéis adentrado en la niebla de una larga llanura, habéis recorrido el horizonte desértico y habéis llegado, horas después, como si hubieran pasado días, a un pueblo perdido rodeado de mesetas peladas. Las casas escalan los precipicios. Hay un río estrecho que circunda el pueblo. En la orilla, huertos y algún viejo invernadero que se desarma. Una subida sinuosa os ha llevado hasta la plaza, donde no hay nadie.

Es el pueblo de la madre de mamá. Allí donde, durante la guerra, mi bisabuela esperó a que su marido regresara. Es adonde mi bisabuelo terminó regresando. En esta plaza, ella descansaba cuando su esposo apareció con un aura de derrota y veinte kilos menos. Pocos años después, nació la abuela. Y veintisiete años después, mamá. Habéis aparcado el coche y habéis empezado a caminar. Habéis cogido uno de los caminos que salen de la plaza y que, tras atravesar el vacío, bajo la aridez del sol, se hunde en el bosque de chopos que crece en la cresta norte de la meseta. Es la sombra y el olor de un lugar que no conoce a las personas. Buscáis un árbol. El Árbol. Mamá cree recordarlo de la última vez que estuvo allí, hace unos años, con sus padres y sus tíos; tú la sigues, subiendo y bajando la vista por los troncos más gruesos, buscando la herida. Seguís en la sombra, abriéndoos paso entre las ramas y el sotobosque salvaje.

«Es aquí», te dice, y lo ves. En uno de los chopos más altos, un círculo sin corteza marca el retablo. En esa superficie pelada, hay inscritas muchas iniciales a punta de cuchillo. Acaricias con los dedos

la navaja que llevas en el bolsillo. Mamá te explica de quién es cada una. Te dice: «Esta *A* es mi madre y esta *D* es mi padre, por eso están juntas». Sacas la navaja y mamá te indica: «Aquí». La textura del árbol es suave, notas que la navaja se hunde fácilmente y una savia blanquecina y espesa chorrea de la marca que trazas. Es una *A*. Mamá te quita la navaja de las manos y le marca el acento: *À*. Os miráis. Sonreís. Hay sitio para vosotros. Cuando estéis en el avión de camino a Perú, harás como si este momento no hubiera existido y le dirás a mamá que el nombre lo decidiréis en cuanto lo tengáis en brazos. Olvidas que ya habéis sellado un pacto. Que lo habéis inscrito en el árbol en el que, a lo largo de los años, se han grabado las iniciales de quienes han de llegar a la familia. Cuando tengas a Àuric en tus brazos, lo sabrás de sobra: también es una promesa escribir el nombre de alguien que todavía no existe.

Más allá de los recuerdos, están las señales que se anticiparon a nosotros: las biografías se construyen siempre hacia atrás. Ocho años antes de morir, escribes un informe sobre el suicidio en las prisiones. Es un artículo extenso en el que estudias cómo el sistema penitenciario conduce a los reclusos a la conducta suicida. Repasas las tesis más conocidas sobre los que se matan. Émile Durkheim y la desintegración de la comunidad: el suicida es víctima de las condiciones sociales. La psiquiatría clásica y la salud mental: el suicida es víctima de una enfermedad. Sigmund Freud y los procesos de objetivación: el suicida se convierte a sí mismo en objeto y se ejecuta, es víctima de sí mismo. Karl Menninger y la combinación del deseo de morir, de matar y de matarse: el suicida es víctima de la idea de la muerte.

Tu conocimiento sobre el tema es minucioso. Detectas causas, propones hipótesis, redactas conclusiones. Analizas con convencimiento y frialdad. Calculas la distancia entre el texto y la carne. Nadie diría que, mientras escribes, piensas en tu padre y en la noche que te lo encontraste. Nadie creería que, detrás de tu interés, se esconde el deseo de entender. Firmas con tu nombre como quien se declara culpable. Qué clase de perdón escrito contra el tiempo, de la misma manera que Anne Sexton, en un avión,

anticipó qué querría decirle a su hija si un día decidía suicidarse. Es como si me ofrecieras las herramientas para entender que quien se mata puede matarse para entender. Como si dijeras que ese es tu gesto de amor proyectado hacia el futuro, contra la desmemoria. Como si confesaras: «Perdonadme: he roto nuestra promesa».

Lucia Berlin tenía un proyecto de novela que tituló *Notas de suicidio*. El libro terminó convirtiéndose en el germen de varios relatos, como el mítico «Manual para mujeres de la limpieza», pero el asunto es que Berlin escribía esta novela devastada, perseguida por la sombra de Terry Kutz, un amigo de su hijo mayor, un joven de diecisiete años del que se había enamorado y con quien había tenido una relación tormentosa y alcoholizada. David, uno de los hijos pequeños, se lo encontró colgado de un árbol. Ella le había dedicado un poema de despedida, después de marcharse de la casa que habían compartido en Oakland en el verano de 1974, mientras los hijos de Berlin estaban en México: con Terry había acordado que lo mejor que podían hacer para salvarse de aquel amor arruinado era separarse. A la mañana siguiente, el poema ondeaba clavado en la puerta de la nueva casa de Berlin. Y el cuerpo de Terry, colgado de un árbol a pocos metros de allí. Jeff, el segundo hijo, cuenta que muchas noches, antes de ir a dormir, después de haber trabajado compulsivamente en la novela, Berlin escribía una nota de suicidio y la dejaba en la mesa, encima del manuscrito: él, al levantarse, la destruía, como en un conjuro que quería desafiar el destino.

Mientras escribo este libro, deseo que por las noches llegue alguien a borrarlo. Que mi hermano, mi hermana, mi madre, que Berta abra el documento y lo destruya con un dolor que no me haga sufrir, y así poder volver a escribir al día siguiente. Si nunca he contado tu muerte, ¿por qué lo hago ahora? ¿Por qué cada vez que leo notas de suicidio se despierta en mí un amor fatal, una pasión, como una especie de alegría? ¿Cuán rápido cabalga en mi pecho el corazón, se me nubla la vista, cómo se me aceleran los pulmones al saber los detalles, las palabras de despedida, las últimas miradas?

¿Cuándo me entregué aquí, a este castigo inútil? ¿Por qué pienso ahora en ti?

De la misma manera que he subrayado en las cartas de Berlin, en sus relatos, frases que me han parecido terribles, recuerdos impuros, alguien lo hará con tu vida. He condenado nuestra historia a la mirada de los otros. A un jurado popular que desconozco. Pero no quiero su redención. No busco su consuelo. No me importa su juicio. La verdad no se encuentra en este libro, porque la verdad no está en ninguna parte. La ficción ya no me cubre las espaldas y tú no estás aquí, hoy, para protegerme. Con la mano abrasada, escribo.

En una carta que Berlin le mandó al poeta August Kleinzahler hacia el final de su vida, sentenciada a la asistencia de un respirador, contaba: «El peor momento fue un día que me despegué un momento el maldito tubo de oxígeno mientras me peinaba y de repente me acordé de aquel querido amante, Terry. Mmm, le dije a mi reflejo... ¿por qué pienso ahora en él?». Y respondía: «Porque el aire del oxígeno me respiraba en el cuello, como un beso».

¿Por qué pienso ahora en ti? Nuestra vida compartida es cada vez menos relevante, adopta cautelosamente la trayectoria de una órbita alejada de mí, imperceptible desde donde te miro, y la traición se instala aquí, a mi lado. Olvidarte es traicionarte. Pero todavía queda el aliento en el cuello que me recuerda que un día estuviste aquí. Que hay una historia inmaculada que repetir.

Berlin murió el día de su cumpleaños, con sesenta y ocho años, de un larguísimo cáncer de pulmón. Casi nadie la conocía. Tú te moriste con cuarenta y cuatro años, un mes después de tu cumpleaños. Nadie te conocía. A nuestros muertos no los conoce nadie: ¿quién sabe lo que esconde una reliquia?

Se acaban las cosas que decir. El otoño ha llegado muy vivo a este pedazo de América. Unas lluvias torrenciales han derribado algunos arces y han inundado el camino que lleva a la residencia. Los ciervos siguen acercándose al alba a los manzanos que hay a la entrada de casa. Desde la cama, oigo el crujido de las manzanas en las mandíbulas. Si saco la cabeza por la ventana, cruzan conmigo esa mirada herida que tienen y huyen saltando por el césped hasta que

se pierden entre los helechos y se funden con el bosque. Me cuesta dejar de escribirte. Ha sido algo veloz y, a la vez, un tiempo inacabable. Tengo el cansancio de haber vivido una vida entera que no era mía. Hay un dolor, como la llama de una vela que está a punto de apagarse y no se apaga, que se mantiene intacto al fondo de un lugar.

El lugar soy yo.

El dolor eres tú.

He recordado tu historia durante meses. La historia de cada escritor que te acompaña. Me he preguntado qué debieron de sentir cuando escribir dejó de ser un muro que podían levantar entre ellos y la realidad, cuando volvieron la vista al mundo, lejos de sus poemas y de sus novelas, y se encontraron a sí mismos, rodeados por un dolor radiante. Sexton y el tiempo. Vestrini y el ruego. Tsvietáieva y el auxilio. Pizarnik y la espera. Howard y la hoguera. Plath y la herencia. Berryman y la despedida. Toole y el fracaso. Roorda y el amor. Rigaut y la vocación. Foster Wallace y la lengua. Woolf y la salvación. Cravan y el misterio.

Tú y tu historia.

Yo he trazado el camino inverso: levantar la mirada del mundo, alejarme de él, y volver a mirarte. Intentar entender qué había entre la realidad y tú. Y ahí, justo en ese trozo de existencia invisible, ponerme yo.

La noche que llegué aquí, las estrellas quemaban el cielo. Sentía que el firmamento se echaba sobre mí, pero en la maleta llevaba tu álbum, poca ropa y los diarios de mamá. Una vez en la habitación, guardé las camisas en el armario, las camisetas en los cajones, ordené los apuntes sobre la mesa, preparé el portátil para ponerme a terminar este libro.

Cada vez que me he sentado a escribir y no he podido, cuando el tiempo se ha parado en algún lugar inaccesible entre los dos, me he repetido la promesa de ir hasta el final. Que el horrible deber es el de ir hasta el final. ¿Cuánto dura un minuto exactamente? Quiero una verdad resplandeciente y viva, una verdad sangrienta. Quiero saber cuánto tiempo se necesita para pasar de vivir a morir, en qué momento llega el otoño de golpe, sin avisar, por qué el conejo

decide salir cada tarde de la madriguera y mirarme a los ojos, siempre a la hora. Qué pasó a las 17:31 h. Cuándo se olvida un amor de hace mucho tiempo. Cómo es que el conejo ya no ha vuelto y las lluvias no se van, en este otro continente. Cuándo deciden los árboles desprenderse de las hojas y cuál es el último pensamiento que tiene un suicida. Cuándo decidieron mis familiares tirar el cuadro que les habías regalado y cuántas mañanas han pensado en ti desde que no estás. Quiero saber cuál será la última noche que alguien dormirá en la casa del bosque y si alguna tarde volveré y lo encontraré todo distinto o tan igual que dará miedo. Quiero dejar de creer que el amor significa esperar y que el primer momento, ligero y secreto, tan elevado, es importante. Cuánto rato lloraron las perras, hechizadas, girando a tu alrededor y si corrió la ambulancia –quiero saber a qué velocidad– cuando venía hacia ti. Por qué hay noches en las que es insoportable dormir solo. Por qué hay noches en las que la noche es insoportable. Cuántas veces calcula el tiempo que tarda en hacerse una promesa, quien promete, y si ser padre es una promesa o solo un accidente. Cuánto dura un minuto. ¿Cuánto dura exactamente un minuto? Y si un minuto, ese en el que coges una cuerda, la preparas, te despides no sé cómo, si un minuto puede alargarse todo un libro. Si en un minuto, por más que sea el del final, el último de todos, aunque después ya no haya otros, si en un minuto cabe una vida entera. Tu vida.

En este atardecer, una luz dorada impacta contra las fachadas blancas de la residencia. La hierba es fresca y el tiempo, insignificante. Corre un aire suave, imperceptible. No es de noche. No es de día. Es ese momento que no es ningún momento, el sol aún sin ponerse, las nubes que se alargan en el cielo, que se funden y ofrecen sitio a otras más grandes, más jóvenes seguramente. Las hojas de los arces se reflejan en los charcos de las lluvias de ayer. Dos urracas han levantado el vuelo cuando me han visto llegar, persiguiéndose entre ellas. No han piado. He intentado escuchar algún ruido, pero todo estaba completamente en silencio. Cada uno

escribe en su habitación. La cocinera prepara la cena en el edificio principal. Alguien vuelve de dar un paseo en bicicleta por el bosque. Miro el cielo otra vez y ahora las nubes son otras. Las dos urracas se han fundido con el follaje. He subido a mi habitación, he encendido el ordenador, he abierto este documento. Por la ventana, la claridad entra y me calienta la espalda. En la pared, se dibuja una sombra: es tu perfil.

# NOTA DEL TRADUCTOR

Las citas de libros se han tomado de las traducciones existentes, cuando las hay, con alguna pequeña modificación puntual. En los casos en que no las hay, la traducción es mía. Las ediciones consultadas son las siguientes:


CRAVAN, Arthur, *Cartas de amor a Mina Loy*. Traducción de Manuel Arranz. Cáceres, Periférica, 2012.

DE VIGAN, Delphine, *Nada se opone a la noche.* Traducción de Juan Carlos Durán. Barcelona, Anagrama, 2012.

DURAS, Marguerite, *La pasión suspendida*. Traducción de César Aira. Buenos Aires, Paidós, 2014.

FOSTER WALLACE, David, *Extinción*. Traducción de Javier Calvo. Barcelona, Random House, 2005.

LISPECTOR, Clarice, *La hora de la estrella*. Traducción de Ana Poljak. Madrid, Siruela, 1989.

LISPECTOR, Clarice, *Revelación de un mundo*. Traducción de Amalia Sato. Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2004.

LISPECTOR, Clarice, *Todas las cartas*. Traducción de Elena Losada. Madrid, Siruela, 2023.

PLATH, Sylvia, *Ariel*. Traducción de Jordi Doce. Madrid, Nórdica, 2020.

PLATH, Sylvia, *La campana de cristal*. Traducción de Eugenia Vázquez Nacarino. Barcelona, Random House, 2019.

ROORDA, Henri, *Mi suicidio.* Traducción de Miguel Rubio. Madrid, Trama, 1997.

SEXTON, Anne, *Poesía completa*. Traducción de Ana Mata Buil. Barcelona, Lumen, 2024.

TSVIETÁIEVA, Marina, *Tres poemas mayores*. Traducción de Elizabeth Burgos, Lola Díaz y Severo Sarduy. Madrid, Hiperión, 1991.

TSVIETÁIEVA, Marina, *Un espíritu prisionero*. Traducción de Selma Ancira. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1999.

*Título de la edición original*: Relíquia
Anagrama
Barcelona, 2026

*Ilustración*: del archivo personal del autor

Edición en formato digital: enero de 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Unai Velasco, 2026

© Pol Guasch i Arcas, 2026

Por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

Editorial Anagrama, S. A. U.
Pau Claris, 172
08037 – Barcelona

ISBN: 978-84-339-4846-5

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es